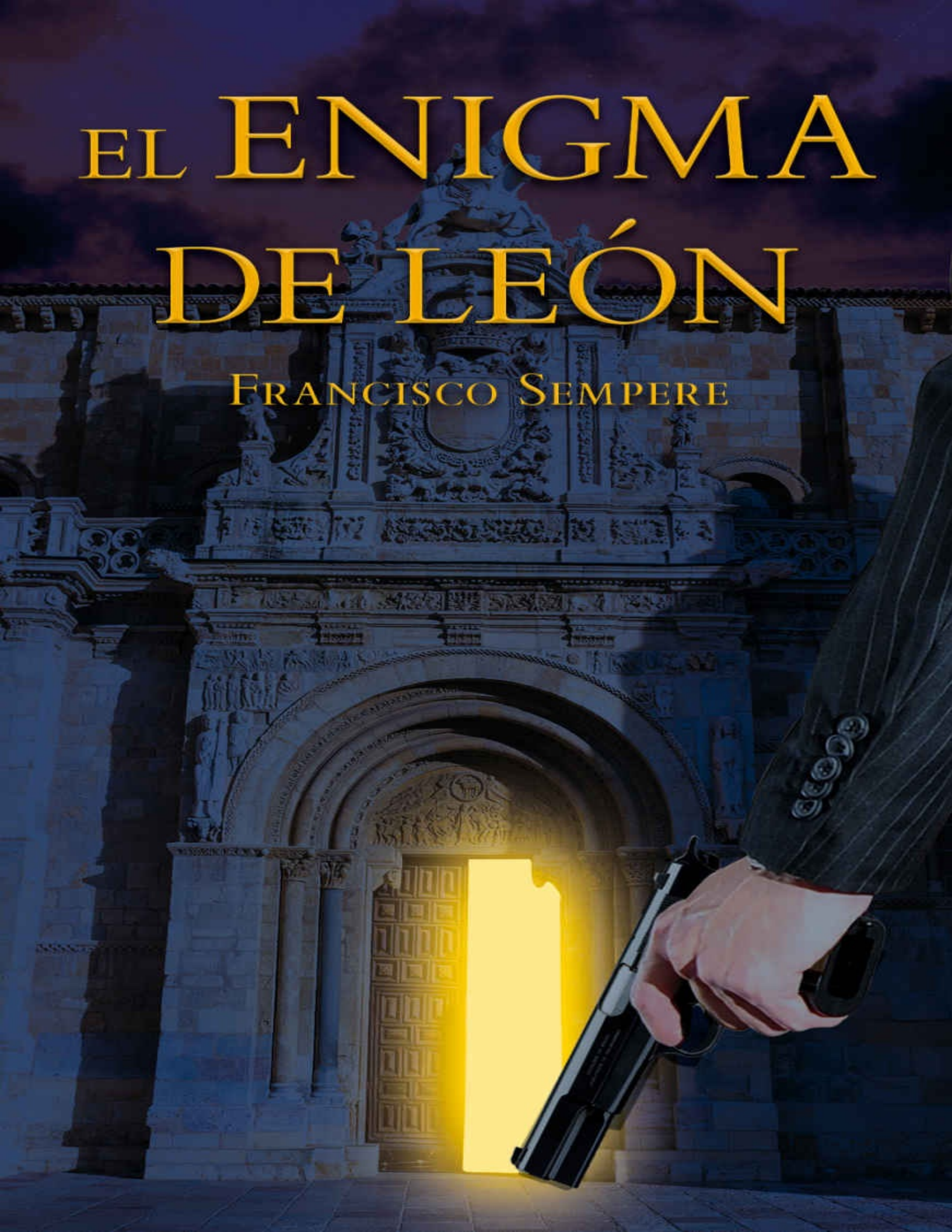


# EL ENIGMA DE LEÓN

FRANCISCO SEMPERE



Primera Edición, Diciembre 2018

Maquetación y Cubiertas: Modesto Sánchez

© Francisco Sempere 2018

ISBN: 978-84-09-06256-0

Todos los Derechos Reservados

Esta es una historia de ficción y todo parecido con hechos o personajes reales es pura coincidencia.

*A los lectores que aún quedamos y a los que se quieran sumar a esta fiesta.*

EL ENIGMA DE LEÓN

FRANCISCO SEMPERE

# 1

–Este tío es un perfecto idiota.

–Tú fuiste el que se empeñó en contratarlo, así que ahora no me montes una escena.

–Qué fácil se arreglan así las cosas.

–Tengo que colgar, adiós.

Klaus colgó la llamada con rabia sin darle tiempo a que lo hiciera Alex, buscó el contacto de «Michelconstructor» en la agenda del teléfono y llamó al contratista. Era una verdadera lástima que no existiera aún la descarga eléctrica vía móvil. «¡Joder!, con la cantidad de tonterías que se inventan», se dijo mientras escuchaba los tonos del teléfono inútilmente. Tras el cuarto pitido saltó el buzón de voz del constructor. Era previsible. Se armó de paciencia y, en contra de su costumbre, le habló unas palabras al contestador: «Buenos días, soy Klaus. Por favor, llámame cuando escuches este mensaje. Gracias». Después, recorrió el resto de las estancias y fue cerrando persianas y cortinas violentamente, descargando su frustración por toda la casa.

La llamada le había dejado aún peor ánimo del que ya tenía, así que antes de salir buscó en la pantalla táctil de su teléfono la última llamada, pulsó sobre el contacto del constructor y esperó de nuevo hasta que saltó el contestador: «Soy Klaus otra vez. Estoy en la casa de Fire Island. Es una auténtica mierda. Te vas a comer toda la obra. Esto no se parece en nada a lo que hablamos. Teníamos pensado pasar fin de año aquí y espero por tu bien no tener que cambiar de planes», y colgó sin más. Ahora se sentía un poco mejor.

De camino a Manhattan, recibió la llamada que estaba esperando, que no era precisamente de Michel, el constructor. A ese prefería cocinarlo a fuego lento.

–Buenos días, Giovanni. ¿Lo tienes?

–Buongiorno, Klaus. Por supuesto.

–¿Está en Italia o en Francia? –preguntó a Giovanni, que era tratante de arte, con sorna.

–El retablo está en España.

–Lo sabía. En Castilla, ¿verdad?

–Exacto, en un monasterio en la provincia de Burgos. Tenías razón, como siempre.

–No hace falta que me lo digas.

–Klaus, tenemos que hablar. En Europa la crisis es tremenda.

–Gracias por la información, ¿crees que no tenemos televisor? Hasta mi sobrino de cinco años lo sabe.

–Te lo digo en serio. Hay que ir allí. Por cuatro centavos, podemos traernos el Románico entero.

–De acuerdo, ya te llamaré.

Menuda sabandija, el muy desgraciado sabe dónde tiene que tocar para hacer daño. «El Románico entero».

El chalet de Fire Island, la Navidad en las dunas salvajes alejados del ruido y las ganas de estar cara a cara con el constructor se disolvieron de pronto como un azucarillo. Nada de eso le interesaba ya. Sentía una excitación enorme. Había intentado muchas veces volver a Europa pero Alex siempre tenía una excusa irrefutable para no ir, tan perfectamente irrefutable que le daban ganas de estampársela en la cara. Pero esta vez iba a ser diferente; necesitaba ver a Alex, y lo necesitaba ver de inmediato.

El tráfico en el Bronx era desesperante, tardó cerca de treinta minutos en recorrer Bruckner Boulevard, y aún tenía que atravesar Harlem. Se pasó los siguientes cincuenta minutos compitiendo con el resto de conductores a ver

quién era capaz de tocar el claxon durante más tiempo.

Llegó hasta su apartamento de Park Avenue sumido en un ataque de nervios. Frente al portal de su casa los coches estaban estacionados haciendo una doble hilera por lo que ni siquiera podía aparcar en doble fila. Se bajó del vehículo y le lanzó las llaves por encima de las dos filas de coches a Alfred, el portero. El tráfico era un caos de pitidos e insultos, obvió la situación como si no fuera con él y dejó que toda esa presión se descargara sobre las anchas espaldas de Alfred. La cabeza de Klaus solo giraba en torno a una cosa en ese momento. Se tenían que marchar a Europa de inmediato, necesitaba un plan convincente para Alex.

No se despegó en toda la tarde de la pantalla del ordenador. Estaba entusiasmado navegando por las tesis de Románico que colgaban en internet las universidades europeas. Cada segundo alejado de Europa se le hacía eterno. Estaba loco por cruzar el charco de nuevo. Habían pasado veinte años desde que publicó su tesis en la Universidad de Berlín, pero la intensidad con la que profundizaba en el estudio de todo cuanto salía publicado en las universidades del viejo continente era cada vez mayor. Se sabía de memoria los nombres de los catedráticos de Historia del Arte Medieval de todas las universidades de prestigio de Europa.

La tarde se le pasó en un suspiro, absorbido, casi literalmente, por la pantalla de su ordenador. A las seis y media hizo un par de ensaladas con pollo hervido y esperó a Alex sentado en la mesa de la cena mientras continuaba su orgía románica a través del iPad.

Alex llegó a las siete menos cuarto y se sentó a la mesa frente a él como cada tarde. Hacía años que se habían convertido en autómatas.

–¿Qué tal el día, cariño? –fueron las primeras palabras de Alex, acompañadas por una sonrisa de culpabilidad. Odiaba esa cara.

–No me vengas con carantoñas después de lo de esta mañana. ¡Ah!, y a tus amigos del cuerpo diplomático ya les puedes decir que se olviden de la fiesta de fin de año.

–Tranquilo, Klaus.

–Mira, Alexander –los diminutivos estaban de más en una conversación tan importante como aquella–, una bomba atómica, eso es lo que necesitan los salones de la casa en este momento. Michel se va a arrepentir de habernos conocido.

–¿Quién es Michel?

–Lo dices en broma, ¿verdad?

–No, lo digo totalmente en serio –contestó Alex con esa indiferencia que tanto exasperaba a su marido.

Klaus se levantó y se fue a su habitación dejando la ensalada intacta sobre la mesa.

Cerró con pestillo para evitar reconciliaciones a altas horas de la madrugada, se puso la «Marcha Turca» de Mozart en los auriculares y se sentó frente a la pantalla del ordenador a comprobar los correos del día. Desde que la presbicia le había hecho mella le resultaba muy incómodo leerlos en el móvil.

Michel, el constructor, no tenía ni un pelo de tonto. Un correo suyo le esperaba en el buzón de entrada, lo había enviado un par de horas después de su llamada vespertina. Le proponía cambios y le adjuntaba un plano con otra alternativa para el dichoso aparador. Al final del correo se disculpaba pero le dejaba caer que la obra era un calco del plano que le había mandado Klaus cuando comenzaron la rehabilitación. Klaus imprimió el plano de la nueva distribución a escala 1:100 y dibujó durante horas. Le encantaba darle vueltas a las habitaciones, aunque al final acaba casi siempre en la idea original. En el fondo agradecía que Alex no se inmiscuyera en la obra de la casa de la playa, estaba seguro de que haría piña con Michel y acabaría teniendo que luchar contra dos en vez de contra uno. A las dos de la mañana se dio por vencido, sabiendo perfectamente que aún no tenía el plano definitivo, y se acostó. Hacía años que no compartía cama con su marido.

Al día siguiente se levantó tarde y salió de su habitación a las diez. El sol entraba radiante por los ventanales del salón, era cuatro de octubre y aquellos eran los últimos rayos cálidos antes de que el frío se echara encima. Se sentó en la terraza y Juanita le puso el desayuno mientras ojeaba la versión impresa del



New York Times. Esas hojas de papel impresas eran su acción antiecológica del día. En la bandeja del desayuno encontró un sobre cerrado, muy típico de Alex. La nota era tan previsible que casi no tuvo que leerla: tras disculparse por su actitud poco comprometida con la casa de los Hamptons y su interminable obra, le citó para comer en Pastis. El plan de Klaus iba sobre ruedas, ahora solo debía elegir las palabras adecuadas para convencer a Alex.

Eran las diez y media y aún tenía que ir a entrenar, más le valía ponerse las pilas. Se abrasó la boca con el café y antes de las once y media estaba listo para marcharse. Se sentía tan excitado por el asunto de Europa que estuvo a punto de darle una palmada en el hombro a Alfred cuando salió del edificio.

De camino al gimnasio recibió un mensaje en su teléfono. Por lo visto sus contactos no pensaban hacer caso a la misiva que mandó a todo el listado advirtiéndoles de que no le envasen más mensajes, era un auténtico fastidio. Se detuvo bajo la marquesina de un portal para que el sol no dificultara aún más la lectura de la pantalla y abrió el WhatsApp. «Oh, oh. Menos mal que no había obviado el mensaje». El día prometía. Era Ricardo, un profesor adjunto de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Columbia, que le informaba de que no tenía clases hasta el turno de tarde e iba a estar encerrado en su apartamento estudiando toda la mañana. Klaus paró un taxi y mandó a paseo el gimnasio y a su arrogante entrenador personal.

De camino al apartamento de Ricardo cayó en la cuenta de que era principio de mes, sabía que el joven profesor le tenía afecto y aprendía mucho con él, pero el atractivo de alguien de su edad y su posición estaba muy vinculado al señor dólar. De hecho Klaus se sentía culpable por desear con toda su alma que a Ricardo se le siguiera resistiendo la ansiada plaza de profesor titular. Quizá con un salario más decente, tardaría poco en olvidarse de él y de sus sabios consejos.

Klaus se conservaba en forma a sus sesenta y cinco años. Era alto, muy moreno y ancho de espaldas, tenía los músculos bien trabajados y unos ojos celestes que le habían facilitado mucho la vida.

Cuando salió de Berlín, que prácticamente había sido su ciudad natal, se pasó demasiados años de camarero en la Gran Manzana a pesar de su licenciatura en Historia del Arte Medieval por la universidad berlinesa. Conoció a Alex cuando aún trabajaba de camarero en un bistró de la Sexta con la Dieciséis. Este

frecuentaba asiduamente el local los días que se encontraba en la ciudad, en aquella época viajaba sin parar. Un libro sobre iglesias del Románico que Alex tenía sobre la mesa del restaurante hizo que saltara la chispa entre ellos, y veinte años después seguía siendo uno de los mayores baluartes de su relación. Se podía decir que su vida en común se sostenía gracias a dicha afición. Alex disfrutaba con el arte, y además, gracias a sus conocimientos y los de su marido, había conseguido un refugio seguro y lucrativo para su holgado patrimonio. Su colección estaba catalogada como una de las más importantes del país, y sin duda Klaus había tenido mucho que ver en ello. Klaus era un auténtico obseso del Románico, su vida giraba en torno a la búsqueda de retablos y tallas y sería capaz de matar por algunas piezas.

El taxi se detuvo frente al edificio de apartamentos del otro lado de Central Park y

Klaus entró en el lúgubre portal. El sitio olía a rancio, y tanto la moqueta verde como las paredes forradas en papel marrón le hacían preguntarse siempre que llegaba allí quién habría sido el responsable de semejante diseño. Le resultaba tan repulsivo el recibidor que intentaba no respirar hasta llegar al ascensor, que olía incluso peor. Pero prefería el olor de la comida prefabricada que se calentaba en los estudios al infecto mundo de ácaros que se acumulaban en la acartonada moqueta del portal.

Tras entrar en el apartamento y saciar su apetito sexual con el joven profesor, se dio una ducha en el tétrico cuarto de baño interior con suelo de linóleo gris.

Hacía años que ninguno de los dos perdía el tiempo fingiendo, en los comienzos de su relación, cuatro años atrás, quedaban a tomar un café y hablaban de lo divino y lo humano antes de subir al apartamento, incluso hicieron varios viajes juntos por la costa Oeste y por Méjico, país de origen de Ricardo. Pero ahora apenas cruzaban dos palabras antes de lanzarse a la cama del joven profesor, donde Klaus pasaba los mejores ratos de su vida sexual.

Cuando volvió al salón-dormitorio-cocina del estudio, Ricardo estaba sentado en la única silla de la casa absorbido por la pantalla del ordenador.

—¿Quieres salir a tomar algo?

—Gracias, Klaus, pero tengo que acabar esto.

–¿De qué se trata?

Su joven amigo se esforzó en explicarle de la forma más amena posible el fundamento de su tesis sobre la Constitución como norma de convivencia, pero Klaus había desconectado completamente tras las primeras tres palabras. La hora de su cita con Alex se acercaba y en lo único en que podía pensar en ese momento era en utilizar la frase más adecuada para despedirse del joven profesor y salir de allí lo antes posible, dejando la puerta abierta a una próxima visita sin tener que esperar a primeros de noviembre.

–Hoy tenemos una excelente variedad de verduras a la plancha, recién traídas de Georgia.

–¿Las planchas?

–No, las verduras, por supuesto –nunca sirvas a quién sirvió, debía pensar el camarero mientras aguantaba la carantoña de Klaus.

–Yo probaré las verduras y un lenguado a la plancha –intervino Alex.

–Para mí, las verduras y pechuga de pollo, a la plancha, guapo.

El camarero se dio la vuelta y se marchó con la comanda. Tenía toda la pinta de que un segundo más y le hubiera clavado el bolígrafo en el cuello a Klaus.

–Perdone –llamó Klaus a una camarera que pasaba a toda velocidad junto su mesa.

–Dígame, señor.

–Si no le importa, dígame a su compañero que beberemos agua del tiempo.

–¿A qué compañero?

–¿Tiene eso importancia? Tráiganos agua y listo.

La camarera siguió hacia la cocina tan desairada como su compañero. Klaus guardaba en su interior un gran resentimiento después de los diez años que pasó aguantando a los insolentes comensales de la Gran Manzana y estaba dispuesto a

hacerlo pagar. El ambiente en el bistró francés del Meatpacking District era muy distendido, excepción hecha de Klaus, que se jugaba media vida en aquella comida. La actitud de este era más parecida a la que se ve en los restaurantes próximos al área financiera, donde los cálculos mentales rechinan con más estridencia que los cubiertos golpeando la vajilla.

–¿Qué tal la mañana? –abrió Klaus la conversación.

–Muy bien, por fin hemos conseguido cerrar la negociación con el dichoso banco.

–¿A cuánto?

–Uno con veinticinco, una miseria. Pero hasta hoy no habían pasado del uno dieciocho. Dentro de poco vamos a tener que pagar por depositar el dinero.

–Bueno, hay alguna deuda pública que es así; en mi querida Alemania, creo.

–¿Y tú qué tal?

–Bien, al final no he ido al gimnasio. Me llamó Ricardo y me he acercado a verle –Klaus sabía que un poco de tensión le vendría bien para llegar hasta donde quería.

–¿Y te lo has pasado bien?

–No mejor que él.

Alex cogió el teléfono, intentando disimular los efectos del directo al mentón que acababa de encajar, y empezó a pulsar la pantalla táctil ignorando la presencia de su marido mientras esperaba la comida.

Cuando terminaron de comer, Klaus supo que había llegado el momento.

–Parece que va en serio el presidente con el departamento para Europa.

–Primero tiene que conseguir que lo reelijan.

–¿Y lo va a conseguir?

–Creo que sí –respondió Alex bajando el tono–. Pero, ¿a qué viene tanto

interés por nuestra política europea?

–Vamos, Alex, no te hagas el ingenuo. Europa está de saldo. Lo sabes, están totalmente arruinados. Vámonos allí unos años.

–¿Estás loco?

–No, loco estás tú si no nos vamos. Nos podemos traer un contenedor entero de Románico por dos centavos. Hazme caso, vamos a tener la mejor colección del mundo.

Siguieron dándole vueltas a la cucharilla del café como autómatas durante al menos dos minutos. Klaus sabía lo que significaba aquello. Él era un caníbal del Románico, mientras que Alex a pesar de ser un auténtico enamorado de ese arte tenía otra cosa en la cabeza, y Klaus lo sabía y jugaba esa baza. Había heredado la única fortuna que quedó tras la reconversión metalúrgica de Pittsburgh. Su familia le había dejado en una posición social y económica en la que era muy difícil evolucionar y su colección de Románico español se había convertido en la forma de demostrarle al mundo su talento.

Nada le reconfortaba más que ver la evolución de los precios de su colección. En círculos reducidos y con los amigos adecuados, se encargaba de airear ufanamente sus logros. Ya había conseguido exponer tres veces en The Cloisters con más éxito para algunos críticos que el todopoderoso Metropolitan, que tenía una nada desdeñable colección medieval.

Después de darle las noventa vueltas de rigor al café, Alex posó la cucharilla sobre el plato y dio un sorbo a la taza.

–¿Y cómo decías que te lo has pasado con tu chulo?

–Mi chulo, al que te tiraste tú antes que yo, te recuerdo. Me lo ha hecho pasar muy bien y espero repetir pronto.

–¿Y es consciente tu amiguito que piensas marcharte y dejarlo aquí tirado?

–No me importa nada en absoluto, y lo sabes.

–¿Qué pretendes, que me acerque a Washington a pedir limosna? –Klaus sabía que lo tenía en el bote.

–No, todo lo contrario. Haz lo habitual, pero consigue algo a cambio.

–Lo habitual. ¿Te refieres a una donación para la campaña?

–¿Se te ocurre otra cosa?

–Bueno, lo pensaré; ahora me debo marchar. Recuerda que esta noche vamos a la ópera.

–Ponte bien el cuello de la camisa, nos vemos a las siete.

Cuando Alex se marchó, Klaus ya sabía que tocaba buscar casa en Europa. Era un auténtico contratiempo que la oficina para el representante en el viejo continente estuviese en París, les hubiera venido mucho mejor instalarse directamente en España, pero al fin y al cabo era Europa, la tierra del Románico.

«Sígame». La voz firme y seca provenía de la dueña de la infanta doña Urraca. Vestía un traje oscuro rematado con un delantal blanco y un pañuelo sobre la cabeza del mismo tono. Petro entró en el palacio y la siguió por los largos corredores iluminados por candelabros que proporcionaban al lugar un rancio olor a cera quemada. Las paredes eran de piedra gris y sobre cada candelabro se veía la sombra que el humo de las velas había dibujado en las paredes y el techo con el paso del tiempo. Llegaron hasta a una puerta de doble hoja sobre la que la criada golpeó con delicadeza, y una voz femenina les invitó a entrar desde el otro lado.

–Buenas tardes, mi señora, le anuncio la visita que aguardaba.

–Sí, sí, que pase.

–Buenas tardes, señora, mi nombre es Petro el cartaginés –se presentó el mercenario tras entrar en el salón.

–Lo sé perfectamente. ¿Sabe usted quién soy yo? –la joven señora tenía la voz firme y el gesto tenso.

–No tengo el placer.

–Soy la infanta doña Urraca, hija del rey Fernando I de León.

–A sus pies, señora, disculpe mi ignorancia.

–Tengo una encomienda secreta para usted –acortó doña Urraca, que parecía rehuir las excusas.

La infanta del reino era más bien baja, no pasaba el metro sesenta, y tenía la

cara rechoncha, vestía al estilo de las monjas de clausura salvo por su pelo, que no estaba oculto bajo la toca, sino que lo llevaba largo y caía por encima de su túnica recogido en dos frondosas trenzas morenas. Petro rondaba el metro setenta, era delgado y de tez muy morena. Tenía la barba muy cerrada y los ojos ligeramente achinados de color gris claro. Había heredado de su familia una cabellera negra y abundante que se resistía a tornarse blanca con el paso de los inviernos.

–En tal caso, impaciente me hallo por escuchar su propuesta, señora.

–Juro sobre lo más sagrado que pondré fin a su existencia si algo de lo que voy a detallarle sale de su boca. Y si está dispuesto a ayudarnos, sepa que la única posibilidad de acabar con vida el encargo es realizarlo con éxito. Si abandona o fracasa, le buscaremos hasta en el fondo de los océanos para asegurarnos de darle muerte.

–Debe saber, señora, que esa precaución está de más. No tengo amigos ni interés alguno en tenerlos, por lo que a nadie le iré con el cuento. Me gano la vida en secreto, aunque creo que eso ya lo sabe; de lo contrario dudo que estuviésemos hablando en este momento.

La doncella abandonó el salón y dejó a solas a Petro y doña Urraca. Todo iba demasiado deprisa, estaba claro que el tiempo jugaba en su contra. A doña Urraca se le notaba contrariada por tener que poner en manos de un desconocido y a la carrera el asunto del que debían hablar. Lo miraba con marcialidad, intentando que la prisa en sus palabras no restase aplomo ni a ella ni a su mensaje. Pasaron al final de la sala y tomaron asiento en dos sillones de cuero enfrentados junto a una chimenea apagada y perfectamente limpia. Hacía meses que eran innecesarios sus servicios en esta calurosa ciudad del sur de la península. Era finales de septiembre y los fríos aún estaban por llegar.

–¿Qué religión profesa usted?

–La que vos deseéis, señora.

–Alabado sea el señor.

–De familia soy católico, estoy bautizado. Pero en esta ciudad conviven cuatro religiones, que yo sepa, y con ninguna tengo problema.



–¿Sabe lo que es el Santo Grial?

–No.

–Es el cáliz que se usó en la Sagrada Cena. ¿Sabe lo que es un cáliz?

–¿Una vasija?

–Así es.

Petro no soportaba las charlas de salón y tuvo que levantarse del sillón para estirar las piernas; no aguantaba un segundo más sentado. Era la parte que peor llevaba de su profesión, todos los encargos comenzaban con una aburrida conversación que casi siempre se hacía interminable. Su intención al levantarse era seguir con la charla asomado al balcón sobre el Guadalquivir, que pasaba lento y escaso de caudal a pocos metros bajo la fortaleza. Al saltar del sillón para incorporarse, quizá con menos delicadeza de la que se espera en presencia de una infanta de León, puso en juego su vida sin saberlo. La cortina del fondo del salón se movió y un arquero salió de detrás y disparó una flecha que Petro logró esquivar al tiempo que respondía lanzándole una daga al soldado. La flecha se clavó en el armario que había justo detrás del sillón que ocupaba Petro, mientras el puñal lanzado por este fue directo al cuello del arquero. Petro levantó la mirada y vio la cara de estupefacción de doña Urraca, que sin embargo no pestañeó ni emitió el más mínimo alarido.

Petro se quedó junto a la señora de pie y ninguno de los dos se acercó a auxiliar al soldado, era obvio que no tenía posibilidad alguna de conservar la vida. El charco de sangre que se formó instantáneamente a su alrededor y el esfuerzo que hacía por respirar y sacar el puñal de su cuello en vano no dejaban lugar a duda acerca de la gravedad de la herida. El tipo agarraba la daga con ambas manos intentando librarse de ella mientras sollozaba sus últimos gemidos en el suelo de piedra del salón.

Sobraban las explicaciones de lo que acababa de suceder. A Petro le sirvió para caer en la cuenta del poder que tenía la persona ante la que se encontraba. Un gesto a destiempo y su cabeza podía rodar sin miramientos.

Doña Urraca dio unas palmadas y entró su dueña, que no pudo evitar un grito al ver el cadáver derrumbado sobre un charco de sangre.

–Enriqueta, guarde la compostura y haga pasar a dos de nuestros guardas para que se ocupen cristianamente de dar sepultura a su compañero. Pagaremos una misa de difuntos por su alma, a la que asistiremos.

–Si me permite –dijo Petro, recuperando su daga del cuello del arquero y limpiándola en el ropaje del finado.

–No me lo puedo creer –maldijo entre dientes la sirvienta.

Se guardó la daga en la bota y volvió hasta el balcón sobre el río junto a la infanta.

–Una expedición salió de Denia hacia Egipto a recoger el Santo Grial – prosiguió el relato doña Urraca, como si nada. Así que era verdad eso de que los nobles no muestran sus sentimientos a los plebeyos.

–¿A recoger un vaso?

–Alabado sea el señor. Un arquero no puede con usted pero un ejército sí. Como vuelva a salir una irreverencia tal de su boca, lo mandaré matar aunque sea lo último que haga en mi vida.

–¿Y quiere que acompañe al emir a recoger el Santo Grial?

–El emir de Denia no va en persona, manda a su más distinguido caballero, Bani-I-Aswad, comandando la expedición. Necesito asegurarme de que el cáliz llega hasta León.

–Me parece perfecto, pero tengo una duda –dijo Petro sosteniéndole la mirada.

La infanta endureció el gesto y su aspecto se volvió aún más desafiante, Petro sabía que deambulaba por el filo de la navaja. Normalmente era práctico y evitaba exponerse más de lo necesario, pero la presencia de doña Urraca y su halo de poder le tenía desconcertado, tanto que no llegaba a pensar con claridad. Se quedó callado y trató de serenarse, notaba que el corazón le latía con zozobra y la voz se le entrecortaba. Necesitaba tiempo para pensar. Jamás aceptaba un encargo sin tomarse un día para meditar sobre ello; las encomiendas que recibía solían implicar el uso de los aceros y nunca en su vida había menospreciado a un rival, por inofensivo que pudiera parecer. En este caso el asunto se le antojaba

demasiado peligroso como para seguir adelante con aquella conversación que parecía haberse desbocado.

En el palacio debía de haber un buen número de soldados venidos desde León, por lo que si no era un cadáver aun después de darle muerte al arquero, era porque la infanta estaba desesperada por contar con sus servicios. Negarse a llevar a cabo la encomienda le costaría perder la cabeza, por lo que tenía dos opciones: aceptar o escapar a toda prisa antes de que el cuerpo de soldados pudiese reaccionar.

–¿Y bien?

–Señora, tengo hambre. ¿Y usted? Matar me abre el apetito.

–A mí todo lo contrario, no sé cómo puedo seguir aguantando la presencia de un asesino.

–Disculpe, señora, de asesino nada, he defendido mi vida como hubiera hecho cualquiera. Creo que en eso no hay cuestión.

–¿Me va a decir cuál es esa duda?

–Señora, si es tan amable, le pido que me dé un día al menos para pensar sobre lo que acaba de proponerme.

Se dio la vuelta con sumo cuidado, no quería dejar más cadáveres a su alrededor, y menos aún el propio; salió del palacio sin esperar al protocolo ni terminar de escuchar la propuesta de la infanta. En este caso en vez de seguir a la doncella de la infanta le siguieron a él tres guardias que le salieron al paso en el portón de la estancia. Caminó con presteza por los corredores y ganó la calle casi a la carrera. Los individuos que le seguían eran compañeros de armas del que había dejado inerte en el salón. Se perdió en cuanto pudo por los estrechos callejones que bajaban hacia el barrio judío. Pocas muertes como la que acababa de producirse se quedaban sin vengar, de eso sabía él más que nadie, se pasaba la vida vengando muertes y desagravios. La necesidad de alejarse del palacio a la carrera hizo que llegara al barrio judío en un santiamén. Un hombre poniéndose a buen recaudo de un ejército es veloz como una gacela. No era la primera vez que ponía pies en polvorosa, sabía distinguir cuándo tenía las de perder.

Lo primero que vio Petro nada más abrir los ojos a la mañana siguiente fue la desnudez de Mada. Sus pechos aún no habían amamantado ni su vientre había engendrado vida. No hacía falta conocerla para saberlo: la firmeza de su busto y su estómago plano y sin pliegues lo evidenciaban. Las facciones de la chica eran propias del norte de la península. Tenía la tez blanquecina, los ojos azules y una frondosa melena rubia, mientras que el vello púbico era escaso y del mismo color. Sus ancestros eran vascones llegados a Córdoba atraídos por el califato, como tantas gentes. La cultura, la ciencia, la enseñanza y los oficios se aunaban en torno a la corte de los Omeya convirtiendo a Córdoba en la mayor urbe del mundo a mediados del siglo xi.

Alguien aporreó el portón y despertó a Mada, que abrió los ojos sin signo alguno de alarma y se encontró a Petro observándola. Este sabía que algo así habría ruborizado a cualquier chica de su edad, pero a ella, que apenas había cumplido los dieciocho, le encantaba. La moza bajó la mirada y contempló también ella su propio cuerpo desnudo, sabía que los hombres se perdían por sus curvas y estaba muy orgullosa de que así fuera. Se giró hacia su amante y lo acarició, empezó por el pecho y fue bajando lentamente hacia su sexo obviando por completo los golpes, cada vez más violentos, en el portón. Parecía no estar en absoluto interesada en lo que sucedía al otro lado de la puerta. Abrazó a su amante aplastando sus voluminosos pechos sobre el torso de Petro y le hizo el amor. Comenzó lentamente y fue acelerando sus movimientos al tiempo que se agarraba a él cada vez con más fuerza, clavándole las uñas con saña en la espalda. Petro se dejó hacer hasta que Mada supo que era el momento y se separó de él con un gesto urgente para que eyaculase de nuevo sobre el catre. No era necesario avisarla, la hija del tabernero sabía más de hombres que muchas de las prostitutas a las que frecuentaba.

Petro perdió súbitamente interés por la chica e hizo un intento en balde por levantarse del camastro, Mada lo tenía atrapado entre sus piernas y no se lo pensaba consentir así de fácil, ese juegucito le encantaba. Yacieron un rato más juntos, hasta que la chica le permitió deshacerse a base de caricias de sus firmes piernas. Cuando sintió que su amante le concedía la condicional, saltó del catre y se fue desnudo hasta la entrada, le corroía la curiosidad. Cinco minutos después del último aporrear del portón, se escuchó cómo le clavaban algo al otro lado de este. Era costumbre en el arrabal donde vivía que le colgasen los encargos afuera. Nadie en el barrio osaría poner las manos en su correspondencia; sabían de sobra cómo se ganaba la vida el mercenario cartaginés.

–¿Pero qué te mandan? O mejor dicho, ¿quién te lo manda?

–Clientes habituales –respondió Petro con una leve sonrisa.

–Pues busca una morada más acorde o hazme algún regalo a la altura de tus nobles clientes.

–¿No tenías que marchar a llenarle los bolsillos a tu padre mientras se emborracha a tu salud?

–Anda y que te zurzan. Pensaba en que me poseyeras de nuevo. Esto me pasa por juntarme con hombres que me doblan la edad.

Mada se fue desairada y sin despedirse. Era algo que se estaba convirtiendo en una costumbre. Tras el sonoro portazo, Petro cogió un mendrugo de pan que había sobre la única mesa de la casa y sació la otra hambre vespertina. Su morada no iba más allá de aquel cuarto con dos ventanucos en la parte superior de una de las paredes, una chimenea, un catre, la mesa y tres taburetes. Para comer disponía de varias vasijas que calentaba al fuego. Su hogar era uno de los cientos que se abigarraban en los arrabales de la urbe, pegados los unos a los otros, contruidos a base de piedras y una mezcla rojiza hecha de tierra y arcilla. El tejado era de paja y barro, infalible para el agua. No había mejor solución para evitar que las lluvias inundasen la casa.

El pergamino lacrado que recogió en su puerta no era de un comerciante que requiriese de sus servicios para cobrar una deuda, ni de ningún despechado que le mandase vengar a cuchillo su maltrecho honor, eso era evidente. Jamás había visto tanta pompa y esmero para un simple mensaje, y por demás, conocía a la perfección el escudo del sello que lacrababa el manuscrito. Se le hizo un nudo en el estómago mientras quitaba con cuidado la cera del sello usando la punta de su daga.

La lluvia se hacía de rogar. A pesar del esfuerzo de los Omeya por dotar a Córdoba de alcantarillado, la ciudad hedía cada vez con más virulencia, en algunas esquinas no era extraño ver a las gentes dando un rodeo o simplemente tapándose la nariz con cara de náusea ante la acumulación de despojos en descomposición. Se había convertido en una usanza más que afianzada entre los ciudadanos caminar con el ceño fruncido haciendo gestos de desaprobación al

resto de transeúntes. Estas incomodidades provocaban que la llegada al barrio de las Juderías fuera una bendición. Los comerciantes no eran ajenos al problema que acuciaba a la ciudad en verano, y se habían agrupado en cofradías que se ocupaban de que sus clientes tuviesen expedito el camino hasta sus negocios. De paso habían convertido las calles del barrio en el lugar preferido por los cordobeses para alternar.

Petro llegó a última hora de la mañana a las Juderías.

–Buenas tardes, cartaginés, me alegro de veros, pero aún más se alegra mi caja de cobranza.

–Buenas tardes, mercader David, vengo a veros a vos y no a vuestra caja –se defendió Petro.

–Vos diréis –el comerciante dejó de pedalear en el afilador y le tendió su mano sudorosa.

–Necesito dos dagas bien afiladas y que deis un repaso a esta.

–¿Grandes o pequeñas?

–Una para impresionar y la otra para sorprender.

–Ya veo –miró con celo la daga que Petro sacó de su botín derecho–. Parece que le han rebanado el cuello a alguien.

–¿Y eso?

–Hace poco, además, diría que horas. Aún están los mocos mezclados con la sangre junto a la empuñadura.

–¿A ver? –Petro tomó el arma y fingió escrutarla con atención–. No veo nada, la verdad.

–El cuchillo fue lanzado, ¿no es cierto?

–Tenéis una imaginación prodigiosa, mercader David.

–La tengo, pero además observo que la sangre ha empapado la madera de la

empuñadura y no se me ocurre otra manera de que esto ocurra.

–Bueno, ¿qué sabéis de las artes que ahora vengo a solicitaros? –preguntó Petro en tono cortante, intentando poner fin al interrogatorio. Era obvio que su escaramuza del día anterior en el Alcázar había recorrido las calles de la urbe en un suspiro.

–Tengo los estiletes que pretendéis. Ahora falta saber si disponéis vos de las monedas para escotarlos, y de paso liquidar el pago de esta arma con la que habéis dado fin a una vida hace bien poco, y que aún me adeudáis.

–¿Soy de fiar en esta casa?

–Lo erais y lo podéis volver a ser cuando paguéis estas tres armas –el mercader sabía lo que se hacía.

La presencia de la infanta doña Urraca, venida desde la corte de León a la ciudad, no era ajena a los comerciantes, y la visita que Petro había realizado al Alcázar antes de llegar al barrio de los mercaderes le convertía en beneficiario potencial de tan lucrativa visita. El gremio de las Juderías de Córdoba era el mejor informado del reino. Petro era consciente de ello. Había ganado muchas monedas trabajando para los comerciantes de la ciudad.

–De acuerdo, no vendáis esos puñales hasta mañana. Si cuando caiga el sol no los he pagado, veos liberado de este compromiso. ¿Tengo suficiente favor en esta casa como para que me esperéis un día?

–Un día y medio. Lo tenéis.

### 3

Petro llegó de vuelta a su barriada tras caminar durante casi una hora a paso ligero. La ciudad había crecido tanto que un hombre podía andar el día entero y no terminar de atravesarla. Entró en la taberna y se fue directo a la mesa de los constructores, empujadores de piedras, como le gustaba llamarlos. Había tres de ellos tomando cerveza en vasijas.

Las cortinas de esparto tapaban las ventanas y la puerta de la taberna para intentar que el calor de la calle no se colase en la casa de comidas, el lugar estaba iluminado con bujías de sebo y el olor del combustible quemado hacía casi irrespirable el aire. Los ruidosos parroquianos que llenaban el lugar comían el rancho de turno vaciando con premura sus vasijas de vino barato y cerveza. Los gatzates necesitaban refrescarse. Las primeras horas de la tarde cordobesa en el mes de septiembre eran un infierno.

–Ya tarda en venir tu princesa –le soltó el más alto de los constructores nada más verlo.

–El que va a venir es el padre, pero con el pincho a por este sinvergüenza – gritó con la boca llena el constructor enjuto que ocupaba el taburete de la esquina, mientras los otros dos reían a carcajadas.

–Ni padre ni hija ni espíritu santo, aquí no viene nadie. Me tendré que acercar yo –dijo Petro levantándose decidido en busca del mostrador.

–Pues trae para todos.

Petro fue hasta donde estaba Mada y pasó de largo. La chica le miró de reojo mientras llenaba los platos con la consabida masa de avena y trozos de cerdo asado, el rancho de todos los días del año en aquella taberna. Petro la obvió sabiendo que no le prestaría caso alguno y se fue directo a por el padre.

–¿Hay cerveza?

–¿Para quién? –preguntó en tono tosco el tabernero, al que le faltaban



prácticamente todos los dientes.

–Para los que nos sentamos en aquella mesa.

–Para ellos hay.

–Pues llevadles doble ración y de comer.

Tras beber y comer a la retranca de los constructores, dejó un par de monedas sobre la mesa y se fue a casa. Empezaba a caer la tarde. No estuvo tanto tiempo como de costumbre en la taberna, pero aun así durmió la siesta allí apoyado de bruces en la mesa antes de marcharse. Había veces que le daba la medianoche antes de salir del tugurio.

Anduvo con paso presto por las calles del barrio, la trifulca en el palacio del Alcázar estaba aún demasiado reciente como para darla por olvidada.

Cuando entró a su casa le dio un vuelco el corazón, iba de sobresalto en sobresalto. Se encontró con una visita esperándole junto a la chimenea, que permanecía apagada. Por lo visto la familia real no necesitaba pedir permiso para entrar en las moradas de sus súbditos, o eso se creían.

–Poco ha tardado en venir en mi búsqueda, señora. Pensé que nos encontraríamos por la mañana.

–Buenas tardes.

–Buenas tardes, siempre a sus pies, mi señora.

–No necesito otra noche en vela. Enriqueta, si es usted tan amable.

La sirvienta hizo una leve genuflexión y desapareció por el portón. Petro la siguió y cerró; atrancó la puerta, estaba en su terreno, ya no habría sorpresas. Se sentó frente a la infanta y miró a la balda que había detrás de ella. Estaba vacía y polvorienta, llevaba de la misma guisa meses, no tenía nada para ofrecerle a la más distinguida visita que jamás había acudido a esa morada. Sin miedo a equivocarse, podía aseverar que era la visita más noble que había llegado a ese arrabal de aluvión desde que existía.

Miró a su invitada directamente a los ojos. Le costaba hacerlo; ella por su parte parecía estar en perfecto dominio de la situación y le miraba fijamente con la altivez de la que no se había desprendido desde el mismo momento en que la conoció. La hija del rey de León no era agraciada físicamente, pero sus ojos grises y la marcialidad que mostraba en sus formas habían hecho mella en Petro, que por momentos casi daba rienda suelta a su imaginación; se preguntaba si algo parecido le estaría pasando a tan ilustre señora con respecto a él.

–Ayer no aceptó usted el encargo que mi padre, nuestro amado rey, desea hacer descansar sobre sus hombros.

–Aún debo meditarlo.

–No dispone de tanto tiempo. ¿Me podría decir cuáles son esas dudas que le afligen? –la infanta siguió con su estilo directo sin apartarle la mirada.

–Puso precio a mi cabeza la última y única vez que nos hemos visto, mi señora, y se presenta en mi casa como si nos conociéramos desde siempre para poner en mis manos un asunto tan grave.

–Nadie podría resolverlo más que usted, y sabemos que lo hará por su rey – lo dijo entre dientes y sin mirarle a la cara por primera vez, pues su orgullo se lo impedía.

–No le costará mucho encontrar a otro que esté dispuesto.

–Sabe que no es verdad, le ruego que no me obligue a regalarle el oído. Sería una descortesía imperdonable por su parte hacerme llegar hasta la súplica.

Las posibilidades de volver con vida del empeño que le encomendaba la infanta eran escasas, pero doña Urraca le había dado a conocer demasiada información y no le dejarían con vida en el caso de rechazar el encargo. Ambos lo sabían. Petro hacía horas que había decidido aceptar la encomienda, pero no tenía interés alguno en finalizar la conversación. Disfrutaba en presencia de la infanta, no tenía sentido pero parecía haberse convertido en una persona imprescindible para ella y eso le intrigaba. No se le pasaba por la cabeza insinuarse ante toda una infanta de León, pero notaba que en aquellas desafiantes conversaciones había algo más por parte de doña Urraca que puro desprecio hacia su persona. Ambos tenían edad suficiente para conocer la leve distancia que separa los sentimientos más encontrados.

–No demos las cosas por sentado tan rápido. En primer lugar, ¿cuánto me va a reportar esta andanza? Y en segundo lugar, ¿hacia dónde se supone que debo partir?

–Veinte mil dinares de oro, y tiene que partir de inmediato hacia Denia para recuperar el cáliz. Hace semanas que no sabemos nada del padre Marcelo, nuestro enviado con la expedición del emir.

–¿Cuándo cobraré?

–¿¡Eso es un sí!?

–No lo dude, pero responda a mi pregunta.

–Cobraré cuando llegue a la corte con el Santo Grial.

–Necesito un anticipo ahora mismo si quiere que rompa amarras.

Los ojos de la joven infanta se llenaron de lágrimas para asombro de Petro, que no acertaba a entender lo que sucedía.

–Esto es muy importante para nuestro imperio, la ayuda del Altísimo es en este momento lo único que le falta a León para dominar toda la península. Se ha derramado mucha sangre para juntar todos los reinos del norte y sin la ayuda de Dios habrá sido todo en vano.

–Si me da mi anticipo, iré en busca del cáliz y se lo llevaré a su corte aunque sea lo último que haga en mi vida.

–Alabado seáis.

La infanta dio unas palmas y alguien intentó abrir la puerta con golpes cada vez más violentos. Petro se levantó raudo y desatrancó el portón antes de que lo echaran abajo; un soldado entró a la carrera, cuchillo en ristre, con gesto de andar buscando dónde hundirlo.

–No se alarme soldado, baje el arma.

–Perdón, mi señora, no cedía la puerta y perdí la calma –sentenció con una mirada gélida hacia Petro. Aún pesaba sobre el cartaginés la revuelta en el

Alcázar.

–Dadme la bolsa de las monedas.

–Ahora mismo, mi señora –el soldado hizo una reverencia y salió por donde había entrado para volver al momento.

La infanta dio por cerrado el acuerdo sin firmar pergamino alguno y salió de la pequeña vivienda, dejando su fragancia de esencia de mirra incrustada en todos los rincones del cuartucho.

La calle de los mercaderes seguía muy transitada a pesar de ser cerca de las nueve de la noche. Petro paró frente al comercio del cuchillero y vio que este seguía allí. Sentía una mezcla de angustia y excitación ante el panorama que se abría frente a él. Unos años atrás se habría lanzado sin miramientos y henchido de orgullo a por un encargo como el que le había tocado en suerte, pero el tiempo le había vuelto más precavido y temeroso. Había cambiado por completo su percepción sobre las oportunidades que le brindaba el santo oficio de asesino. Los muchos años de profesión le habían enseñado que lo que se paga caro difícilmente se cobra. Nunca le habían ofrecido tanto dinero por una encomienda, todo ese dinero podía tardar diez años en conseguirlo a base de pequeños encargos como los que acostumbraba a realizar, por lo que las probabilidades de llegar con vida a León para cobrarlo no eran demasiadas.

–Buenas noches, cartaginés. Pensé irme antes de las nueve como de costumbre, pero tenía la certeza de que pronto vendría a por las dagas.

–Le dije que pasaría mañana.

–La premura por las armas no tiene mañana. El que desarmado anda ventaja ofrece al enemigo.

Era obvio que la visita de doña Urraca a casa de Petro, con sus posibles consecuencias, había llegado a las Juderías antes que él. Petro le alargó diez dinares de oro al comerciante y salió de la carpa del cuchillero con la bendición de este y las tres dagas, dos en las botas y una tercera en el cinto. Dos calles más abajo compró un caballo. Se tomó su tiempo para la compra y se preocupó de que el jamelgo tuviera unos diez años, necesitaba un animal de fácil montura

pero que aún tuviese resuello, su experiencia le decía que el ardor de los equinos más jóvenes los convertía en monturas incómodas para viajes largos como el que se disponía a emprender. Para elegir al animal le miró con atención los dientes y vio que estaban desgastados y doblados por el paso de los años, pero aún conservaba fuerza en el bocado. Hacía tiempo que era cliente del tratante y debía andar con ojo si no quería verse buscando montura por los senderos. El dueño de la cuadra no era un tipo de fiar, pero los había peores. Era un gremio muy complicado.

Petro tenía un plan. Doña Urraca no lo aceptaría, por lo que decidió no contárselo. A él lo habían contratado para llevar el cáliz a León, no para seguir las ocurrencias de la infanta. Sabía el camino que debía seguir para llegar hasta Cartagena. No pensaba ir a Denia, en la Taifa dianense sería imposible recuperar el cáliz salvo que llevase un ejército con él y la ayuda del Altísimo, como diría su señora. Petro era de familia de marineros y conocía la ruta de los grandes navíos desde la parte oriental del Mediterráneo. Por las fechas que le facilitó la infanta, aún llegaría a tiempo para interceptar la embarcación en Cartagena. Rara vez se obviaba la parada en el puerto cartaginés para hacer los últimos aprovisionamientos y dar cuartel a los marineros tras la larga travesía.

Salió de las caballerizas al paso y abandonó la ciudad por el Portillo Corvache, camino de Baeza, con la noche ya cerrada sobre la capital de los califas. Debía intentar conservar la montura, así que cabalgó sin forzar al animal. El plan era vender el caballo en Cartagena. Había hecho buena compra y era más que probable que recuperase el total de los emolumentos pagados por el animal, más aún sabiendo que en las ciudades portuarias solía ser fácil encontrar comprador.

Hacía dos lustros desde su última vez en Cartagena y al entrar en la ciudad se quedó sorprendido del crecimiento de esta, que había sobrepasado con holgura la fortificación que rodeaba la urbe diez años atrás. Las calles del centro seguían igual, las construcciones no habían cambiado demasiado en aquella zona, salvo algunas que habían sido pasto de las llamas. Aquello le resultó extraño.

Llegó al puerto a las ocho de la tarde, tras cinco días de viaje. No había comido mal en las tabernas de las aldeas del camino ni había visto los fantasmas y peligros que bramaban los trovadores en las plazas de Córdoba. En los días de

cabalgada solo se tropezó con un par de asaltantes de poca monta que difícilmente asustarían a un niño de diez años. Entró en la taberna de los marineros cuando aún no había caído del todo el día y por alguna razón le pareció que estaba de vuelta en Córdoba. El ruido, el olor del sebo de las bujías mezclado con el del vino barato y la cerveza no tenía nada que envidiar al de la taberna del padre de Mada.

–¡Dios alabado, qué ven mis ojos! –bramó su hermano, que estaba sentado en el mismo taburete en el que lo dejó diez años atrás.

–¡Alfonso! Sabía que te encontraría aquí –el aspecto de su hermano era realmente lamentable.

–Creíamos que habías muerto.

–Cerca he estado en más de una, hermano. ¿Qué tal todos?

–¿Todos? ¿Quiénes?

–Padre, madre y nuestra hermana.

–Todos muertos.

–¿Todos?

–Sí. Uno de los barcos trajo una enfermedad muy mala y diezmó a media ciudad.

–¿Cuándo fue eso?

–Tres inviernos hace –respondió su hermano mayor mirando al suelo.

–¿Dónde están enterrados?

–Los enterraron al otro lado de la muralla en una fosa común en cal viva. Cada semana cavaban una fosa. Me cogió embarcado.

Petro sintió que le fallaban las piernas y se derrumbó con los oídos zumbándole y la taberna entera dándole vueltas en la cabeza. Su hermano lo agarró antes de que cayera al suelo, lo sentó en un taburete y le dio cerveza de su

cuenco para intentar reanimarlo. Petro se abrazó a su hermano y lloraron ante la indiferencia del resto de clientes del tugurio. A su alrededor los parroquianos seguían a lo suyo. Un tipo alto y entrado en carnes ayudaba a vomitar a otro alto y delgado con la tez quemada por el sol, mientras el tabernero y la que parecía ser su mujer se desgañitaban pidiendo que lo sacasen a la calle. El resto de los clientes del lugar bebían y vociferaban bajo la luz de las bujías.

El tugurio no dejaba de darle vueltas en la cabeza a Petro, le entraron náuseas y apenas era capaz de mantenerse erguido en el taburete. No podía asimilar lo que le acababa de contar su hermano. Notaba un vacío interior enorme y las imágenes de su infancia en el barrio de pescadores de Cartagena pasaban por su mente como si estuviesen sucediendo en ese momento. No había marcha atrás, todos los años que había pasado alejado de ellos y sin ni siquiera dar señales de vida no tenían enmienda. Levantó la mirada y se encontró a su hermano, que había caído en la melancolía junto a él. Alfonso tampoco parecía haber tenido la oportunidad de llorar a su familia como es debido en los tres años.

–¿Cómo has llegado hasta aquí? –acertó a preguntarle su hermano entre lágrimas.

–A caballo, ¿sabes a quién se lo puedo vender?

–¿Dónde lo tienes?

–Ahí fuera.

–Olvídate, no salgas a por él.

Petro, a pesar del golpe recibido, salió como una exhalación de la taberna y comprobó que su hermano estaba en lo cierto.

–Una preocupación menos.

–¿Tanto dinero tienes?

–No, pero ya no tiene remedio –no podía volver a levantarse del taburete, se sentía devastado.

–Bebamos, hermano.

–Hasta caer.

No se quitaba de la mente la imagen de sus padres y su hermana en las playas del pequeño mar salado que hay a escasos quince kilómetros de la ciudad, donde tantas jornadas de verano habían pasado arrebatando peces a la mar. Los únicos momentos felices que recordaba en toda su vida. Le caían las lágrimas de los ojos sin poder remediarlo. Era la primera vez que se enfrentaba a la muerte tan de cerca y no acertaba a recobrar el ánimo. Él, que se dedicaba a arrebatarse vidas un día tras otro, jamás se había puesto en la piel de las familias que destrozaba con su daga. Se le pasó por la cabeza que todo aquello era una venganza del destino. Lo tenía más que merecido; eran los demás los que no se lo merecían. Fuera lo que fuese casi no era capaz ni de respirar, se había quedado vacío por dentro.

–¿Y la barca de padre?

–La quemaron también. Quemaron los negocios y las casas de todos los apestados.

–Trae más cerveza, por favor –una nube negra parecía cubrir su mente.

–¡Tabernero! –gritó Alfonso.

–¿Y de qué vives?

–Como al principio, hermano, me embarco donde me va saliendo.

Siguieron bebiendo durante horas, sin hablar demasiado. Petro lloró sin consuelo en silencio y las lágrimas saladas se le mezclaban en la boca con el sabor de la cerveza, cada vez era más hondo aquel vacío interno que no había conocido hasta ese momento. Llegaron dando tumbos a casa de Alfonso bien entrada la madrugada y se acostaron en un lecho que había detrás de la puerta de entrada. A pesar de ser un catre extraño, Petro se durmió nada más caer en él.

Por la mañana notó que alguien le tocaba la frente. La cabeza le dolía horrores, abrió los ojos y vio a un niño mirándole fijamente. La luz entraba por la ventana directa al camastro y se le clavó en las corneas como un alfiler. Aun así agarró con ambas manos al niño y lo sostuvo en el aire mientras lo miraba



sonriendo.

–Soy tu tío Petro, ¿tú cómo te llamas?

–Yo soy Petro.

–¡No me digas que tu padre te puso mi nombre, que alegría!

Miró a su lado y vio que su hermano ya no dormía junto a él. Una mujer se le acercó, Petro se incorporó como pudo y la saludó. Al levantarse se dio cuenta que le dolía todo el cuerpo; aún no sabía que le pesaba más, si la cabalgada de cinco días o la cerveza y el vino peleón que había destilado con su hermano la noche anterior. La esposa de su hermano le explicó que llevaban siete años casados y que el niño era su único hijo, de cinco años. También le contó que su hermana y sus padres cayeron nada más llegar la enfermedad, les cogió el principio de la epidemia y murieron en dos días. Mejor así, hubo vecinos que estuvieron penando durante semanas con dolores horribles en el vientre.

Petro salió del hogar de su hermano, después de desayunar un pan abrasado en la lumbre con sardinas, y se fue en búsqueda de este. Su mujer le indicó que lo encontraría donde las redes de pesca, zurciendo. No tardó en dar con él.

–Estoy esperando un barco que debe zarpar rumbo a Denia. Un buen navío, viene de Alejandría y lleva personal distinguido a bordo –le informó con precaución de que nadie le oyese.

–Si es buen navío, es una coca, y ya está aquí –le respondió Alfonso sin levantar la vista de la red que zurcía.

–Necesito embarcarme.

–Hemos preguntado y no buscan marineros.

–¿Cuándo crees que zarpará?

–No sé, son muy reservados. Están con los aprovisionamientos desde el alba. Les debe de faltar poco; igual salen con la luna.

Petro dio un beso en la frente a su hermano y se marchó después de echar un vistazo a los compañeros de faena. No le resultaba familiar ninguna de las caras;

su hermano era con diferencia el mayor de los pescadores.

Su vida antes de emigrar a Córdoba había sido la caza con arco, la pesca y la mar; no recordaba otra cosa de sus veinte primeros años de vida. Junto a Alfonso aprendió todo lo que sabía; no había en Cartagena mejor arquero que su hermano. Por desgracia, la vida en el puerto y sus arrabales era despiadada y violenta, así que también aprendió a defenderse junto a él. Alfonso le regaló su primera daga, que estaba afilada a conciencia; el filo cortaba con solo mirarlo, le advirtió que llevara siempre al menos una con él y que se preocupase de que estuviera muy bien afilada. También le enseñó a no titubear.

La primera vez que su hermano dio muerte a un hombre delante de Petro este se lanzó a pegarle como un descosido y se negó a dirigirle la palabra durante una semana.

—¿Conocías a ese hombre?

—¿Al que diste muerte? —le reprochó aún con resquemor Petro tras siete días.

—Sí, a ese y a los que estaban en las zarzas.

—¿Qué zarzas?

—Abre los ojos y agudiza el olfato Petro o no cumplirás la veintena. Si no te suena la cara, ni el acento, y si las preguntas que te hace un desconocido poco tienen que ver con nuestro oficio, clávale la daga de abajo arriba y corre.

El resto no tardó en aprenderlo él solo.

Petro se fue hasta el embarcadero y vio la poderosa nave amarrada a la espera de zarpar. Por la pasarela entraban víveres para la última parte de la travesía: toneles de agua y de cerveza y cajas de salazones y legumbres. Parecía evidente que no pernoctarían allí. Petro sabía lo que tocaba, ni siquiera se le aceleró el pulso, estaba inmunizado al dolor ajeno. El propio era otra cosa, lo había experimentado por primera vez en sus entrañas unas horas antes con la noticia de la pérdida de casi toda su familia y aún sentía un nudo en el estómago

que le oscurecía el alma. Se dirigió presuroso a las tabernas del puerto y vio a cuatro marineros que bebían cerveza mientras hablaban a gritos y gesticulaban con grandes aspavientos. Su embriaguez era evidente, estaban a unos cincuenta metros y no oía sus conversaciones, pero sin duda eran marineros de la nave dianense, no en vano uno de ellos portaba la bandera de la taifa de Denia en sus ropajes.

El trasiego de gente era grande, pero no tendría otra oportunidad como esa, así que se acercó a ellos sin que se apercibieran de su presencia y los asesinó a sangre fría. Se puso detrás del más alto y le rebanó el cuello desde atrás. Ninguno de los otros pudo reaccionar antes de que le clavara el puñal al de su izquierda en el hígado. Ambos cayeron al suelo rodados. A los otros dos los rajó de abajo arriba sin pestañear mientras se abalanzaban a por él. En el manejo de los cuchillos era ambidextro. Además, sabía por experiencia que asesinar a borrachos despistados era la parte más fácil de su profesión; lo difícil fue hacerlo sin terminar empapado de sangre. David era un mercader duro en la cobranza, pero sus aceros estaban trabajados a conciencia, no había en el mundo mejor compañía que los puñales forjados en su casa.

Desde la calle de las tabernas del puerto se fue directo al embarcadero y se limitó a esperar mientras decenas de marineros corrían hacía las tabernas para no perderse el botín. Despojar a los cadáveres de todas sus pertenencias era una santa bendición para los buitres del puerto.

A las dos horas el buque estaba a punto de zarpar y el capitán se afanaba buscando tres marineros para sustituir a los diestros tripulantes que había perdido. Solo le hacían falta tres, pues ya tenía el cuarto: Petro.

## 4

Petro se embarcó en la coca y zarparon rumbo norte en dirección a Denia. La tripulación aún estaba aturdida por lo ocurrido y Petro fue directo al calabozo entre una gran revuelo, con intento de linchamiento incluido, nada más entrar en la nave. Sin duda lo habían reclutado para matarlo en alta mar, alguien debió ver como se deshacía de los marinos en el puerto.

En el calabozo se dio de bruces con un religioso, el padre Marcelo, que llevaba allí encerrado desde que zarparon de Alejandría, según le hizo saber nada más verlo. La afinidad entre el rey Fernando I de León y el emir de Denia había tenido mucho que ver para que el cura no fuera alimento de los marrajos del Mediterráneo. Aun así, esa cordialidad no le sirvió al padre Marcelo para conseguir llegar de vuelta a Denia en armonía con los enviados del emir, que parecían no estar tan convencidos de las buenas relaciones de la Taifa de Denia y la Corte leonesa.

–¿Es usted cristiano? –le preguntó el religioso después de contarle con voz temblorosa sus padecimientos.

–Me manda la misma persona que a usted. ¿Dónde está el Santo Grial?

–Lo tiene el enviado del emir en su camarote, arriba en el puente.

–Padre, esta noche vamos a hacernos a la mar con el cáliz –le informó Petro con convicción.

–Para eso cuente conmigo, dígame que he de hacer –la cara del religioso se iluminó.

–Rece, padre, rece.

Con la madrugada muy avanzada y después de darle mil vueltas en vano a la forma de salir de aquel agujero, Petro oyó que alguien descorría el ruidoso pestillo del tambucho que les separaba del exterior. Empujó la escotilla y subió de un salto a cubierta, no se sorprendió en absoluto cuando vio a la persona que

le acababa de salvar la vida. Era Alfonso, al que ni siquiera el paso de los años había liberado de proteger a su hermano pequeño. Alfonso no estaba fosilizado en absoluto, a pesar de tener aspecto casi de anciano, conservaba los reflejos en plena forma. Había dado buena cuenta del compañero que hacía la guardia junto a él. Era costumbre que un marinero de confianza acompañase a los recién llegados en las guardias; el tripulante dianense estaba tumbado boca arriba cerca de la base del mástil de proa con el cuello rebanado y un reguero de sangre que discurría por la cubierta hacia los vierteaguas de babor. El resto de marineros dormían la mona mientras el timonel mantenía el rumbo entre bostezos.

No había visto a su hermano embarcarse, pero el tumulto que se formó en el embarcadero cuando lo cogieron preso y lo mandaron a galeras debió correr como la pólvora entre los pescadores en las dos horas que aún estuvieron en puerto antes de partir. Los hermanos ni se saludaron al verse; se movieron por cubierta como almas en pena sin hacer absolutamente ningún ruido. Petro subió la escala con sigilo y antes de que el timonel advirtiera su presencia le lanzó al cuello la daga que llevaba oculta en el botín derecho. Tras impactarle salió corriendo por el puente de puntillas y le tapó la boca para que no despertara con sus últimos sollozos a los ocupantes de los camarotes de mando, que estaban justo detrás.

–Tenemos tres horas hasta el próximo cambio de guardia –le susurró Alfonso tras asegurar el timón con un cabo.

–Baja a por el cura, subid a un bote y esperadme.

–¿Seguro?

–Tú hazlo –respondió categórico Petro.

Alfonso bajó por la escala y Petro entró con cautela al camarote del capitán. Este roncaba con la cadencia de quien podría dormir durante horas aunque entrase un ejército al completo en su camarote. Un pequeño barril de vino vacío era parte de la explicación. Seguramente apuraba sus últimos momentos antes de llegar a la taifa. A Petro no le fue difícil dar con el cáliz. Lo recogió y salió escaleras abajo hasta los botes. Su hermano y el padre Marcelo le hicieron señales y se fue directo hasta ellos.

–Petro, monta en el bote y yo subiré al puente –le espetó Alfonso al verle llegar con la caja de madera en las manos.

–¿Estás loco? Suelto amarras y remamos hasta la costa.

–Llevas demasiados años en Córdoba y no te acuerdas de este oficio. Haz lo que te digo.

Petro subió junto al religioso y vio la figura de su hermano deambular sobre las puntas de los pies hasta el timón de la embarcación. Cambió el rumbo unos grados a babor y la nave alcanzó algo más de velocidad empujada por el viento, que iba a rachas y en ocasiones soplabla con cierta alegría, pero no dejaba de ser una brisa nocturna. Siguieron el nuevo rumbo durante algo más de una hora; luego Alfonso giró la rueda del timón y el rumbo volvió a ser dirección norte. Petro vio bajar a Alfonso del puente de mando y asir las amarras.

–Agarraos fuerte.

–No se preocupe, hermano, que de aquí no me muevo –el cura no había soltado la traviesa de la barca ni un segundo desde que saltó al bote.

–Libera ya la amarra, Alfonso.

El mayor de los hermanos soltó el cabo y el bote cayó al mar. Alfonso se deslizó por un obenque y se dejó caer en el bote, y pusieron rumbo a la costa con la iluminación de la tenue luna mientras el navío desaparecía por estribor con rumbo firme.

Remando hombro con hombro con su hermano Alfonso le asaltaron los recuerdos de su infancia a Petro. Agradeció la oscuridad para no mostrar su emoción.

–¿Veis aquel islote? Es Tabarca, allí hay marineros amigos que nos echarán una mano.

–Alabado sea el señor. ¿Son de los nuestros?

–Sí, padre, son de los nuestros. Mujeriegos y bebedores –rio Alfonso.

–No, hermano, preguntaba si son católicos.

–Descuide, padre, no vamos a tener problemas.

Petro se limitó a remar y recordar aquellas tardes de incursiones en el Mar Menor en busca de pesca con su hermano Alfonso. Aquel mar salino y de vientos suaves y perennes era su despensa, no hacía falta más que remangarse los pantalones para traer la cena; con una simple red de mano le robaban a la mar alimento para toda la familia en un rato. Llegaron a la isla de Tabarca cuando el amanecer se vislumbraba por su espalda y dejaron la barca varada en la playa. Ya debía haber despertado el personal en el navío rumbo a Denia y cabía la posibilidad, aunque remota, de que volvieran a buscarlos, así que Petro y Alfonso cubrieron la barca con ramas de árboles y arbustos que abundaban en la duna junto a la playa.

En la costa contraria de la isla, a poniente, había varias barcas de pesca, y un barco algo más grande anclado a pocos metros. Un grupo de marineros hablaba junto a una hoguera en la parte más próxima a unas casas hechas a base de adobe y piedra. Alfonso se acercó a ellos mientras Petro y el religioso esperaban en la playa junto a las barcas. Alfonso volvió al poco y les puso al día. El barco anclado hacía el trayecto hasta Alicante, por lo que les podría llevar antes de media mañana.

El hermano mayor se despidió de Petro y del padre Marcelo, Tabarca era un caladero muy visitado por los pescadores de la zona de Cartagena y volvería a casa con el primer barco de colegas suyos que fondease en la zona.

–En tu casa, debajo del camastro del niño, una de las piedras se mueve.

–Lo sé.

–Pues mira ahí.

–No lo tenías que haber hecho.

Petro le dio un abrazo y se subió en la pequeña embarcación que le llevaría junto al religioso al barco que les iba a trasladar hasta Alicante. Su hermano no lo sabía, pero Petro pensaba volver a Cartagena para pasar un tiempo con los suyos en cuanto acabase con el encargo que tenía entre manos.

Compraron dos caballos, por mucho más de lo que valían, en el puerto de Alicante, y salieron a galope tierra adentro; no querían ni oír hablar de la costa. Las taifas de Valencia y Denia, aunque no eran precisamente amigas, solo necesitarían una excusa común para ponerse de acuerdo, algo que era demasiado habitual en la época y que los trovadores se encargaban de airear en las plazas de Córdoba.

Petro dudaba si encaminarse hacia Córdoba o directamente hacia León, pero el religioso fue muy claro: o iban a León o defendería con su vida la caja que llevaba entre sus manos.

–No creo que arriesgue usted tan fácil su vida.

–Póngame a prueba y verá.

–La prueba ya la vimos anoche.

–No sé qué insinúa, pero no me gusta su tono.

Petro sonrió recordando al padre agarrado a las traviesa del bote olvidando por completo la caja con el cáliz. A Petro le quedaba el dinero justo para el viaje y una sola daga, así que bajaron un poco el ritmo y enfilaron Castilla a un trote suave pero constante. Debían conservar los jamelgos sanos si no querían verse en problemas.

Las noches las pasaron al raso y haciendo turnos para dormir. Los caminos se decía que eran muy peligrosos, llenos de bandidos en busca de comerciantes despistados o viajeros a los que alcanzara la noche sin un sitio donde resguardarse. A Petro no se lo pareció en la cabalgada hasta Cartagena, pero por si acaso tomaron la precaución de hacer guardias nocturnas. El padre no era muy hablador, se pasaba las horas sumido en sus oraciones y parecía economizar las palabras. Mucho mejor. Era evidente que consideraba a Petro un alma sucia y condenada a arder en el infierno, así que ni se molestó en intentar confesarlo. Era reservado pero no tenía un pelo de tonto y había calado al cartaginés desde el



momento en que lo vio dar con sus huesos en la caponera.

La tercera noche pararon cerca de un arroyo. Habían comprado carne en salazón a unos cazadores que desprendían un aroma a maleantes que hedía a kilómetros. Siguieron el camino tras la compra y Petro decidió acampar con un solo flanco descubierto. A la espalda tenían un risco y delante el arroyo, que era bastante rápido, así que quedaban protegidos. Fue la primera vez en que tomó tantas precauciones para pasar la noche, el mismo instinto que le había mantenido con vida todos aquellos años parecía avisarle del peligro. Hizo la primera guardia y a mitad de la madrugada cambió el turno con el religioso y se quedó dormido en el duermevela de costumbre. Jamás dormía profundamente, era una cosa que no se podía permitir alguien como él.

El leve crujido de una rama le hizo abrir los ojos. No se movió ni alteró la respiración, y no se equivocaba. El cura estaba junto a la hoguera rodeado por los tipos que les habían vendido los salazones.

Petro simuló seguir dormido y vio cómo uno de los maleantes ataba las manos en la espalda al cura mientras que el otro husmeaba en las pocas pertenencias del religioso.

Aprovechando la negrura Petro se aproximó por la espalda al tipo que le estaba atando las manos al padre Marcelo y le rebanó el cuello sin miramientos, el otro ratero se apercibió de lo que sucedía y echó a correr con las pertenencias del moje; lo más grave del asunto era que en el zurrón del religioso estaba la caja de madera con el Santo Grial.

Petro corrió tras el maleante pero lo perdió en la oscuridad, aquellos bosques le eran ajenos y la noche era demasiado oscura para dar con el maleante, que además a buen seguro conocería la zona como la palma de su mano.

–¿Me quiere decir en qué demonios estaba pensando, padre?

–Aparecieron de la nada, no me dio tiempo a ponerme en guardia.

–¿A ponerse en guardia? No me haga reír. Si no le rezara tanto a su Dios y se dedicase un poco más a las cosas de aquí abajo no estaríamos así.

–Así, cómo, hermano.

–Descansemos y mañana iremos a buscar al desgraciado ese por los pueblos de la comarca, no creo que les tuvieran mucho cariño por aquí.

–Sé que no me tiene estima alguna, mercenario, y sabe usted que es algo recíproco, solo espero que esto lime nuestras diferencias y sirva como agradecimiento por haberme salvado la vida en dos ocasiones –dijo el religioso remangándose el hábito y sacando el ónice de entre sus ropajes.

Petro estuvo tentado de darle las gracias, pero se contuvo y organizó las cosas para marcharse y continuar el camino, cuanto antes pusieran tierra de por medio, mejor.

Después de la lección que recibió del padre Marcelo, Petro cogió el cáliz y se lo metió en su camisón, pegado al costado, no lo sacaría de ahí por nada del mundo hasta llegar a León. Las noches se volvían más frías cuanto más al norte, y el invierno parecía ganarle la batalla al otoño a pasos agigantados. Petro sabía por periplos anteriores de la rigidez del clima castellano. Echaba de menos el otoño cordobés, que alternaba días cálidos con otros de lluvia, pero jamás helaba hasta bien entrado el invierno.

Cuando el sol del undécimo día de cabalgada perdía la batalla con la luna vislumbraron tierra familiar para el compañero de viaje de Petro. El monasterio Real de San Benito en Sahagún había sido morada del padre Marcelo durante sus años de formación.

–Esta noche llegaremos a León, Dios mediante.

–¿Está seguro, padre?

–Jamás he tardado más de media jornada desde aquí hasta la capital, no sé por qué iba a ser diferente hoy.

–Pues venga, padre, dele un poco a las riendas, que estos ya aguantan –animó Petro al monje, que parecía estar agotado.

Entraron a León al galope en mitad de la noche. Petro siguió al cura por las desérticas calles de la ciudad hasta un convento en el centro de la urbe. Las puertas estaban cerradas, pero aun así había dos centinelas custodiando la rancia

construcción.

–¡Padre Marcelo! –exhortó sorprendido uno de los centinelas a la vez que inclinaba la cabeza.

–Anuncie mi llegada a la infanta.

–A sus órdenes.

Abrieron los portones y Petro siguió a su compañero hacia las caballerizas. El edificio religioso era parte de una gran fortaleza en mitad de la ciudad. Estaban en la Corte. Petro descabalgó y dos monosabios ojerosos surgidos de las cuadras se hicieron con los caballos entre bostezos. Le devolvió el cáliz al religioso y lo siguió por los pasillos de palacio. La actitud de su compañero de viaje cambió como de la noche al día. Su cabeza se irguió altiva y sus andares se volvieron más decididos, se respiraba respeto hacia su persona por todas las esquinas del palacio. Detuvieron sus pasos frente una puerta a mitad de un pasillo iluminado por velones de color granate propios de las iglesias.

–Aséese. Vendrán a recogerle para despachar con su Alteza Real a poco tardar.

–Estoy aseado, yo lo que necesito es comer.

–Comeremos, no se preocupe, pero no está aseado para dialogar con mi señora.

–En tal caso, así lo haré, padre –estaba totalmente a merced del religioso.

Cuando Petro llegó a la sala donde comía el religioso, con el cáliz sobre la mesa y la infanta doña Urraca sentada junto a él admirando su preciado tesoro, no tenía más intención que hincarle el diente a la pata de cerdo y al arroz con verduras que lo acompañaba, así que casi ni reparó en el resto del salón.

–Señora, cuánto honor.

–El honor, permítame, es mío.

–En absoluto. Muchas gracias por estos ropajes y por la tina de agua tibia.

–No lo merece, y ahora siéntese y coma, que ya me ha contado el padre Marcelo que vienen sin probar bocado desde el alba.

Tuvo cuidado en no comer y beber todo lo que le pedía el cuerpo. En ocasiones anteriores se había dejado llevar y le costó días recuperarse. El vino era demasiado bueno y abusó un poco más de lo recomendable ante tan digna presencia. Sus acompañantes aguardaron en silencio hasta que sació el hambre; el religioso parecía andar perdido en sus oraciones mientras la infanta miraba con atención el cáliz.

El padre Marcelo debió de darle detalles a la infanta, al igual que había hecho con Petro durante los días de cabalgada, sobre la esquirra que le arrancó al cáliz Bani-I-Aswad o alguno de sus secuaces durante la travesía, ya que doña Urraca recorría la hendidura del borde del cáliz con el dedo sin hacer pregunta alguna al respecto.

Con el estómago lleno y el gazonate bien regado, Petro se relajó lo suficiente para observar el salón en el que se encontraban y reconoció la sobriedad de las construcciones en Castilla, muy alejada de los palacios de los comerciantes que frecuentaba en Córdoba, donde el colorido y la ornamentación de los edificios nada tenían que ver con la piedra desnuda y geométrica de aquella estancia.

La chimenea era tan grande que cabía una persona de pie dentro; de hecho el sirviente que atendía la lumbre entraba de cuerpo entero hasta casi pisar las ascuas para avivar los troncos a cada rato.

–El padre Marcelo me ha puesto al día de algunos avatares acaecidos en su periplo; por lo visto nuestra preciada reliquia viene manchada en sangre.

–El oro y la sangre, señora, van siempre de la mano, pero eso ya lo sabía usted.

–Por favor –el religioso pareció incómodo con el comentario.

–No siempre es así –quiso suavizar la infanta.

–Entonces desconozco para qué me mandó.

–Ya está bien, eso no se lo consiento en mi presencia.

–Padre, relájese –intervino Petro–, que salvo que usted lo cuente, lo sucedido se viene conmigo a la tumba.

–¿Y qué se le ofrece en adelante, Petro el cartaginés?

–Por de pronto, mi señora, cobrar, y después había pensado pasar unos meses en Cartagena y volverme a Córdoba, donde espero que con los caudales recogidos en esta Corte pueda vivir con algo más de holgura.

–Aquí tiene morada y oficio, de eso no le va a faltar junto a mi padre, nuestro rey, pues escasos andamos de valerosos caballeros.

–Muy amable de su parte, pero los únicos caballos que monto son los que pago con los réditos que me dan mis puñales. No creo que un mercenario como yo le hiciera buen papel al reino.

–¿Y eso por qué?

–No soy bien mandado, señora.

–Esto es lo último que esperaba oír –el religioso parecía realmente ofendido.

–Le dije, señora, que Petro el cartaginés cumple su palabra aunque le vaya la vida en ello, así que ahora cumpla usted la suya.

Tras la frase que el alcohol sacó de su boca y de la que no se sentía en absoluto orgulloso se levantó, hizo una pequeña reverencia y se retiró a sus aposentos, que dio por sentado que eran los mismos en los que se había aseado y donde observó que contaba con un colchón de plumas esperándole junto a la chimenea.

Había bebido algo más de vino de lo aconsejable, pero no estaba fuera de sus cabales, por lo que se acordó de hacer todos sus movimientos con cuidado y sin sobresaltos. Nunca olvidaría la cortesía que se debe a una distinguida dama como la que se encontraba ante él. La trifulca originada en el Alcázar cordobés al levantarse de forma airada frente a la infanta era una de esas lecciones que la vida marca a fuego en las personas. Su destreza en el manejo de las dagas y la falta de coordinación en la guardia de la infanta fueron lo único que le permitió

seguir respirando tras aquella torpeza.

Después de dar las buenas noches se fue hasta su habitación siguiendo a un lacayo, se desvistió y usó las ropas de noche que le habían dejado junto a la chimenea. Concilió el sueño en un santiamén. Sus maltrechos huesos echaban de menos un lecho más blando y cálido que el pedregoso suelo de los campos de Castilla.

Antes del amanecer oyó pasos en el pasillo, al menos eran dos personas las que merodeaban en las inmediaciones de su habitación, se detuvieron las pisadas frente a su puerta, dejaron algo y se alejaron de inmediato.

Alguien llamó con cuidado, Petro saltó del catre, cogió la daga, se calzó y abrió lo justo para mirar mientras bloqueaba la puerta con la bota. Era la infanta.

–¿Aún dormía?

–Por supuesto, todavía no ha amanecido –respondió Petro, terminando de abrir la puerta.

–¿Y sus oraciones?

–Eso puede esperar.

–Aquí está su dinero –se hizo a un lado la joven y dejó ver los fardos.

–Pues entonces ya hemos cumplido ambos.

–¿No lo cuenta?

–No tiene cara de engañar a nadie.

–¿Y de qué tengo cara?

La agarró por la cintura y la atrajo hacia sí.

–No se equivoque, cartaginés –dijo echando hacia atrás la tez.

–Creo que no me equivoco, nos veremos en otra ocasión.

–Tiene su caballo dispuesto. El ofrecimiento de quedarse con nosotros sigue

en pie, pero parece usted muy testarudo.

–Y lo soy.

## 6

–¿Y cómo sabré que no me engaña, cristiano?

–Sabe que soy de fiar, no es la primera vez.

–Pero me parece que será la última. Quiero pruebas.

–No me pidió pruebas.

El usurero se dio la vuelta ofendido dando la espalda a Petro. No era la primera vez que lo hacía. Su espalda era la forma de mostrar desacuerdo. Parecía no importarle recibir una cuchillada a traición, lo único que le preocupaba eran sus caudales. Petro guardó silencio, no estaba dispuesto a ser él quien retomara la conversación. No era buen negociador y sabía que ganaba más en los silencios que en la plática. En mitad de la acalorada conversación un señor entrado en años, unos cuarenta, descorrió el cortinaje que separaba el negocio del prestamista de la calle y entró. Petro se hizo a un lado y el mercader se dio la vuelta.

–¿Qué se le ofrece?

–¿Podemos hablar en privado?

–Lo estamos –respondió el usurero mirando a Petro.

–De acuerdo –aceptó el recién llegado–. Vengo desde Sevilla. Me han dicho que en esta casa puedo conseguir auxilio financiero.

–Eso depende. ¿De qué garantías dispone?

El tipo sacó un pergamino enrollado y se lo alargó al prestamista. Este lo abrió y leyó su contenido. Petro observaba la escena en silencio y agradecido; la aparición del individuo llegado desde Sevilla parecía haber calmado los ánimos del mercader.



–Hablad.

–Quinientos dinares de oro.

–¿Para?

–Ya lo ha leído, para comprar las tierras de mi vecino y tener acceso al río.

–¿Cuándo?

–Para la primavera.

–Déjeme comprobar estas escrituras y hablaremos de los dinares entonces. Vuelva en tres semanas.

El tipo hizo una reverencia y salió de vuelta a las calles del barrio judío de Córdoba. La usura no tenía más conversación, se aceptaba o se rechazaba, las escrituras de las tierras solía ser la única prenda.

–¿Cómo sabré que en Málaga y toda la costa respetarán mis prestamos si dejamos impunes a los morosos? –la reprimenda continuó.

–Eso nunca pasará.

–Pues alguien me ha dicho que dejó usted con vida al tratante del puerto.

–Pues cuídese de los alguien.

Petro lanzó sobre la mesa del prestamista la saca que traía y se marchó.

Las juderías estaban embarradas a pesar del esmero de los comerciantes por cuidar su calle. Se agradecían las lluvias del invierno, era una bendición para el olfato. Ahora el problema era andar por el fango de algunos barrios sin romperse un tobillo.

El asunto del Santo Grial dejó a Petro muy bien situado. Invirtió el dinero en una embarcación de pesca de la que repartiría las ganancias con su hermano. Habían quedado en verse en primavera y hacer el reparto, no se le ocurría nada mejor que hacer, los pobres no estaban hechos para amasar fortunas debajo del colchón.

Habían pasado diez minutos desde que salió del comercio de caudales y pensó que ya debería estar como loco el usurero intentando librarse de la cabeza del tratante del puerto de Málaga. Conocía bien al prestamista y no se iba a conformar con menos prueba que esa. Por el cobro no tenía prisa, el prestamista era desconfiado y cicatero, pero buen pagador. Además sabía que no tardaría demasiadas horas en mandar al recadero a buscarle para que marchase a Sevilla a comprobar las lindes del pergamino que se quedó escrutando cuando salió de su carpa.

De vuelta a su barrio paró en la taberna y comió lo de siempre con los de siempre. Los constructores no andaban tan animados como de costumbre, habían enterrado a uno de los parroquianos un par de días atrás. Después de una comida que acabó como todas las noches, en un no parar de beber y comer hasta que el tabernero los echaba a patadas tras vaciarles los bolsillos, el guapo perdió el conocimiento camino de su casa y murió ahogado con sus propios vómitos en plena calle. Lo encontraron por la mañana tirado en el barro, en calzones. Los carroñeros se habían ocupado de sus pertenencias y ropajes.

Petro se fue a casa a las siete de la tarde con la negrura en el cielo y la lluvia haciéndole casi imposible caminar por las calles de la barriada, convertida en un lodazal. Estaba en la parte baja de la ciudad y las aguas infectas de los barrios colindantes llegaban como arroyos hasta la puerta de su casa. Cogió la llave del quicio de la ventana y abrió la puerta, al entrar notó que la cara de una persona se pegaba a su oreja al tiempo que observó que la chimenea estaba encendida. La piel de la cara que se apretó contra la suya era suave y los labios que se movían junto a su cuello eran carnosos, pero fue el aroma a mirra lo que le hizo saber con certeza de quién se trataba.

–Es usted muy testarudo, pero no se equivocaba con respecto a mí, cartaginés.

Marisa probó a sobrepasar los ciento veinte kilómetros por hora mientras miraba de reojo al abad de San Isidoro de León, que permanecía sentado en el asiento del copiloto rezando el rosario. Al pasar por Benavente, la autovía se pobló algo más, sobre todo de camiones y algún que otro turismo. La vida es otra con un café en el cuerpo, y más aún si se trata del de la gasolinera de Benavente. Marisa no sabía si era la cafeína o la sensación de libertad que experimentaba al abandonar esa estación de servicio, en la que paraba siempre que salía de León.

El religioso parecía absorto en sus oraciones mientras la aguja del Ford Fiesta acariciaba los ciento cincuenta. A la historiadora le había gustado la velocidad desde joven, llevaba más de un año paseándose por todos los concesionarios de León en busca de otro coche más potente, pero para una persona sola como ella era demasiada carga: el piso, los gastos para vivir y además la letra de un capricho, así que de momento seguía con el utilitario que le dejó su padre cuando lo convencieron para que no provocara más a la diosa fortuna al volante.

La entrada a Madrid por la carretera de la Coruña estaba despejada, por lo que a las dos en punto de la tarde llegaron al Palacio de la Moncloa, tal y como habían planificado. Marisa conocía muy bien esa carretera y sabía por experiencia que un cuarto de hora más tarde el panorama de tráfico era otro totalmente diferente en la A-6. Detuvo el coche junto a la garita de la entrada al recinto del Palacio y el abad se acercó a darle explicaciones al Guardia Civil del puesto. Tras el gesto afirmativo del centinela, la puerta de barrotes se abrió y les dieron instrucciones para que aparcasen en el espacio asignado a las visitas, no sin antes pasar el pertinente espejo por la parte inferior del vehículo y revisar con celo sus carnés de identidad. Sus documentos estaban impolutos, eran unos perfectos desconocidos en los ficheros de los juzgados. Estaba claro que el

sistema no era infalible. En un par de meses probablemente no pasarían tan de rositas el control. En vista de la rigidez del protocolo, Marisa se preocupó en aparcar sin pisar las líneas blancas que delimitaban la plaza que les habían asignado.

Un ujier ataviado de azul marino y con botonadura dorada salió en su búsqueda para acompañarlos hasta la residencia presidencial. La historiadora notaba cómo los latidos de su corazón iban cada vez a más velocidad. El agobio existencial que la torturaba los últimos días no le había dejado percatarse de que el miedo escénico haría acto de presencia en la visita a Moncloa, al fin y al cabo, quién era ella. Fuera de la fortaleza que constituían sus libros y sus investigaciones sobre el Medievo, no era más que una persona en apuros con el agua al cuello.

Subieron por la escalera donde posan los gobiernos al tomar posesión y entraron en Palacio. Anduvieron entre oficinistas hasta el final de un largo corredor y cruzaron una puerta donde el ujier les informó de que a partir de ese punto dejaban atrás la zona de los burócratas y entraban en el hogar presidencial. Marisa no conseguía controlar su ritmo cardíaco, la visión se le estaba empezando a nublar y le costaba respirar, las piernas le temblaban. Era como si de repente le hubiese estallado la bomba de relojería que llevaba latente en sus entrañas la última semana. El empleado de Moncloa les acompañó hasta un salón y se despidió tras anunciarles que la señora del presidente estaría con ellos en unos minutos. Marisa se dejó caer en el primer sillón que vio en la sala, intentando que el abad no se percatase de su ataque de pánico.

–Buenas tardes, don Lorenzo.

–Buenas tardes hija, ¿cómo estás? –contestó el abad cogiendo por las manos a quien sin lugar a dudas era su anfitriona.

–Muy bien, cuánto tiempo sin coincidir, padre.

–Pues vamos a ver, ¿cuánto hace que os casasteis?

–Una eternidad –respondió ella con una sonrisa.

–Pues eso, hija, una eternidad. Permíteme que te presente a Marisa, es la

historiadora del Cabildo.

Cuando apenas habían terminado de presentarse apareció el presidente del Gobierno, sin corbata y con los dos últimos botones de la camisa blanca abiertos. Tenía la barba más recortada que de costumbre y el rostro visiblemente maltratado por el cargo. Marisa contuvo como pudo una arcada que se le vino a la boca en el momento en que fue a saludar al mandatario y este pareció no querer percatarse del trance. La historiadora se tragó la bilis y el sabor amargo le torció el semblante, ahora solo faltaba que el presidente pensara que el gesto iba con él. Hizo lo que pudo y sonrió sin separar la comisura de los labios.

Se sentaron a la mesa, y durante el primer y segundo plato repasaron concienzudamente la trayectoria escolar del presidente en el colegio donde el abad enseñaba historia. Por lo visto, el baloncesto y la bicicleta hicieron profundizar la amistad de ambos a pesar de que el religioso era quince años mayor que el mandatario.

La comida debía ser excelente pero Marisa estaba a punto de derrumbarse sobre el plato y la merluza le supo a pollo al curri. Se la comió sin emitir señales del calvario que estaba pasando en su estómago y en su cabeza; mejor así, no hubiera sido capaz de sobrellevar un tercer grado sobre su estado de salud.

A los postres el abad introdujo el tema que les había llevado hasta allí y seguidamente Marisa fue impelida a tomar la palabra. Lo estaba deseando desde que salió de León, pero no había previsto la crisis que estaba sufriendo. Pidió un tiempo muerto y se fue al baño, se encerró con pestillo, pulsó la cisterna para ahogar el sonido y vomitó en la taza del váter toda la comida; no le quedó en su cuerpo ni el café de Benavente. Se lavó la cara destrozándose el maquillaje y se secó con la toalla de flores que había en el toallero. Dio gracias a dios por que no fuera blanca.

Se miró al espejo y vio su cara de cuarentona. Lo había leído en una revista francesa, es la edad en que una mujer puede parecer una veinteañera o su madre, todo depende del día que lleve. En media hora había pasado de parecerse a su hija, si es que la tuviese, a su madre, aunque a decir verdad su madre tenía mejor aspecto del que estaba viendo en el espejo. Era clavada a su abuela, se lo decían desde pequeña, y lo que vio en el espejo se parecía como una gota de agua a la cara pálida de su pobre abuela. Pero tenía que dar la talla, se jugaban mucho y no era momento de debacles. Cuando salió del cuarto de baño coincidió con un ujier

que llevaba el carro del café hacia el comedor.

–Disculpe.

–Señora.

–Hágame un favor, el café lo querré solo, mitad y mitad.

–No entiendo.

–Sí me entiende, ¿tienen brandi? Y por favor, que no se entere nadie.

–Como desee –le concedió el empleado de Moncloa, sorprendido ante la petición.

Marisa tenía los ojos verdes, era delgada y rondaba el metro setenta, se mantenía en forma, algo difícil de esquivar en la sociedad de hoy día. Al menos iba tres veces a la semana al gimnasio, aunque era algo que le costaba horrores y no lo podía soportar; el ujier tenía edad para estar curado de espantos, pero no le extrañó en absoluto a Marisa el gesto contrariado con el que siguió hasta el comedor, el aspecto de la historiadora no tenía nada que ver con el de una alcohólica.

Esperó a que empezasen a servir los cafés antes de volver al comedor, no se sentía con fuerzas para hablar a palo seco. Se sentó con disimulo, como si nadie hubiese caído en su huida y encontró un café solo esperándole en su lugar de la mesa. No le puso azúcar, sabía que le picaría en la garganta, más aún después de vomitar hasta la primera papilla en el baño. Se puso la taza en los labios y el reflujo del coñac le llegó hasta la lengua. Se tomó un segundo café antes de empezar a hablar y logró encontrarse mucho mejor. Jamás había bebido por necesidad, fue pura improvisación, y lo malo es que funcionaba: por fin fue capaz de enfocar la cara de los otros comensales.

Desgranó con soltura el tema que les había llevado hasta allí: la aparición del Santo Grial en León. Justificó cada hito histórico que acompañó a la sagrada reliquia hasta la corte de León y que corroboraba la veracidad del reciente hallazgo. Marisa era incisiva e inteligente, sabía jugar muy bien sus cartas y sobre todo tenía un arma a su favor: estaba totalmente convencida de que aquel cáliz era el Santo Grial, para ella no había duda.

Tras veinte minutos de disertación, en los que nadie más que ella intervino, cogió la clementina que estaba mirándole desde la fuente en mitad de la mesa y la peló sin mostrar signo alguno de agotamiento. De hecho no estaba cansada en absoluto, le encantaba hablar de historia. Desde el mismo momento en que tomó la palabra notó cómo su ritmo cardíaco se relajaba y volvía a su fortaleza, el Románico. Ahora lo que tenía era un hambre del demonio.

La pasión por el Románico le venía de lejos, había luchado por ella con uñas y dientes. Sus padres dejaron de hablarle un verano entero cuando les desveló que no pensaba estudiar Medicina, como habían previsto. Se matriculó tras arduas discusiones familiares en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de su ciudad, Murcia, a pesar de haber cursado el bachillerato de ciencias forzada por la presión familiar. Cuando terminó sus estudios de Medieval en la universidad, no lo dudó y se marchó a Castilla. No sabía por dónde empezar, pero sí sabía dónde encontrar lo que andaba buscando: el mejor Románico del mundo.

–Francamente convincente. ¿Y dices que todo esto que nos has contado está debidamente documentado?

–Hasta el último detalle, señor presidente.

El jefe del Ejecutivo hizo una pausa y se reclinó por primera vez sobre el respaldo de su silla mientras se atusaba la barba. Hubo un silencio de unos quince segundos hasta que el mandatario volvió a tomar la palabra.

–No os marchéis –dijo levantándose de la silla–, tengo una reunión dentro de diez minutos, pero no me llevará más de media hora.

Exactamente cuarenta minutos más tarde el presidente entró de nuevo en la sala de estar. Su esposa y los invitados le esperaban tomando café y charlando sentados en los sofás color beige frente a la chimenea. Marisa consiguió avisar con gestos al ujier para que apartase el coñac de su dieta, ya que el abad rara vez conducía y, aunque su vida en ese momento no era muy preciada, estaba dispuesta a luchar antes de despeñarse alcoholizada en la A-6, de vuelta a León. El hueco que tenía en el estómago lo cerró a base de pasteles, mandando su dieta libre de glucosa y gluten al garete de nuevo.

Esta vez el presidente no se quitó la corbata, lo que le hizo sospechar a Marisa que tenía el tiempo justo para rematar la faena. El mandatario no permitió que empezara ella la conversación. Con un tono algo más directo y seco que el adoptado durante la comida, habló sin perder un segundo.

–¿Y dices que todo esto empezó con una hambruna?

–Así es, señor.

–¿En qué año?

–Déjale que te lo explique. Si la sigues atosigando así, va a ser imposible que hable –el presidente respondió a la intervención de su mujer afirmando con la cabeza, mientras el abad observaba la escena recostado en el sofá con los dedos de las manos entrelazados, intentando disimular en vano su angustia.

–En el siglo xi Fernando I el Magno es el monarca más poderoso de Hispania, de una Hispania repleta de reinos de taifas.

–Hasta ahí perfecto, pero ¿cómo encaja la hambruna de Egipto y la llegada del Santo Grial? –preguntó el anfitrión, al que se le movían los ojos sin parar tras los lentes.

–El emir de Denia fue el único de todo el Islam que respondió a la llamada desesperada de Egipto, donde las sequías habían diezmando a la población, que moría literalmente de hambre. El emir levantino mandó cargamentos de víveres para intentar paliar la hambruna y a cambio pidió algo. Ni más ni menos que la reliquia más importante de la cristiandad.

–¿Y cómo llega a León? –preguntó el jefe del Ejecutivo mientras daba vueltas a la cucharilla del café.

–El todopoderoso rey leonés recibió el obsequio a cambio de protección para el emir de la costa valenciana, que sufría continuos ataques por parte de las taifas vecinas.

–Y aún hay más, como te ha comentado Marisa en la comida –intervino el abad, que parecía no poder contener la emoción.

–Sí, señor, la esquirla que le falta a la copa coincide exactamente con la



descripción de la muesca que le hizo al Santo Grial Bani-I-Aswad en la expedición del año 1055, según rezan los pergaminos hallados en la Biblioteca Nacional de El Cairo.

–Vuelva a contarme de nuevo el asunto del Panteón Real –de pronto el presidente le habló de usted a Marisa. La cosa se ponía seria.

–Es un hecho reseñable que en la representación de la Sagrada Cena que hay en la tumba funeraria de los reyes leoneses, en los sótanos de la misma basílica de San Isidoro, aparece la figura de un sirviente con una copa. Y lo más significativo es que el tamaño en el que está representada la figura del sirviente es el mismo que el de los apóstoles. Es como si hubieran querido dejarnos otra prueba. De no ser así nunca hubiesen dado tal importancia a la figura de Marcial el Coperio, que estaría representada en un tamaño menor.

El presidente afirmó con gesto serio y Marisa quiso abrochar la explicación.

–Doña Urraca fue quien encargó los frescos del mausoleo de sus padres. Su fe católica estaba por encima de ninguna otra de sus convicciones. Por tanto, la importancia que otorga al ónice que porta Marcial el Coperio en el fresco muestra claramente que se trata del Santo Grial; el mensaje no deja lugar a dudas.

Marisa disponía de más argumentos, como el hecho de que doña Urraca, hija del monarca, no hubiera mandado fundir sus joyas más caras y preciadas para adornar un simple cáliz. Pero la historiadora no quería atosigar a sus anfitriones y decidió que ya había hablado suficiente. Cogió su taza y bebió mientras el silencio inundaba el salón. Sus pulsaciones se empezaban a acelerar de nuevo, pero esta vez fruto de la cafeína, que hacía su efecto después del cuarto café.

## 8

–Tira, pisha. Pero con temple.

–Ahí voy, cuando pase la ola empuja fuerte.

–Enga.

–¿Los ves?

–Creo que es el Manolo –la ola le pasó por encima en ese momento y apenas lo escuchó, pero estaba claro que era Manolo.

–Pues empuja.

El océano Atlántico no se andaba con chiquitas a esas alturas del tardío otoño. Las coquinas parecían esconderse con más ahínco que nunca bajo el banco de arena. El autobús con los turistas que visitaban Doñana pasó como una exhalación por la explanada que dejaba la bajamar. Pedro y el Chori levantaron los brazos y saludaron desde el mar al Mercedes Unimo de ruedas gigantes y tracción total que mostraba los secretos de la marisma y su fauna a los turistas. El saludo a Manolo y al resto de los guías del parque era tan obligado como las bolsas de coquinas que les dejaban junto a las primeras matas de las dunas; lo último que necesitaban era la visita de la Guardia Civil. El ecosistema administrativo tenía sus normas igual que la madre naturaleza tiene las suyas.

La lucha con el oleaje fue a muerte esa tarde. Por más que empujaron al pesado rastrillo de treinta kilos, no sacaron lo suficiente para costearse un viaje y los réditos, así que tendrían que esperar otra jornada más antes de salir a vender la mercancía. Con la noche bien entrada subieron hasta el chabolo junto a la playa, dentro del coto, y guardaron el género en el arcón que tenían a la intemperie en la parte de atrás. El generador andaba justo de gasolina, por lo que no había más remedio que ir hasta Mazagón si no querían quedarse sin electricidad en mitad de la noche y echar a perder todas las coquinas. Pedro se puso el chubasquero gordo y se fue caminando a por combustible. El viejo Peugeot 205 estaba aparcado junto al Gran Hotel del Coto, apenas unos metros

fuera de la finca de Doñana. No le llevo más de media hora llegar hasta el coche caminando por el sendero de los furtivos a través de los juncos.

Condujo por la carretera de Huelva hasta la gasolinera de Mazagón. No era la que estaba más cerca del coto pero con un poco de suerte encontraba a la peruana haciendo el turno y echaba una charla. El escote de la morena lo tenía loco y algo le decía que no era de las que respetaban tanto como le gustaba decir a su «macho». Llego a la estación de servicio por los pelos, la aguja del gasoil no funcionaba, nunca funcionó. Cuando el Chori cogió el coche del desguace ya venía así, según le dijo, pero el cuentakilómetros parcial si funcionaba y jamás había hecho más de 470 kilómetros con un depósito. Le puso treinta euros al coche y veinte a la garrafa para el generador.

El tío del Chori fue uno de los pocos que consiguió librarse del desmantelamiento de 1985, apenas quedaban cinco chabolas habitadas en todo el Parque Nacional, eso sí, con la amenaza de que en quince minutos podría aparecer la Benemérita y machacarlos literalmente, sobre todo si perseveraban en su empeño de coger coquinas en aguas protegidas.

No había ni rastro de la peruana en la gasolinera así que volvió al coto tras pasar por el supermercado. Una vez en Matalascañas, aparcó en el mismo sitio donde había cogido el coche una hora antes y saltó la alambrada tras lanzar las compras y la garrafa a un zarzal que amortiguaba el golpe. Con los quince kilos de combustible más la compra el camino de vuelta no era tan fácil como a la ida, pero el Chori le esperó hacia la mitad del trecho para echarle un cable y sobre todo para darle un tiento al tetrabrik de Don Simón y de esa manera aligerar el peso del porte.

La noche está llena de alaridos en el parque, pero ni eso ni el rugido del viento y la lluvia impidieron que Pedro y el Chori oyeran el ladrido de su perro, Power, que era inconfundible. El perro no ladraba sin motivo, eso lo sabían ambos. Pedro era un recién llegado, pero tardaba poco en cogerle el aire a las cosas. Sobrevivía en parte gracias a eso. El pastor Malinois enfureció y su ladrido se enrabetó, así que Pedro no se lo pensó ni un segundo y salió como una exhalación por la duna dejando tras de sí la petaca de gasolina. Algo estaba pasando en el chabolo. El Chori no le siguió, sabía perfectamente a quién tenía de compañero de andanzas.

Cuando llegó hasta el chabolo no se molestó en entrar, se fue directo a la

parte de atrás y abrió el arcón. No quedaba ni el recuerdo de las coquinas. Pocas personas habían podido ser, pero eso daba igual, había llegado el momento de darse a conocer en el vecindario, no hacía un mes desde su llegada al parque.

Bajó corriendo a la playa y vio el piloto rojo de un coche a lo lejos, hay treinta y tres kilómetros de playa recta hasta la desembocadura del Guadalquivir. El uso de vehículos a motor en Doñana está prohibido salvo para los funcionarios del Parque. Uno de los Nissan de los ingenieros llevaba dos días averiado junto al río, frente a Bonanza, según le habían dicho. El Chori andaba mosqueado con el asunto, era extraño que no se lo llevaran sobre la marcha a los talleres. Blanco y en botella.

Corrió hasta la chabola de los Esteban, salto la valla y cogió la Puch Minicross que tenían debajo de los plásticos.

–¿Qué pasa ahí? –gritó el Rogelio cubriéndose la cabeza con un hule.

–Soy Pedro, ¿funciona la moto?

–Déjala quieta que como la pillen me la quitan.

–Nos han robado. Como no los coja, mañana te limpian a ti.

El vecino entró en la chabola y salió en un santiamén con la bujía de la moto en la mano, se la lanzó con desdén y se volvió al refugio. Pedro empujó la moto hasta el borde de la duna y se tiró en tercera. Al principio el motor sonó ahogado, pero Pedro pateó con los pies todo lo rápido que pudo sobre las zarzas y logró arrancarla. Salió de la duna con cuidado de que no se le calase, apretándole al puño con saña, y llegó hasta la orilla de la playa, donde la bajamar había dejado una pista de carreras perfecta. Ya no se veía ninguna luz en el horizonte. Metió cuarta y recorrió a puño enroscado los treinta y tres kilómetros de playa. La lluvia le golpeaba la cara y se le metía en los ojos. Tardó casi veinte minutos en llegar hasta el Guadalquivir, el Nissan estaba allí parado y cerrado, pero el ventilador del radiador lo delató.

Se fue hasta el embarcadero de las casas de los carboneros y vio una barca a motor que cruzaba el río hacia Sanlúcar. Se quitó la ropa y se lanzó en bañador, aún lo llevaba puesto de la faena de la tarde. La bajamar le garantizaba que no entraría ningún mercante, el calado del río no sería transitable hasta bien entrada la madrugada, aunque le habría dado exactamente igual que entrase el

mismísimo Titanic. Sabía el tipo de sabandijas que andaba buscando; esos que solo entienden un lenguaje y, si dejaba pasar por alto el asunto, estaban perdidos.

A los veinte minutos tocó el fondo del cauce con las manos, señal de que había cruzado todo el ancho del río, pero siguió nadando, o más bien deslizándose por el barro, era la única manera, ponerse de pie sobre esa superficie solo le serviría para acabar plantado como un pasmarote en el fango. Consiguió llegar a la orilla a tientas. Conocía la zona, había estado por allí un par de veces con el Chori, estaba a medio camino entre Bonanza y Sanlúcar. Siguiendo cauce abajo había un pequeño embarcadero de madera, así que salió a la carretera y corrió en dirección a Sanlúcar. Necesitaba pillar a aquellos tipos, por él y sobre todo por el Chori.

Hasta llegar a la carretera notó cómo aplastaba con sus pies desnudos decenas de cangrejos de río que pululaban por los lodazales. Cuando por fin pisó la carretera notó la superficie rígida bajo sus pies. El asfalto estaba un tanto desvencijado y cada tres o cuatro zancadas se clavaba una piedra de diferente tamaño, todas puntiagudas como alfileres, o por lo menos eso le parecía, pero ya estaba cerca de su objetivo y corrió lo más rápido que le daban sus piernas. Estaba loco por coger por el cuello a los tipos que les habían desplumado. Nunca había echado tanto de menos su Browning.

Oyó el motor de un coche y unos faros salieron de la maleza. El automóvil derrapó en el asfalto bajo la insistente lluvia y pasó lanzado junto a él en sentido contrario. Era un Seat Córdoba azul matrícula de Cádiz. Memorizó todos los datos del vehículo y de la matrícula sin necesidad de pensarlo, era algo que hacía mecánicamente con todo lo que le rodeaba. Más que una virtud hacía tiempo que lo había empezado a considerar una tara. Tenía lo que necesitaba, solo era cuestión de tiempo volver a coincidir con esas sabandijas. Se metió en el lodazal en busca del embarcadero y zarpó de vuelta al coto en la barca motora que habían dejado los rateros amarrada al pequeño muelle.

De regreso en la moto el chaparrón le castigó con más fuerza. Llovía de Poniente y el viento aparente se multiplicaba. Sabía que el Chori iba a estar hecho una mierda. Era un tipo muy simple, su vida se reducía al chabolo que heredó de su tío y los euros que le robaba a la mar. Lo conocía perfectamente, compartieron celda durante un año en el penal del Puerto, que fue lo más lejos que había dormido del coto en toda su vida. La falta de sentido para comunicarse con las personas lo compensaba con un dominio de la naturaleza total y absoluto.

No hablaba apenas, y cuando lo hacía era porque no le quedaba más remedio, transmitiendo su sabiduría con generosidad en pocas y escogidas palabras.

Pedro por su parte había pasado en el filo de la navaja toda su vida, y al final, tras una operación de pacotilla de las que le salían en la web en la que se ganaba la vida, la cosa se complicó con un cliente. Era un empresario adinerado, como casi todos los que requerían de sus servicios a través de la web. El tipo quiso excederse con un desgraciado al que mandó a Pedro para que este le desahuciara por las bravas en un piso de renta antigua en Puente de Vallecas y Pedro acabó empatizando con el desahuciado, como tantas veces. Pero en esa ocasión se enzarzó con su cliente y lo mandó a La Paz, lo que dio con sus huesos en el penal del Puerto, tras un corto periplo por Estremera y Soto del Real. Al Chori se lo encontró en la celda encerrado y con cara de no explicarse lo que hacía allí. Las coquinas no solían estar tan castigadas, pero una denuncia con encierro frente a la Consejería de Agricultura y Pesca por parte de las cofradías onubenses complicó el invierno de 2010 más de la cuenta.

Dejó la moto en la chacra del vecino y se fue por la duna hasta el chabolo. Power lo recibió a medio camino; el Chori estaba tan machacado que ni siquiera se molestó en cerrarle el portillo. Entró en la casa a oscuras y vio que su compañero de andanzas estaba tirado en el camastro de la esquina. Por su forma de respirar no dormía, pero aun así Pedro estaba seguro de que no le dirigiría la palabra. Era probable que ni siquiera hubiese llenado el depósito de gasolina del generador.

No se cenaba esa noche, las bolsas de la compra se vislumbraban sobre el poyete junto a los fogones sin abrir y el olor era en exclusiva a humedad y salitre, nada de comida. Pedro se metió en su catre tal y como venía, mojado y con restos de lodo, no era la primera vez. Palpó con la mano por el suelo alrededor del colchón y dio con la botella de vodka que había dejado a medias la noche anterior, la vació a tragos largos e intentó sin mucho éxito conciliar el sueño. Se dedicó a repasar mentalmente a todos los empleados de la finca y no caía en cuál les podía haber traicionado. Algo no estaba funcionando en el ecosistema administrativo, alguien cobraba de ambos lados de la alambrada.

A las cinco y media de la mañana lo despertó el Chori.

–Levanta, ¿es qué no hueles el café?

–Sí, claro que sí, ¿qué pasa?

–Está rolando el viento.

Pedro ya sabía lo que significa eso. Se tomó el café y abrió la puerta. Apenas llovía y la temperatura debía rondar los doce o trece grados. Salió descalzo, en bañador y con una camiseta, y se fue a la parte trasera del chabolo, donde le esperaba el Chori terminando de preparar los aparejos.

Cada día se aprende algo nuevo. Pensaba que el Chori estaría melancólico y abatido durante semanas después de lo sucedido la noche anterior, y nada más lejos de la realidad: estaba enérgico y con ganas de rellenar el arcón hasta los topes. Empujaron con fuerza el rastrillo. Tardaron algo más de quince minutos en llegar hasta la orilla con todos los enseres. Rolando el viento y después de lluvia, la cosecha de coquinas podía ser de aúpa.

Estuvieron faenando durante diez horas en el mar. El océano estaba gélido cuando entraron pero con la llegada de las aguas de levante y la salida del sol, la temperatura del Atlántico subió algo, aunque lo que de verdad les hacía entrar en calor era el insufrible rastrillo que se negaba a moverse a menos que usaran todas sus fuerzas en cada embestida.

El todoterreno gigante cargado de turistas pasó las seis veces de rigor mientras estuvieron en el agua, y saludaron como cada día a los guías, pero Pedro en su interior se moría por salir del agua, parar el vehículo y sacarle a golpes al conductor la información sobre quién les había traicionado.

–En mi puta vida, ni mi tío.

–Si casi no caben en el maletero.

–¿Hasta qué hora nos espera el del Merca?

–Hasta que llegemos, Chori. Te quedas en el coche y me dejas que negocie yo.

–Eso por supuesto.

Llegaron a Mercasevilla cerca de las nueve de la noche. En el tiempo que Pedro llevaba en el Parque solo habían ido en una ocasión hasta allí a vender, normalmente vendían en el mercado de Huelva, pero en esta oportunidad merecía la pena el desplazamiento.

La vez anterior que estuvieron allí a Pedro le dieron ganas de matar a los negociantes del mercado, que trataron al Chori como a un auténtico pardillo, pero no intervino para que el papel de su compañero no fuera aún peor. Pasaron la barrera de entrada y circularon con su pequeño Peugeot entre los grandes camiones articulados que descargaban en fila, llegaron hasta la nave de Freyremar y pararon justo detrás del Seat Córdoba azul matrícula de Cádiz. «No podía ser verdad».

A Pedro se le encendieron todas las alarmas, pero intentó mantener la calma. Se bajó del coche y le dijo al Chori que esperase dentro del vehículo. En ese momento salieron de la nave dos tipos de unos veinte años con barba de varios días y vestidos con camiseta y vaqueros a pesar del frío. Llevaban el móvil en la mano y las gafas de sol en el cuello de la camiseta, aunque hacía horas que no servían absolutamente para nada. Junto a ellos iba el encargado del almacén y el mismo mozo de la vez anterior. Era la mayor concentración de indeseable por centímetro cuadrado que había visto en toda su vida, no cabía ni uno más.

Los tipos iban a lo suyo. Abrieron el maletero del Córdoba para inspeccionar las coquinas como si Pedro no estuviera a dos metros de ellos mirándoles fijamente.

–¿Qué decís, que son frescas de hoy?

–Míralas tú mismo –contestó el más delgado de los dos.

–Desde luego tienen buena pinta –tuvo que admitir el tratante.

Le hizo un gesto al mozo y este comenzó a descargarlas en unas cajas de plástico granate que había junto al coche. Estaban recogidas en redes por lo que le llevó poco tiempo vaciar el maletero ante la atenta mirada del resto de la terna. Cerraron el maletero y se perdieron con el carro hasta arriba de coquinas dentro de la nave. Pedro observó en silencio todo lo que allí acontecía.

A los diez minutos salieron de la nave los dos tipos derechos hacia el coche.



–¿Cuánto?

–¿Cuánto qué?

–¿Cuánto os ha pagado el menda ese por mis coquinas?

–Tú te pinchas o qué, gilipollas –le soltó el más delgado de los dos mientras alargaba la mano para golpearle el pecho.

Pedro esquivó la mano y se quedó plantado frente a ellos. Eran nuevos, pero no eran tontos. El movimiento que hizo Pedro no les pasó inadvertido y se quedaron callados, como valorando la situación. Pedro no es un tipo que impresione por su aspecto físico, metro ochenta escaso, músculos alargados, tez blanquecina, pelo rubio y ojos claros, pero los tipos se quedaron con la mosca detrás de la oreja después de verlo zafarse de la tarascada.

–¿Os suena el tipo que hay dentro del Peugeot?

–Mira, Rambo de mierda, tira por ahí a cagar.

–Por última vez, dadme la pasta de las coquinas que nos robasteis la otra noche y soy capaz de olvidarme de vuestras caras.

–No te digo, Willy, este nota se cree que es Rambo.

No terminó de decir la última palabra el más alto de los dos cuando Pedro le lanzó cuatro puñetazos seguidos en la cara, izquierda, derecha, izquierda, derecha. Tras la lluvia de golpes el tipo se cayó hacia atrás sobre el capó de su coche; la ejecución de Pedro fue muy rápida, como hacía siempre en estos casos para no perder la iniciativa.

El otro individuo reaccionó, incluso antes de lo que Pedro se esperaba. Conforme cayó su colega ciego por los golpes sobre el coche el tipo delgado se fue a por Pedro con una navaja en la mano. No pilló a Pedro de improviso, eran muchos años en el negocio y al tipo alto dejó de prestarle atención después del primer puñetazo, el resto se los asestó de oído mirando de reojo al otro colega, que era su único rival en ese momento. Esquivó el torpe navajazo en dirección a su hígado y golpeó con fuerza al tipo en el cuello, dándole un codazo que le hizo caer al suelo. La ventaja de Pedro era que conocía por experiencia propia el efecto de todos los golpes que asestaba, por lo que sabía que el tipo difícilmente

se recuperaría en un par de días; iba a tener la sensación de tragar cristalitos durante un tiempo. De todas maneras había tenido suerte, ese golpe en el cuello con más fuerza podía vestir de pino a cualquiera.

Cada golpe que daba le acercaba más a la paz consigo mismo. Se le había quedado el cuerpo cortado desde la noche anterior y ni siquiera el colosal día de coquinas había conseguido quitarle el sinsabor que le acompañó toda la jornada.

–¿Quién tiene la pasta?

–La tengo yo. ¿Qué pasa? ¿Nos la vas a robar?

–No, acércate al señor que está en el 205 y se la das.

–¿Y qué vas a hacer si no?

–Os voy a rajar de arriba abajo a los dos y os voy echar al Parque para que se alimenten otros carroñeros como vosotros.

Pedro miró al tipo fijamente y no hizo falta que dijera una palabra más. Se metió la mano en el bolsillo y sacó todo lo que llevaba, doscientos cincuenta euros.

Cuando Pedro perdió de vista el Seat Córdoba camino de la salida de Mercasevilla, le quedó la sensación de que no había rematado la faena. Un par de caricias a lo mejor no era suficiente medicina para quitarle las ganas de pasar por el Parque a aquellas alimañas.

Llegaron al Coto a medianoche. Se dejaron por el camino noventa de los seiscientos cincuenta euros, lo mínimo que merecía la jornada era una parada en la casita de colores.

Pedro no dejaba de darle vueltas al asunto de los chavales de Mercasevilla, quizá los debía haber seguido para abordarlos de camino a Sanlúcar. Allí, en ausencia de testigos hubiera podido acabar con ellos y echar sus cuerpos al río. Dejarlos con vida había sido una torpeza. Existía la posibilidad de que no volvieran a molestarles tras el escarmiento, pero también era probable que volvieran armados o con ayuda y se tomaran la revancha. La idea de que eso

pudiese pasar le rondaba la cabeza, pero no pensaba comentárselo al Chori para no intranquilizarlo.

Entraron en la chabola y cocinaron la cena de la noche anterior; apenas habían comido en todo el día a pesar del esfuerzo. Cuando terminaron el último trozo de pollo, en absoluto silencio, el Chori salió fuera, a la letrina, y Pedro le puso al móvil la tarjeta de prepago que había comprado la noche anterior en la gasolinera de Mazagón. Encendió el viejo iPhone, con el cristal de la pantalla cuarteado, y le metió el código de la tarjeta. El móvil tardó en coger cobertura, como de costumbre, pero cobró vida y saltaron varios SMS de publicidad y uno que no lo era. Se le paró el corazón al verlo: el remitente del mensaje era Marcos Bernal.

El Chori no tardó mucho en volver, entró en la choza fumándose el cigarrillo de marihuana diario que se había auto prescrito y se sentó junto a Pedro, que leía el mensaje del móvil recostado en el sofá, le pasó el porro y este le dio una calada profunda. No le gustaban las drogas, pero en esa casa se fumaba un canuto de hierba después de cenar por decreto y estaba empezando a cogerle cariño a esa costumbre, le costaba muy poco viciarse con cualquier cosa que fuese pernicioso.

–No te extrañe que esos dos desgraciados vuelvan por aquí.

–¿Quiénes? –preguntó Pedro, intentando hacerse el distraído.

–Ya sabes, pero no te preocupes, ya no nos pillan más –dijo mientras le señalaba la escopeta de cañones recortados.

Pedro se le quedó mirando, sabedor de que le había leído el pensamiento como tantas veces, no le hizo falta informarle de que necesitaba salir de viaje, su cara de culpabilidad hablaba por él. Ventajas de vivir con un sabio.

El vuelo hasta Londres fue muy movido para su cuerpo y para su conciencia. Pedro no veía la manera de parar su mente. Le daba vueltas sin parar al asunto de los carroñeros que había dejado a medio trajinar en Mercasevilla. Estaba en ese avión por causa mayor; no podía fallarle a Marcos Bernal, buena parte de su supervivencia dependía de ello. Conocía de sobra al tiburón de la City y sabía que este daba por hecho que le prestaría sus servicios sin rechistar. Las inyecciones de dinero de las que se ayudaba para sobrevivir se podían cortar de raíz si dejaba a su viejo amigo tirado y en evidencia ante un cliente. Aun así, le pesaba horrores en la conciencia abandonar al Chori a su suerte después de haber prendido la mecha de una guerra con la peor chusma de Sanlúcar.

Aterrizó con muy mal cuerpo en el London City Airport a las 20:30, hora local. No tardó ni media hora en llegar desde allí hasta la torre de cristal y acero donde tiene sus oficinas Marcos Bernal. Ese es el lujo de volar al aeropuerto de la City, aterrizas a un palmo de las salas de reunión de los caníbales del siglo xxi. Todas las comodidades son pocas para que fluyan los mercados. Si son negocios legales o ilegales, es lo de menos, a quién le importa ese detalle.

La repulsión que sentía hacia aquellos engreídos personajes, ataviados con camisa de cuello duro, ellos y tacón de aguja de una cuarta, ellas, solo podía ser superada por la que a buen seguro sentían ellos por alguien como él. Entró a codazos al atestado recibidor de la torre de oficinas. Parecía ser la única persona de las allí presentes consciente de que eran las nueve de la noche y no de la mañana. A alguien se le había olvidado desconectarle las pilas a los robots que pululaban a tope de revoluciones por el abrigantado suelo de mármol gris. «Si estos son los triunfadores del sistema, habrá que ver al resto». Se acreditó ante una chica de no más de veinticinco años muy bien cumplidos y subió al ascensor junto con un nutrido grupo de personas, aunque de persona debían tener poco, subiendo a una oficina de la City londinense a las nueve de la noche, madrugada para los horarios de trabajo británicos.

Pedro salió del ascensor en la planta veinte y dejó a las hienas pendientes de sus *smartphones* clavadas en el enmoquetado suelo del elevador. Podía haber

birlado sin despeinarse al menos tres o cuatro monederos y no se habría dado cuenta nadie más que la cámara de seguridad que los observaba desde la esquina del ascensor. La concentración de aquellos individuos con sus celulares era absolutamente enfermiza. Cada segundo que pasaba rodeado por aquellos circunspectos seres se ponía de peor humor. Enseguida se encontró en la puerta de las oficinas de Marcos Bernal, que estaba entreabierta, y entró sin llamar. Marcos estaba en el recibidor contestando una llamada telefónica de espaldas a la entrada junto a la mesa de Stephany, que no estaba en su puesto.

–Hombre, Marcos, me alegro de que por fin os cambiaseis los puestos Stephany y tú. Imagino que ella estará en tu despacho.

–Ya quisiera yo –contestó Marcos tapando con la mano el micro del teléfono–, se ha marchado a las cinco a no sé qué historias y estoy más perdido que el barco del arroz.

–Ya será menos.

Pedro apagó la luz de la habitación del hotel cerca de las dos y media de la mañana e intentó dormir. Había cenado con Marcos Bernal en un hindú alejado del ambiente de la City y de Chelsea, lugar de residencia del ejecutivo. Era obvio que el *dealer* de la City no tenía ningún interés en que le vieran en tan deleznable compañía. Pedro era consciente de que empezaba a tener los sinsabores de su porquería de vida tatuados en su cara de perdedor.

No se acordaba de la última vez que se fue a la cama sereno. Había pasado un año y cuatro meses desde su ruptura con Catia, de modo que más de ese tiempo seguro. Incluso en la cárcel se las apañaba para colocarse todos los días; cuando no conseguía alcohol, buscaba cualquier cosa que le pudiera valer para olvidarse de su desordenada y decepcionante existencia. Dos meses después de salir de chirona aún le quedaban trozos de pegamento en la nariz.

La cama del hotel era la más cómoda en la que se había acostado en el último año y medio, pero aun así se pasó una hora dando vueltas repasando su estancia entre rejas, le ocurría muy a menudo, no conseguía quitar esos pensamientos de su mente, era obvio que le acompañarían el resto de su vida. Había asumido que nunca terminaría de salir de las cuatro paredes de su celda del Puerto. Cuando ya no pudo más se levantó y se fue directo a apuñalar el mueble bar. Cogió dos

botellines, uno de cerveza negra y otro de lager. Se sentó en el borde de la cama y se las bebió directamente del botellín, mientras se debatía entre abrir o no las de alcohol blanco. Le estaba costando horrores contenerse para no girar el tapón de hojalata de la pequeña botellita de vodka, y en mitad de la trifulca mental sonaron dos pitidos en su móvil y la pantalla se reflejó en el techo de la habitación, que apenas estaba iluminada por la puerta de la pequeña nevera que seguía abierta.

«Tiburón: Mañana 9 T2 Stansted».

No se acostó, más sabe el diablo por viejo... Sacó las zapatillas de *running* de la mochila y se lanzó a la calle. Desde que salió del chabolo del Coto había previsto este episodio de insomnio y se llevó el remedio con él. El recepcionista de la lúgubre recepción le puso cara de que volvería en un minuto en cuanto viera la llovizna y los tres grados de la calle, pero Pedro se subió la cremallera del chubasquero hasta el cuello, se puso la capucha y empezó a correr. Sabía que era su única posibilidad de no liquidar el mueble bar y volarlo todo por los aires. Por momentos llovió algo más fuerte, pero era perfectamente soportable, el frío no le molestó en absoluto. Le dio cinco vueltas al parque que había visto al llegar en el taxi. El recorrido estaba tenuemente iluminado con farolas rematadas con bolas de cristal que emitían una luz amarillenta intermitente. Le dejó descolocado ver que no era el único que hacía deporte por allí, coincidió con otros dos corredores, un chico y una chica, cada uno por su lado, que corrían a buen ritmo. Eran las cuatro de la mañana. «Por Dios, el mundo se está yendo al carajo».

Tras nueve libras y una hora y cuarto de autobús llegó a la terminal dos del aeródromo de Stansted. Eran las ocho de la mañana, así que tenía tiempo de sobra para desayunar y echar un vistazo por la coqueta terminal. No había dormido ni un minuto, le había resultado imposible. Si quería dormir sereno, y lo iba a necesitar a partir de ese día, en caso de que le ofrecieran el trabajito, iba a tener que pasar por lo menos cuarenta y ocho horas despierto para caer a plomo en la cama. Por la noche dormiría algo y empezaría normalizar un poco su vida.

A las nueve en punto apareció Marcos. Era imposible que apareciese un minuto antes o después, ni siquiera en Londres con su tráfico infernal rompía el

protocolo. Su pulcritud era insoportable, se le pasó por la cabeza cantarle las cuarenta por la sublime perfección de la que no se alejaba jamás, pero era consciente de que los tiempos en que su amistad le permitía esas confianzas habían pasado a la historia. No era una persona de fiar para Marcos, ni para nadie, se lo había ganado a pulso. El tiburón de la City recurría a él porque los encargos que le encomendaba no eran para tipos decentes ni de fiar. Marcos no aparecía más que al principio y al final. Si la cosa se quedaba a medias, a buen seguro que su nombre no figuraría en ningún sitio, jamás pondría su reputación en las imprevisibles manos de Pedro Iniesta de no tener la puerta de emergencia cerca.

–Buenos días. Menudas ojeras.

–Son de serie –se defendió Pedro.

–¿Cómo ves el asunto?

–Creo que han tardado demasiado en ponerse a buscar. El cáliz puede haber cambiado de manos unas cuantas veces en este tiempo. Estos robos se suelen hacer por encargo.

–La idea es ir a conocer a los representantes del Cabildo y a partir de ese momento ponernos a ello.

–¿Está todo amarrado?

–No te preocupes –ambos sabían de lo que hablaban– . Igual que la última vez.

El IPC se había congelado, por lo menos para Pedro.

Volaron al aeropuerto de Asturias y desde allí llegaron a León en coche de alquiler. El día en el norte de España era igual de tenebroso que en las islas británicas, pero con más frío. Aparcaron en la plaza de Santo Domingo y fueron dando un paseo por las gélidas calles leonesas hasta la basílica de San Isidoro.

## 10

–Espero que sea realmente importante, me has dejado sin siesta.

–Perdona, Luis, pero tenemos que hablar –dijo Marisa mientras se sentaba en el sofá del salón en casa de su compañero.

–¿Quieres un café? –le preguntó la mujer del ecónomo.

–Sí, por favor, Rosa.

–¿Te acuerdas de que el fin de semana pasado estuve en Murcia?

–Perfectamente.

–Te he hablado alguna vez de Juan Enrique Martínez, el amigo de mi padre – siguió hilando Marisa.

–El abogado.

–Exacto, conoce a un tipo que conoce a otro tipo.

Ambos se quedaron callados, no habían hablado todavía del drama que arrastraban desde hacía diez días y el tema se había convertido en tabú de tanto esquivarlo. Marisa sabía que pisaba terrenos pantanosos, pero no tenía otra opción, llevaba nueve noches sin dormir y veía los barrotes de la cárcel cada vez más de cerca. Incluso había previsto que se afeitaría la cabeza al uno si la encarcelaban. Se pasaba las noches imaginando conflictos en el patio y sobre todo en las duchas, donde había escuchado todo tipo de tropelías que la tenían al borde del colapso.

En ese momento volvió a entrar Rosa con su hija en brazos lloriqueando.

–Déjamela un rato, qué mona está.

Rosa le pasó a la niña con una cara de agradecimiento que dejaba bien a las



claras que no le hubiera importado hacerle tres cafés más y la cena con tal de que le quitase de encima a tan precioso bebé.

–Gracias, Marisa, no sabes cómo tengo la espalda.

–Hola, Rosita. ¿Qué? ¿Torturando a mamá? –le susurró mientras le hacía una carantoña en la nariz respingona–. Claro que sí, para eso están los bebés.

La niña se calmó y dejó de lloriquear. Acto seguido sonrió a los presentes y pareció que se iluminaba el cuarto de estar con aquella cara de felicidad. Rosa salió de la habitación y Marisa metió al bebé en el parque de juegos con tiento; luego le agitó el sonajero hasta que la niña se lo quitó con sus manitas pegajosas. Marisa volvió al sofá junto a Luis.

–Y qué sabe hacer ese amigo del amigo del amigo de tu padre.

–Puede que sepa sacarnos de esta.

–¿Cómo?

–Conoce un bróker de la City en Londres que nos puede conseguir un inversor que se haga cargo del aval del crédito del Cabildo.

–¿Y de lo otro?

–Para lo otro tiene un tipo.

–¿Un boina verde? –preguntó Luis con media sonrisa.

A Marisa le dieron ganas de estamparle la taza en los morros, pero sabía que ambos estaban demasiado nerviosos.

Luis se quedó pensativo. Marisa sabía lo que estaba pasando por la cabeza de su compañero en ese momento: el tiempo se agotaba, la falta de recursos y el bloqueo mental que tenían los dos solo les podía llevar a no ver nunca más el cáliz a menos que la policía se pusiera manos a la obra, y en ese momento se podrían despedir de sus carreras en el Cabildo, y León del Santo Grial. Las zarpas de los poderosos políticos de Madrid se iban a ensañar con ellos.

–¿Y bien?

–Vamos a hablar con él y luego veremos.

–No, esta vez no –dijo Marisa y se quedó callada.

Luis la miró y Marisa tuvo la sensación de verse desde fuera de la escena. Estaba recostada en el sofá aplastando su pelo castaño, recogido con una goma de las que usan las niñas de colegio, contra el lino del cojín y con todo el peso del mundo sobre sus hombros. De pronto había caído en la cuenta de lo que llevaba una semana sin ser capaz de asumir: el Cabildo estallaría por los aires casi literalmente en un plazo máximo de un mes. Se dijo un mes como se podía haber dicho una semana o tres meses. La publicidad sobre el Santo Grial iba a proporcionarle a la Real Colegiata de San Isidoro un torbellino de visitas para contemplar el cáliz, y antes o después se sabría de su desaparición, era cuestión de que llegase hasta allí alguien y observara con atención la réplica que estaba en la vitrina en este momento. Marisa sabía que Luis no tenía un pelo de tonto y esto que le estaba rondando la cabeza a ella ya lo habría pensado él antes, pero era tozudo y muy desconfiado. Ella también lo era, pero tenía la certeza de que no perdían nada poniéndose en manos de alguien que les ayudara. La situación no podía ser peor. La aparición de Marcos Bernal, que era como se llamaba el tipo de la City, les venía como llovida del cielo. Marisa no estaba dispuesta a dejar escapar la oportunidad, sabía que le iba a costar convencer a Luis, pero no se pensaba dar por vencida. Él quizá no lo viera, pero no tenían más posibilidades que esa para salir del atolladero.

–Hoy no –insistió.

–¿Qué me quieres decir?

–Que o este tipo nos lo soluciona o nos vamos a la policía y denunciemos lo que ha pasado.

–¿Pero estás loca? Nos borrarían del mapa, nos quitarían el aval ¿Es que no los conoces? Y si finalmente dieran con el cáliz, olvídate de que siga aquí.

–Hay que ser realistas. El padre Lorenzo está en sus oraciones, tu eres un fenomenal ecónomo y yo una historiadora muy entusiasta, pero nos vamos a ir todos a esparragar, como se dice en mi pueblo, si no nos ponemos las pilas.

Las voces asustaron al bebé, que se quedó mirándolos con el puño entero metido en la boca y los ojos como platos. Nunca habían tenido una conversación

subida de tono, ni siquiera cuando decidieron dejar de verse después del trabajo. Aquella escaramuza duró tres meses y Marisa no se arrepentía en absoluto de que hubiese sucedido, aunque si pudiera ir hacia atrás en el tiempo, no volvería a cometer ese error de nuevo, y menos aún después de haberse convertido en la amiga íntima de la mujer de Luis.

–¿Pero qué os pasa? Nunca os había visto así –dijo Rosa entrando en la habitación con una toquilla blanca en la mano.

–Nada, ya conoces a tu marido, que me tiene negra, siempre con el «hoy no» –contrólate Marisa, loca, se dijo.

–¿Ves cómo tengo razón, Luis? –le reprochó también su mujer.

Luis se levantó parsimoniosamente y sacó al bebé del parque. «Menos mal que alguien me entiende», le dijo a su hija antes de encasquetársela a su mujer y encaminarse hacia el perchero para coger el abrigo.

Cuando salieron del portal, Luis sacó un paquete de Marlboro y se encendió un cigarrillo tras ofrecerle uno en vano a Marisa. Mala señal, pensó esta. El día que la dejó también la estaba esperando con un cigarrillo en los labios en el apartamento donde se veían en Valladolid. Aquellas escapadas de fin de semana valieron por todos los sinsabores con Rosa, a la que en este momento quería como a una hermana y de la que ya era amiga entonces. «Menuda amiga, en mi pueblo tienen otra palabra para eso».

–¿A dónde vas? –le preguntó Marisa sorprendida cuando lo vio girar hacia el barrio Romántico.

–Llama a Marcos Bernal –de pronto se refería a él por su nombre– y queda en la Lola. Ya que nos vamos a convertir en mafiosos respetemos por lo menos las formas.

Esperaron sentados en los sillones de terciopelo oscuro del fondo. Luis pidió dos whiskys con soda sin darle opción a Marisa, que respiró aliviada, necesitaba un trago. Mientras venía el camarero hizo memoria, y en efecto, era la segunda

vez en su vida que se tomaba una copa por necesidad; nunca había pensado que eso le podía llegar a pasar. Con un poco de suerte este asunto la convertía en alcohólica, que era lo que le faltaba.

Marcos Bernal y Pedro Iniesta aparecieron a los cinco minutos. Marisa los había conocido brevemente en la basílica. «A ver cómo acaba esto», se dijo Marisa, que no recordaba muy bien sus reacciones bajo los efectos del whisky. Como no llevara cuidado, el ridículo que podía hacer con un par de copas iba a engrosar los libros de historia que tanto le gustaban.

–Buenas tardes –dijo Marcos antes de darle dos besos a Marisa; Pedro se quedó callado y estrechó la mano de ambos–. Usted debe ser Luis.

–El mismo. ¿Toman algo?

–Sí, por supuesto, agua.

–¿Tu quieres algo más, Marisa?

–Sí, otra.

–Tres aguas, por favor –pidió Luis a la camarera, que se había acercado hasta la mesa.

–No, dos aguas y otro JB con soda por favor..., corto de whisky –apuntó Marisa antes de que le diera algo a Luis, que la miraba con cara de pánico.

–¿Qué puedo hacer por vosotros?

–Perdone, ¿qué podemos nosotros hacer por usted? Que si no estoy equivocado es usted quien ha venido hasta León a vernos –Luis pareció realmente ofendido, y se refirió en exclusiva a Marcos.

–¡Alto, alto, alto! Si la conversación va a ser entre machos alfa intentando ver quién la tiene más grande –«¿lo he dicho?», se lamentó Marisa.

–Vamos a ver, Marisa, ¿hemos llamado nosotros a este señor que está aquí tuteándonos como si lo conociéramos de toda la vida?

El tiburón no pareció inmutarse por el comentario de Luis, se sirvió un poco

más de agua y volvió a beber, como esperando que Marisa resolviera en su favor la trifulca. Era evidente que el tipo moreno de modales refinados no tenía miedo alguno a las disputas de despacho, es más, se le veía en su hábitat; por su parte, el tipo rubio, Pedro Iniesta, tenía el semblante del que ve pasar la pelota por encima de la red esperando a que acabe la contienda sin que nadie caiga en su presencia. Marisa no era demasiado avezada en la psicología humana, pero era algo que se percibía a kilómetros.

–Tenemos problemas económicos –acertó a decir la historiadora, tras enchufarse de un trago el segundo whisky. Sus interlocutores se quedaron un tanto desconcertados, pero por lo menos ya tenían el pie para empezar a hablar–. Además –volvió a hablar, mientras le pedía otro combinado con la mano al camarero.

–¿A qué te refieres exactamente?

–Luis, ¿o se lo cuentas o me marchó? –amenazó a su compañero con una incipiente falta de capacidad para pronunciar.

–Tenemos una deuda bastante considerable. Hicimos una reforma integral del patrimonio del Cabildo, incluyendo la colegiata, la basílica y el conjunto arquitectónico de alrededor –comenzó Luis, que le birló la tercera copa a Marisa.

–Y la verdad es que habéis empleado muy bien el dinero. Ya quisieran muchos monumentos recobrar su esplendor sin destrozar la piedra como habéis hecho vosotros.

La cosa marcha, se dijo la historiadora.

–No sabes el castigo que les pudo dar Marisa a los constructores –Luis pasó a tutearlos, también era otro con dos copas– . Creo que cambiamos tres veces de contrata.

–Cuatro –le corrigió su compañera.

–El caso es que en un principio se planteó solamente reformar el claustro, pero al final vino el aval del Ministerio, que nos permitía endeudarnos de por vida por debajo del uno por ciento, y reformamos medio León.

–¡Hala!

–Pues ya me dirás quién ha pagado todas las plazas que nos rodean, guapa –  
¡Toma! Y ahora guapa.

–En definitiva, que estáis hasta el cuello.

–Pero conste que nos metimos porque podíamos. De hecho aún podemos, pero pensamos que las cosas van a cambiar y se nos pueden caer todos los palos del sombrero.

Marisa estuvo a punto de soltar una carcajada, la bebida estaba empezando a hacerle mella.

–¿Por qué lo dice?

–Muy fácil, independientemente de que aparezca o no el cáliz, intuimos que puede haber una batalla por hacerse con él.

–El cáliz les pertenece y punto. Es suyo, si lo encuentran.

–Ahí es donde los mediterráneos no somos tan iguales a los europeos del norte. Si lo encontramos, es nuestro y punto, pero si se le pone entre ceja y ceja a alguien del Ministerio exhibirlo en Madrid o en cualquier otro sitio, para allá irá.

–Y se puede saber cómo, porque digo yo que la justicia mediterránea y la europea del norte en algo se parecerán.

–Pues muy sencillo, los recortes impiden al Ministerio mantener el aval bancario, nos ponen unas condiciones bancarias al uso para nuestra macro deuda, y Cabildo quebrado.

–¿Y?

–A partir de ese momento se tomarán decisiones: pagar la deuda al Ministerio con el cáliz para que vuelvan a disponer el aval, liquidación del patrimonio, cáliz incluido y venta al mejor postor y así todas las soluciones que se les ocurran. Pero todas con un denominador común.

–Good bye, Santo Grial –Marcos Bernal parecía estar de acuerdo con la tesis del economo.

–Tú lo has dicho.

–Por lo que veo, aquí hay dos problemas –apuntó el tiburón de la City con tono grave–, por un lado tenemos la desaparición del ónice, y por otro la debilidad financiera de la institución.

–¿Y ahora qué toca? –preguntó el ecónomo, que parecía entregado.

–Ahora manda Pedro, por lo menos hasta que dé con el Santo Grial –respondió Marcos sonriendo a su amigo–. Eso en cuanto a la búsqueda de la reliquia, con respecto al asunto financiero moveré unos hilos, necesitáis capital privado. Es el momento de que el Estado saque sus sucias y corruptas manos de vuestra institución.

–¿Y bien? –esta vez Luis miró a Pedro.

–Díganme sus números de teléfono, y sigan su vida, intentaré molestarles lo menos posible.

–Mire, señor Iniesta, no le conozco de nada ni me ha explicado ni una línea de cómo pretende salvarnos la vida. Le vamos a firmar un cheque en blanco, por así decirlo. Solo espero que sea consciente de la gravedad del asunto que asume.

–Entiendo cómo se sienten tanto usted como su compañera, pero créame si le digo que iré hasta el fin del mundo si hace falta para traerles de vuelta su reliquia –Pedro sonó convincente.

## 11

Pedro Iniesta se instaló en un pequeño hotel frente a San Isidoro. Consiguió una habitación con vistas a la plaza, aunque para ello tuvo que hospedarse en la suite. Marcos nunca hacía objeciones a este tipo de dispendios y a Pedro le pareció interesante poder controlar la pieza desde su ventana. «Nunca se sabe». Marcos había abandonado León después de comer. A las seis de la tarde, noche prácticamente cerrada, Pedro llamó a Marisa y se citó con ella en su despacho. El tiempo corría en su contra.

–Háblame del día del robo, por favor.

–Fue un domingo por la noche, hace nueve días.

–Los horarios del domingo son diferentes a los del resto de la semana, imagino –dijo Pedro tras declinar la oferta de un vaso de agua.

–En efecto, a partir de la una de la tarde, que termina el culto religioso, el recinto permanece cerrado hasta el lunes a las ocho.

–¿Y la alarma?

–Yo me encargo de programarla el viernes para el fin de semana, pero por lo visto lo hice mal.

–¿Cómo?

–Sí. Pedimos explicaciones a la empresa y nos mandaron las teclas que pulsé, y dijeron que puse bien la clave pero le di a la campana en vez de al reloj y nada más que se programó para esa noche, aunque a mí todo eso me sonó a excusas.

–¿A qué te refieres?

–Es que estoy segura de que la conecté bien, yo creo que la compañía pone excusas porque la alarma no saltó y punto.



–¿Tenéis cámaras?

–En algunas zonas las tenemos fijadas, pero en otras, como es el caso del recorrido de las visitas, solo se activan si salta la alarma. Estamos tramitando permisos en este momento para poder grabar a las personas en el recorrido, pero no es fácil de conseguir.

La reunión no duró mucho más. Pedro se marchó con una copia del DVD de las cámaras. Fue un encuentro complicado, en ningún momento se sintió cómodo. A pesar de que la historiadora respondió a todas sus preguntas sin reservas, el gesto de su cara y los brazos cruzados dejaban bien a las claras que la chica estaba deseando acabar con la reunión. Se fiaba de su instinto para ir coleccionando sospechosos y Marisa no estaba en la lista. Su actitud no era huidiza, sino más bien de rechazo, algo insólito teniendo en cuenta que fue ella la que forzó la situación para que su compañero firmase el encargo. Desprendía un evidente aroma a remordimiento de conciencia, algo en lo que Pedro era un experto.

Por la mañana se levantó con el alba, había llegado el momento de meterle mano al asunto y más le valía no dormirse en los laureles, él sabía mejor que nadie cómo eran estas cosas; era primordial dar con el ónice antes de que llegara al destinatario final, una vez en destino era prácticamente imposible encontrarlo. No tenía muy claro por dónde dar comienzo a la búsqueda, pero el mercado negro de piezas de Románico le parecía la mejor idea para empezar a tirar del hilo, así que se fue a la calle Ancha en busca de una tienda de antigüedades.

–Buenos días.

–Ahora mismo estoy con usted –la voz cazallera del dependiente se oyó desde detrás de la cortina.

El anticuario, un individuo de unos setenta años con las cejas muy pobladas y el pelo blanco, descorrió la cortina y apareció a los cinco minutos, desprendiendo un intenso olor a tabaco negro.

–¿Qué se le ofrece?

–Mire, soy de fuera y venía buscando piezas del Románico.

–¿Románico? Yo le puedo vender un sofá del siglo pasado o una mesa de comedor Luis XV, pero el Románico está en las iglesias.

–Hombre y en más sitios.

–Ya veo por dónde va, a mí en eso no me encuentra. Los traperos y los revientaiglesias los va tener que buscar por las tascas del Húmedo los miércoles.

–No me refería a...

–Márchese de mi tienda a hacer puñetas, aquí solo se trabaja con gente decente.

El tipo parecía ir en serio, así que Pedro siguió el consejo del comerciante y se marchó hasta la zona donde se agolpan las tascas del barrio Húmedo. Se acodó en la barra que vio más concurrida y pidió un café, el de las diez.

–¿Solo y sin azúcar, me dijo?

–Eso es.

–Pues aquí tiene, no me suena su cara –«por fin un charlatán», pensó Pedro.

–Soy de fuera.

–¿Y qué le trae por el país del frío?

–Hombre, que va a ser, el Románico.

–Pues vaya usted a la zona del Bierzo y por allí, si quiere le digo un par de pueblos para chuparse los dedos.

–¿Está muy lejos?

–Que va, ahora con las autovías se llega enseguida. Unos pueblos maragatos que son una maravilla.

–Hágale caso a Hipólito, que de eso sabe; sus padres eran de allí –apuntó un veterano.

–Pues habrá que ir.

El camarero se metió en la cocina y los cinco ocupantes de la barra, Pedro incluido, se dieron la vuelta para ver las calamidades del mundo en la pantalla de plasma que había sobre la puerta del local.

–Aquí también hay cosas muy bonitas para ver –se arrancó el octogenario.

–Ya lo creo –le siguió Pedro.

–¿Ha visto usted el Santo Grial?

El resto de parroquianos se dieron la vuelta hacia ellos asintiendo con la cabeza. Como ya le habían advertido en el Cabildo, los leoneses estaban muy orgullosos de su nuevo hallazgo. De hecho estaba en marcha una campaña orquestada por el Ayuntamiento y la Diputación que poblaba con publicidad marquesinas y vallas.

–Dos profesores de la universidad de aquí lo han descubierto, una casualidad según venía en el periódico –siguió el veterano–. Fueron a investigar unos papiros en una biblioteca en... no me acuerdo.

–En El Cairo –apuntó una señora de la misma quinta con el carro de la compra apoyado en la barra.

–Eso, en El Cairo, y resultó que tirando del hilo el Santo Grial está en San Isidoro.

Pedro se estaba empezando a poner nervioso, era como si llevase escrito en la frente sus intenciones, así que intentó seguir por otra senda

–Los que vivimos lejos de aquí no tenemos tantas posibilidades de contemplar el Románico.

–Tampoco se crea que nosotros lo tenemos muy a mano. En las iglesias de los pueblos queda el hueco en la pared, porque lo que son las piezas, han volado –dijo el camarero, que por fin volvía de la cocina.

–¿Hasta cuándo se queda usted? –quiso saber el viejo.

–Me marchó en tres o cuatro días.

–Pues ya está, se pasa usted esta noche por aquí y ya verá la de traperos que le ofrecen algo de Románico.

–Igual me paso.

Pedro no quiso darse a conocer excesivamente, de hecho la conversación había sido mucho más pública de lo que le hubiera gustado. Pagó el café y se marchó.

Media hora más tarde se encontró con Marisa en su despacho, necesitaba algo de adoctrinamiento de urgencia.

–¿A qué se debe tu visita? –la historiadora fue directa al grano, no era persona que le gustase andar por las ramas.

–¿Qué pieza del Románico compraría alguien medio entendido a unos traperos?

–Ninguna, los denunciaría y protegería el Románico como se merece.

–Te lo voy decir de otro modo. Esta noche necesito dar sensación de que soy aficionado a algo de lo que no tengo ni idea, y creo que no sería capaz de aprender por mucho que me esforzara.

–¿Y por qué no ibas a poder saber de Románico?

–Porque tengo algo en la cabeza que me impide percibir la belleza del arte.

Marisa sonrió por primera vez. La sonrisa fue breve e interrumpida con un gesto evidente de arrepentimiento. Por suerte Pedro no rio con ella y mantuvo la compostura. La tenía calada.

El calor del local junto con el bullicio de los parroquianos impactaba al entrar en el bar la Bicha y cambiarlo por las gélidas calles del Húmedo a las ocho y media de la noche. Pedro se pidió un vino tinto de la tierra y una tapa de morcilla con sabor picantillo. El camarero le reconoció nada más entrar y le hizo un gesto señalando hacia la esquina de la barra. «Allí se ponen», le dijo mientras

le servía generosamente la copa. Entre Pedro y la esquina de la barra había varias personas, casi todos hombres. A dos de ellos los había visto pidiendo limosna a turistas en la puerta de la Catedral. Bebían vino tinto como él.

En la parte derecha del mesón, tras un biombo de madera de tres cuerpos estaban las mesas del comedor, había dos ocupadas por sendas parejas de extranjeros próximos a la tercera edad. En la esquina que le interesaba a él había dos señores de unos sesenta años, uno era bastante alto y recio, el otro estaba también entrado en kilos pero no debía pasar del metro sesenta.

–No se acerque aún, espere por lo menos a que acabe el partido –le dijo el camarero cuando le puso la tapa de morcilla.

–Pues si no le importa lléveme el plato a la mesa.

Cogió la Nueva Crónica de León de la barra y se fue a compartir comedor con los foráneos. El cuchareo era un delicia en aquella casa. Entraron un par de colegas más de los pedigüeños y otro individuo se incorporó al grupo de la esquina de la barra. A las diez de la noche los comensales de las mesas de al lado eran historia, debían estar en sus habitaciones de hotel saboreando un sobre de Almax en el mejor de los casos. Después de comer y beber semejante barbaridad, ni siquiera un adolescente conciliaría el sueño.

–Buenas –dijo Pedro, acercándose a los tres tipos de la esquina cuando terminó el partido de la Cultural.

–Buenas –le respondió el último tipo que se había unido al trío.

–Me gustaría hablar con ustedes.

–¿Sobre qué? –quiso saber el más alto.

–Estoy interesado en restos de Románico.

–¿Restos? –siguió el alto.

–Bueno, ya me entienden, retablos, tallas, pinturas. Ya saben.

–¿Y por qué nos lo dice a nosotros?

–Hombre, teniendo en cuenta que la cuna está aquí, quizá ustedes sabrán algo.

–El Románico estará en Roma, digo yo, o en Rumanía –volvió a hablar el más alto mientras sus acompañantes reían a carcajadas la ocurrencia, con el enésimo vino en la mano.

–¿Quiere usted un vino? –preguntó el más bajo–, que no se diga que por aquí somos unos descastados.

–Por supuesto.

A las doce salieron del mesón, y a pesar de ir bien abrigados por dentro y por fuera, la bofetada polar fue de las que no se olvidan.

–¿A dónde vas para allá?

–A mi hotel.

–Déjate de hostias y vente con nosotros.

Pedro sacó un paquete de Camel del bolsillo, repartió tabaco y caminó con sus silenciosos compañeros de farra por las desérticas calles del Polo Norte. No fueron muy lejos, se subieron a un Seat Ibiza, que debía de tener por lo menos veinte años, en un callejón del barrio Romántico. Era de largo el coche más sucio en el que se había montado Pedro en su vida, el cenicero de la puerta de atrás estaba lleno hasta los topes de colillas y ceniza, lo que le daba al interior del vehículo una mezcla nada agradable de olor a ambientador de pino y tabaco.

Abandonaron León por la carretera de Benavente con un casete del Fari amenizando el viaje y el humo de los cigarrillos haciendo casi irrespirable el ambiente. Pedro volvió a ofrecer tabaco, más madera, y esta vez solo aceptó el conductor, que era el más bajo de los tres. La carretera por la que salieron de León capital estaba completamente a oscuras. A Pedro le costaba ver el asfalto, el tipo alto y orondo se había sentado en el asiento del copiloto y le tapaba todo el parabrisas delantero. Vislumbró unas luces a la salida de la única curva por la que pasaron: era un club de carretera, «El Palmeral», que tenía un sugerente neón rojo que hacía la forma de una palmera y el contorno del cuerpo de una

mujer desnuda en el tronco.

En el aparcamiento había otros cuatro utilitarios y un coche patrulla verde y blanco. El garito tenía aspecto de mesón de carretera con ventanas en la planta superior que daban al aparcamiento. El más alto de sus acompañantes habló por todos y pidió cuatro bacardis con cocacola a la morena de la barra. Eran habituales allí, no cabía duda, tanto ellos como el resto de clientes. Las chicas parecían saber que cuando los traperos aparecían con algún extraño había *business* y esa noche el *business* era Pedro, así que ni se acercaron a saludar.

Los Civiles se terminaron los botellines y salieron del local sin despedirse ni pagar. A pesar de que estaban allí en son de paz y no hablaron con nadie, casi ni entre ellos, el hecho de que se marchasen supuso un alivio para todos. Las chicas se acercaron con descaro a los otros tipos de la barra en busca de una copa y los individuos que habían llegado hasta allí con Pedro comenzaron a hablar entre ellos con algún que otro exabrupto. Pedro bebió en silencio en vista de que nadie parecía dispuesto a darle conversación. Después de la segunda ronda y tras permitir fácilmente que Pedro pagase todas las consumiciones, incluidas las de las chicas que finalmente se acercaron hasta ellos, se marcharon del serrallo.

Los últimos minutos antes de salir los tipos estuvieron demasiado callados, pero esta vez no tenía nada que ver con la presencia de cuerpo armado; algo tramaban. Dos de los tratantes mearon el tronco seco de un árbol que había más allá del coche, y Pedro, que llevaba aguantándose un buen rato, hizo lo propio. Cuando el bajito se subió la cremallera del pantalón se dirigió a Pedro.

–¿Y exactamente tú que es lo que buscas?

–Antes me gustaría ver lo que tenéis.

–De todo, tallas, retablos y pinturas. Y además por encargo, lo que nos pidas.

–Pues por mí, si os parece nos vemos mañana y hablamos con calma a la luz del día, que por la noche ya se sabe que todos los gatos son pardos.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Nada, si queréis que veamos algo ahora me parece bien, pero creo que no son horas.

Mientras argumentaba para ganar tiempo se apercibió que el tipo grande blandía un bate con el que le asestó un golpe a la altura del estómago desde el lado izquierdo. Pedro se dobló y fue al suelo. Una vez sobre la tierra del aparcamiento se tapó la cara y la nuca con las manos y recibió una colección de patadas procedentes del tipo alto y del que se unió en último lugar a la reunión del mesón. Cuando dieron por finalizada la cordial despedida se subieron en el Seat y dieron marcha atrás con violencia llenándole la cara de polvo. Por último el coche se paró junto a él y el tipo que había ayudado al alto a amaratarle el costado le dio recuerdos para Marisa y Luis. Sus palabras exactas fueron: «Dile a la mojegata esa y al hijo del cura que se vayan a buscar al que se lo compra todo».

Pedro esperó a que desaparecieran las luces del coche y se incorporó. Apenas le habían hecho un rasguño. El aspecto inofensivo de Pedro, casi de oficinista gris, engañaba fácilmente a la gente. Sus trabajados músculos eran del tipo alargado lo que le hacía aparentar una endebles que le venía como anillo al dedo en casos como este. Cuando descubrió al tipo del bate estuvo a punto de hacerle que se lo tragara y luego merendarse a los otros dos expoliadores de iglesias, pero no le interesaba destapar demasiado pronto sus cartas, así que tensó las abdominales y encajó sin problemas el golpe. Se sacudió el polvo y entró de nuevo al garito despertando la atención de las chicas que se contaban sus chismes al fondo de la barra, mientras los tres tipos que bebían acodados al mostrador seguían a lo suyo, que no se sabía muy bien qué era, pero algo tendría que ver con olvidarse de sus vidas fuera de aquellas cuatro paredes color carmín.

–¿Son amigos vuestros los tipos que venían conmigo?

–Era la primera vez que los veía por aquí. ¿Quieres tomar algo cariño? – quiso saber la chica morena que regentaba la barra.

–Otro bacardi.

–¿Me invitas a mí a algo?

–Sí, claro, tómate lo que quieras –le dijo a la chica del Este, que se sentó en un taburete junto a él. Ya que pagaba se dejó besar en el cuello y no puso ninguna objeción a que le manoseara la espalda.

–¿De verdad que no habíais visto nunca a esos tipos?



–Cariño, aquí nadie ve nada ni oye nada, ¿o es que quieres que nos rajen de arriba abajo como a un cochino? –el acento de la camarera era brasileño.

–¿Sabéis cómo puedo volver a León?

–Págale una copa a ese que está ahí tan calladito y te acerca seguro. Pero no esperes que te dé conversación, es lo más parecido a un muerto conservado en alcohol.

Al día siguiente Pedro se levantó a las diez de la mañana. No le gustaba encontrarse el día tan avanzado, le recordaba demasiado a su época perdido en el alcoholismo. Salió del hotel tras no hallar apenas ni una marca en su cuerpo de las patadas recibidas el día anterior. Cinco minutos después hacía cola en el despacho de Marisa, que atendía a alguien de la prensa en ese momento, según le informó la secretaria, y además tendría que esperar antes de entrar a que terminase con la chica que esperaba con una carpeta sobre el regazo en la silla que había junto a la suya. Los dos turnos pasaron más rápido de lo que Pedro esperaba y quince minutos después entró en el despacho.

–Buenos días, Pedro.

–Buenos días.

–Dime que te tomarías un café, por favor.

–No lo dudes.

–Pues vamos, que estoy loca por salir de aquí.

Fueron hasta la cafetería de cabecera de Pedro en León y se sentaron en los sillones del fondo.

–¿Avanzamos?

–Intento no parar, a ver si en unos días pudiéramos empezar a ver la luz.

–¿Querías preguntarme algo en concreto?

–Pues la verdad es que sí –Pedro se acabó el café y se pidió otro.

–Ya sabes que estoy para ayudarte en lo que quieras, ahora mismo mi vida es encontrarlo –por precaución no lo nombraban salvo que fuera estrictamente necesario.

–¿Conoces a los tipos que se reúnen los miércoles en la Bicha?

–Lamentablemente sí. ¿Por qué?

–Estuve ayer con ellos y me dijeron algo que me gustaría preguntarte.

Marisa le clavó los ojos pero no articuló palabra.

–Puede ser que lo sepan o que sepan que pasa algo –prosiguió Pedro.

–No te entiendo.

–Les hice ver que andaba buscando Románico pero sabían desde el principio que trabajo con vosotros. Es más, saben que ando investigando algo.

–¿Seguro?

–Dudo mucho que se tragaran que quería comprar arte, sobre todo después de lo que me dijeron: que fuera a buscar al que os lo compra todo.

A esas alturas de la conversación Pedro no aguantaba más y sus ojos bajaron más allá del cuello de su interlocutora pese a la vigilancia a la que le tenía sometido. Cuando volvió a mirar los ojos de la historiadora, ambos sabían que el juego subterráneo empezó en el mismo momento que se conocieron. El gesto de Marisa se volvió más duro y Pedro le aguantó la embestida y siguió la conversación con naturalidad. Que la historiadora tenía a Pedro en el bote lo sabían los dos. Que estaba totalmente prohibido confundir ciertas cosas con los clientes lo sabían hasta los de primaria, pero Pedro había traspasado esa línea antes y sabía que difícilmente se controlaría. Un gesto, por leve que fuera, por parte de la medievalista y Pedro era capaz de saltar la mesa y hacerle el amor como no se lo habían hecho en toda su vida, allí mismo en los baños de la cafetería.

–Nosotros no compramos nada –se arrancó de nuevo Marisa.

–No lo entiendo.

–Salvo que se refieran a algunos detalles que compramos, bueno, que compró el constructor que nos hizo la reforma para terminar la capilla.

–¿Seguro que no habéis comprado nada?

–Totalmente seguro.

–Pues debe ser eso.

Había llegado el momento de hacer la llamada que todo lo complica, esa que cuando se hace no hay marcha atrás, una vez que eliges esa senda te puedes olvidar de pedir ayuda a nadie; la justicia solo existe para los que viven dentro del sistema.

Se fue hasta una cabina antes de coger la carretera de Zamora y llamó al Chupao.

–¿Eres tú, verdad hijo de puta?

–¿Y quién va a ser? ¿O es que te llaman muchos y cuelgan tres veces?

–¿Dónde están mis tres mil pavos?

–Villamayor, a la entrada de Salamanca, hay una gasolinera, nos vemos allí en cuatro horas. Los dos hierros y una caja de las pequeñas de munición.

–Y un café con leche, no te jode.

–Tengo un incómodo bulto en el bolsillo, cinco mil euros en billetes de cincuenta.

Pedro se bajó del viejo Ford Fiesta, en la gasolinera de Villamayor, con el cuerpo un poco agarrotado. No había sido un trayecto tan largo, a lo mejor sí que le engancharon alguna patada de las buenas en el costado. No recordaba muy bien cómo era la pos paliza; hacía mucho de la última vez que lo habían tumbado a «hostias». Se acercó hasta el coche del Chupao y vio que este estaba dormido con el asiento reclinado y una gorra tapándole la cara. Lo despertó dando dos golpes en la luna delantera e hicieron la transacción en treinta segundos. El tipo le dio los hierros y las balas sin bajar del todo la ventanilla, cogió los billetes sin mirar a la cara a Pedro y salió chirriando ruedas de vuelta a

su templo; parecía guardarle un gran rencor por el retraso de dos años en el pago de las pipas y por haber tenido que hacer casi trescientos kilómetros para cobrar. Ya le daría las explicaciones convenientes cuando tocase, hay puertas que no se deben cerrar.

Pedro siguió su camino hasta Salamanca y aparcó el coche de Marisa junto a una nave del polígono. El hangar estaba prácticamente desierto; tan solo había dos camionetas aparcadas dentro y varios montones de tierra junto a las hileras de ladrillos y adoquines. El tipo que repasaba los metros de material con el albarán en la mano no le prestó atención ni pensaba hacerlo por mucho que Pedro le insistiera, lo llevaba escrito en la cara tras su bigote blanco. Pedro subió las escaleras metálicas y entró a la cabina de cristal que dominaba la nave.

–¿Dionisio?

–El mismo.

–Perdone por venir a estas horas, pero en cuanto me ha dado sus señas doña Marisa he venido lo antes que me ha sido posible.

–La verdad es que no acostumbramos a atender por la tarde, pero no se preocupe.

–Quisiera información con respecto a los tipos que le vendieron los retablos de la capilla.

–El retablo, fue un retablo.

–Ah sí, perdone, el retablo.

–Ya le dije a Marisa que me disculpase, pero que eso no se lo podía contar. Si me lo llega a decir usted por teléfono, no le hago venir hasta Salamanca.

Pedro puso una de las Browning, que le había soltado de mala gana el Chupao en la gasolinera, sobre la mesa.

–A lo mejor así cambias de idea.

–No hace falta llegar a estos extremos.

–No tengo todo el día, y en las últimas veinticuatro horas me han tocado los cojones más de la cuenta –le desafió mientras le señalaba con el arma.

–Hay un tipo. Un holandés, Jan. Ese es el que mueve estos temas. Aparece y desaparece. Si lo encuentra me lo dice, si no le importa, hace un año que me debe seis mil euros.

–Y por dónde lo buscarías.

–En el infierno, aunque es de la clase de tipos que no muere fácil.

–¿No me estarás tomando el pelo?

–No, le juro que le he dicho lo que sé.

–Sí. ¿Dónde vives?

–En la avenida de las Palmeras, en Cabrerizos.

–Pues si me entero de que hay algo que no me has dicho, le pego fuego a tu casa contigo dentro. ¿Estamos?

–Jan, holandés, no sé nada más, se lo juro. Ese tipo de personas no se dejan ver demasiado ni dan información. Se dedican a lo que se dedican.

Pedro salió de la nave y condujo de vuelta hasta León. Paró en el polígono industrial de la carretera de Benavente y entró en el bar de detrás de la ITV. Los tres tipos que le habían proporcionado la paliza veinte horas antes estaban acodados a la barra junto a otro más. Por lo visto Marisa, que fue la que le dio el paradero de sus «amigos», conocía muy bien las costumbres de la mafia local. Las nueve de la noche no era la mejor hora para un bar de polígono y los cuatro tipos eran los únicos clientes.

–Joder si he dado vueltas por León hasta que os he encontrado.

–Vete de aquí si no quieres que acabemos lo que dejamos a medias ayer –le advirtió el más alto, acercándose desafiante hasta Pedro.

Iniesta respondió con un puñetazo directo en la nariz y un gancho a la altura del hígado. La torre cayó a plomo mientras la sangre manaba por su nariz como

una catarata. Este tipo de recibimientos ya se los había proporcionado a más de cincuenta personas en su vida y le hacían sentirse un poco repetitivo, pero para el que lo encajaba era toda una apabullante novedad y para los que lo presenciaban un bálsamo; después de acariciar a un individuo de aquella manera era muy extraño que el resto del personal no colaborase. Lo que más alarmaba a la gente era la sangre en la nariz, pero eso es porque no sabían que el puñetazo en la boca del estómago era lo que realmente tumbaba a su interlocutor en aquellas conversaciones.

La cara de los otros tres tipos y la del camarero eran un calco, los ojos abiertos como platos y la boca más abierta aún. Pedro sacó su arma del bolsillo de la chaqueta y le dijo al más bajito de los cuatro que le acompañase al otro extremo de la barra. La presencia de Browning fue el reclamo definitivo para que se quedaran todos clavados en su sitio en la barra y ni siquiera se acercasen a ayudar al más grande, que trataba de incorporarse.

–¿Jan?

–¿Jan, qué?

–Otra evasiva y te clavo el tabique nasal en el cerebro para que vean todos cómo te caen los sesos por la nariz.

–Oye, que yo ayer no te toqué ni un pelo.

–Tú te lo perdiste. Ahora habla.

–Un puto holandés que viene por aquí, compra y revende. Tiene muy buenos contactos por Europa.

–¿Y por qué me dijisteis anoche que le preguntara a Marisa?

–Porque siempre estamos igual. Se rasga las vestiduras y nos denuncia a la primera que se entera de un asalto a una iglesia, pero luego es la primera que le compra al Jan ese.

–Ella no le ha comprado a nadie.

–Seguro –por lo visto aún le quedaba valor al tipo enjuto.

Pedro se dio la vuelta y se marchó sin despedirse de los traperos. Aún no estaba seguro de sí tendría que volverlos a visitar para estrujarlos un poco más, pero primero iba a intentar otra vía de acceso. Condujo hacia el centro de León, llenó el depósito en la gasolinera de la avenida Ingeniero Sáenz de Miera –era lo mínimo que podía hacer– y aparcó cerca de la cafetería donde Marisa le entregó las llaves. Se bajó del coche dispuesto a irse al hotel, ya le devolvería las llaves por la mañana, pero al pasar por la cafetería donde se despidió de Marisa miró hacia dentro y se encontró a la historiadora acodada a la barra. No le extrañó, seguro que era incapaz de pegar ojo.

El frío en la calle era insoportable, empujó la puerta de la cafetería y los otros tres clientes de la barra giraron la cabeza para escrutarle con la mirada. Ella no se dio la vuelta.

–Marisa.

–Hombre, Pedro, qué casualidad, en este mismo instante me preguntaba qué va a ser de mi vida y creo que tu eres el único que puede adelantarme algo.

–Pues mira, de momento aquí tienes la llave de tu coche, que quieras que no algo es.

–¿Dónde lo has dejado?

–Exactamente en el mismo sitio en el que estaba aparcado cuando lo cogí. Muchas gracias.

–Y aparte del coche, ¿hay algo más que me puedas decir?

–No mucho, pero no te preocupes que esto lo arreglamos.

A Pedro no le gustaban los brindis al sol, pero no podía dejar a la chica con esa cara sin darle por lo menos una frase que la reconfortara. Se despidió de Marisa y volvió al frío polar, que era el monocultivo de aquella ciudad desde el mismo momento de la caída del sol. Mientras caminaba rumbo al hotel no tenía muy claro si había hecho bien marchándose, pero le dio la sensación de que Marisa quería estar sola. Aunque sabía que su hoja de servicio era clara en ese aspecto, en asuntos de mujeres se equivocaba siempre.

Subió a su habitación y encendió el televisor. Tras darle un repaso a la lista



interminable de canales se decantó por la teletienda, era el más sincero de todos. Por lo menos estaba claro que lo que ofrecían no se parecía en nada a lo que luego te mandan a casa. Sacó una cerveza del mueble bar y una lata de cacahuets; le gustaba hacerle un poco de gasto a Marcos Bernal. Cuando se terminó las tres cervezas de la nevera se quedó dormido con el televisor anunciando increíbles ofertas en las que si comprabas una jarra para filtrar el agua, te regalaban los filtros para tres años. Alguien llamó a la puerta de la habitación y lo despertó. Pedro se incorporó, cogió la Browning y abrió lentamente. Imaginó que sería alguien por error, pero toda prudencia es poca para alguien tan paranoico como él.

—¿Te queda vodka en el mueble bar? —era Marisa.

—Y si no queda, lo pido. Pasa.

Marisa se le quedó mirando pero no pasó del vano de la puerta, agarró a Pedro por la nuca y lo besó en los labios. Pedro se dejó besar y la chica estuvo casi un minuto devorando sus labios. Sabían a lágrimas y a alcohol. La besó como un adolescente con los brazos caídos. La chica tenía un pie dentro y otro fuera de la habitación; era obvio que estaba tan desorientada e indecisa como él. Cuando terminó con el tercer beso, que pareció eterno, se le quedó mirando con los ojos castaños inyectados en sangre y el rostro inexpresivo. Pedro se hizo a un lado para que entrase, pero ella tomó el camino contrario y se fue por el pasillo en busca del ascensor. Pedro cerró la puerta, abrió el botellín de vodka y lo aniquiló con la mente en blanco viendo pasar irresistibles ofertas en el televisor, que ya empezaba a arañarle la vista.

A las cinco de la mañana le despertó el teléfono.

—Pedro, he localizado a un diplomático americano de origen alemán que puede darnos el paradero del tal Jan —Marcos Bernal parecía estar despierto como si fuera mediodía en vez de plena madrugada.

La saliva le sabía a vodka y el televisor seguía encendido. Por suerte la puerta de la pequeña nevera estaba cerrada. La cabeza no le dolía, pero el costado derecho aún recordaba las caricias del prostíbulo. Despertarse sobre la moqueta de la habitación tampoco ayudaba mucho a recuperar su maltratado cuerpo.

–¿Jan?

–Sí, el que me decías ayer en un mensaje –Pedro no recordaba habérselo mandado. Necesitaba centrarse y dejar la bebida cuanto antes.

–Sí, claro –se molestó en fingir.

–Conozco a un tipo, el marido de un diplomático estadounidense que es un loco del Románico y está relacionado con los *dealers* internacionales.

–¿Te refieres a los traperos revientaiglesias?

–Llámalo como quieras. Te he concertado una cita con él esta tarde.

–Mándame el contacto y allí estaré.

Diez segundos después de finalizar la conversación, le llegó la tarjeta de visita con la dirección de Klaus –que así se llamaba el tipo– en Madrid.

Dejó el teléfono sobre la mesilla de noche y trató de seguir durmiendo, aunque sabía que no tenía ni una posibilidad entre mil de conciliar el sueño. Necesitaba retomar el control de sí mismo si quería volver a ser el tipo que fue antes de acabar sepultado en coñac barato. Para eso aún faltaba, por lo que le tocaba volver a tirar de remedio casero, así que se puso la indumentaria de atleta y salió a correr por las congeladas calles de León.

Por la mañana se acercó a ver a Marisa y a despedirse de ella. Si la reunión con el tal Klaus fructificaba, le tocaría recorrer unos kilómetros en busca de cáliz. La historiadora no había pegado ojo en toda la noche. No hacía falta que se lo dijera, las ojeras eran cada vez más grandes y su voz más insegura. Nunca fue del todo simpática con Pedro, pero aquella mañana incluso estuvo cortante, como si estuviera decepcionada por que se dignara a aparecer por su despacho sin el Santo Grial. Estaba claro que lo sucedido la noche anterior en el vano de la puerta de su habitación había que borrarlo del diario de sesiones.

–Entonces no me puedes adelantar nada de por dónde va esto.

–No es que te quiera dejar al margen, es que no hay nada que contar.

–¿Y se puede saber por lo menos adónde vas?

–De momento es mejor que lo mantenga en secreto.

Cuando terminó la frase se dio cuenta de que fue como si le diera una patada en la boca del estómago a la historiadora, después de lo que había sucedido la noche anterior, y de mostrar la chica sus cartas confesándole que sentía cómo su vida caía por un acantilado. Lo último que necesitaba era quedarse al margen mientras un grupo de extraños jugaban a salvarle el pellejo. Se le debían de estar revolviendo las tripas, pero Pedro se sabía las reglas del negocio y no podía soltar prenda.

–Olvídame, mejor, olvídanos, mercenario de culebrón. Eso es lo que eres.

–Entiendo tu frustración.

–Qué vas a entender. Para ti todo esto no es más que un entretenimiento, pero tienes que saber que es nuestra vida. «Era» nuestra vida, porque vamos de cabeza a la cárcel y lo que es peor, a desmoronar una institución que está aquí desde antes de que existiese España.

–Nada de eso va a pasar, tienes mi palabra.

–Buen intento, pero te voy a decir lo que va a pasar. Dentro de unos días volverás al agujero de donde viniste y del que nunca debías haber salido y te olvidarás de nuestras miserias.

–Confía en mí, Marisa. De peores he salido.

–Muy bien, ya conoces mi teléfono. Cualquier cosa que usted necesite, coche, dinero o lo que haga falta, ya sabe –la historiadora se negaba a darle una tregua.

–Venga, pues ya hablaremos en otro momento.

Pedro salió del despacho y se fue directo a la estación de autobuses para coger el primero hacia Madrid. Por lo visto exasperaba a todas las mujeres con las que mantenía una relación de más de un segundo, porque la empleada de la empresa de autobuses le puso muy mala cara cuando le pidió un billete de pasillo en la zona de no fumadores. El autobús estaba a punto de salir, así que se subió a

la carrera y cogió el único asiento libre que quedaba, en la fila de los de atrás, en la esquina, acosado por un paisano que parecía un armario empotrado y ocupaba la mitad del asiento de Pedro, aunque por lo menos no olía a sudor. Le quedaba claro el trayecto que no debía hacer en autobús en verano. El viaje hasta Madrid no era demasiado largo, y además el paisano se corrió al asiento de al lado cuando se bajó la chica que iba junto a él en Tordesillas.

Una vez en Madrid cogió el metro y se fue a casa. Eran las cuatro de la tarde y tenía un hambre voraz, aunque eso era algo que no podría solucionar en su casa, llevaba un año sin pisarla. Sabía que el apartamento estaría en perfecto estado. No le había cogido el teléfono hacía meses a Rosario ni le había contestado los mensajes, pero para ella Pedro era como de su familia. Cuando llegó a la plaza hacía frío, pero menos que en León. La plaza de Chamberí recibía en ese momento los últimos rayos de sol mientras la chiquillería martirizaba a sus padres corriendo por el parque y amenazando con lanzarse en sus carreras descontroladas bajo las ruedas del tráfico. De pronto en mitad del ruido de la circulación, los niños y los padres, se coló la imagen de Elvira, que salía del Pourquois. Intentó zafarse y ella también, pero sus trayectorias estaban demasiado cerca y no tuvo más remedio que dejarse ir al encuentro con su exnovia, que salía del restaurante francés que regentaba en la plaza. Cuando estaba a unos cinco metros la chica le sonrió, Pedro le devolvió la sonrisa y llegó hasta ella. Elvira pasó a su lado como si no le viera y se abrazó a Miguel, que llegaba justo detrás de él. Pedro se dio la vuelta y vio la escena en primera fila, le partió el alma; un bajonazo como ese le podía mandar de cabeza al bar de la calle Vizcaya a darle curso a una añada de brandy. Habían pasado, como si nada, dos años desde que los pilló en el sofá de su casa en un arrumaco mucho más comprometedor. Se hicieron sufrir mucho durante su relación, pero la culpa no fue de ella. Pedro en aquella época estaba destrozado y perdido en el alcohol, y Elvira bastante hizo con aguantarle todo aquel tiempo.

Se dio la vuelta, entró en el portal y subió a su apartamento. Cuando entró a su casa se encontró a Rosario regando las macetas del salón con un cigarrillo entre los labios, el día que esa mujer desaparezca de su vida, si llega a suceder, la recordará así, regando las desagradecidas macetas, que jamás darán una flor, con el cigarrillo entre los labios y el pelo recogido con un pañuelo. La portuguesa no era muy expresiva, pero la ocasión lo merecía y no pudo evitar que se le cayera una lágrima. La abrazó sintiendo cinco segundos de paz en su

vida y le dio dos besos.

–¿Dónde te has metido, mío fillo?

–Por ahí –Pedro aún estaba un poco sonado por la escena del portal.

–Pero si hace un año que no vienes.

–¿Cuánto te debo?

–No sé, meses, años. ¿No me digas que has encontrado un empleo? –la portuguesa seguía fiel a su idioma después de cuarenta años en España.

–Algo así.

–Pues cualquiera lo diría con esa cara, niño.

–Me he encontrado a Elvira.

–Olvídala ya, estará con el niño ese rubio. Se cree que tiene veinticinco años como él.

–Exacto, con él estaba.

–Oye, ¿tú has comido?

–Márchate Rosario, por favor, necesito estar un rato solo.

Se dio ducha fría para intentar volver en sí. Necesitaba a toda costa soltarse el desazón que le oprimía el alma. Cuando salió de la ducha Rosario seguía allí. Se la veía preocupada.

–Has estado en la cárcel, ¿verdad? –le preguntó con lágrimas en los ojos.

–¿Cómo lo sabes?

–¿Dónde ibas a estar? Tu teléfono siempre apagado y sin querer hablar conmigo. Solo dejándome mensajes en el contestador.

–Eso ya es historia. Olvídalo, por favor.

Pedro le dio a Rosario tres mil euros del adelanto de Marcos y se preparó para salir a la calle.

–¿Dónde vas?

–A trabajar.

–¿Seguro?

–Sí, no te preocupes, estoy bien.

–Vale, estamos en paz –le dijo la portuguesa refiriéndose a la parte crematística de su relación.

Mientras bajaba en el ascensor, su cabeza era un auténtico torbellino. Estaba empezando a machacarse con la idea de la clase de perdedor integral en que se había convertido. Salió del portal cuando ya no entraba ningún rayo de sol en la plaza y la pelea entre su ángel bueno y el malo era encarnizada. Sus pies se dirigieron hasta el metro y cogió la línea cuatro en dirección a Serrano, a pesar de que la idea de vaciarle las botellas de coñac a Fermín era lo que realmente le apetecía en ese momento. En el vagón fue calmándose y cuando salió a la calle en plena Milla de Oro madrileña ya se estaba empezando a dar cuenta de que Elvira y él eran historia hacía dos años, por lo que aquella pataleta estaba totalmente fuera de lugar.

Aún se estaba rehabilitando como ciudadano y no se encontraba en condiciones de vivir en contacto con el mundo, eso era algo que rezumaban todos y cada uno de los poros de su piel. La operación de León había surgido en un mal momento. Demasiado pronto. En sus ratos de lucidez, al salir de prisión, decidió aguantar un par de inviernos en el Coto con el Chori hasta verse preparado para volver a su vida, o lo que fuera que tenía en aquel apartamento de la plaza de Chamberí. No pensaba contestar a su hermano, ni a Rosario, ni a nadie que le llamara hasta verse con fuerza y con dignidad para mirarles a la cara. Pero las cosas habían venido así y de poco le servían las lamentaciones. Ahora estaba metido hasta el cuello en el operativo y no había marcha atrás; debía dejar de compadecerse cuanto antes y resolver el asunto al que se había comprometido. Esa sería la primera etapa de su recuperación, estaba seguro, no era la primera vez que un operativo de estos le había ayudado a encontrarse.

Caminó a paso ligero por la calle de Serrano desde la confluencia con la calle

de Goya hasta la calle de Diego de León, cruzándose con los elegantes seres que pueblan ese lado del mundo. La dirección que le había mandado Marcos Bernal al móvil pertenecía a un edificio decimonónico frente a la embajada de los Estados Unidos. Tras pasar el correspondiente interrogatorio del portero de la finca, subió al tercer piso en un ascensor de principios del siglo xx, tallado en madera de caoba, que desprendía un intenso olor a barniz. Le abrió una empleada del servicio doméstico con aspecto de no haber sonreído en su vida, ataviada con un uniforme acorde a la pompa del lugar, que le acompañó hasta un salón con vistas a la calle de Serrano y por ende a la embajada.

Klaus apareció al momento, precedido por el crujido de los listones de madera del pasillo.

–¿Pedro Iniesta?

–El mismo.

El anfitrión de la lujosa vivienda tenía más de sesenta años, pero se conservaba muy bien. Debía de ser el alumno más aventajado de su entrenador personal. Era turco, de eso no había duda; su tez morena y su pasado alemán, imposibles de ocultar en su pronunciación de las consonantes, eran pistas suficientes.

–¿Le ha costado mucho encontrar la casa?

–Más me ha costado convencer al portero de que me dejara subir.

–¿Un té? –le preguntó Klaus con una sonrisa tras la respuesta de Pedro.

–Sí, gracias.

Sobre las palabras de Pedro entró en el salón portando una bandeja la misma señora que le había abierto la puerta.

–No sabía que era usted el embajador de los Estados Unidos en España.

–Y no lo soy, pero vamos a tutearnos por favor.

–Perdón, por un momento me lo ha parecido.

–Mi marido es diplomático y lo han enviado a Europa a mediar en algunos asuntos.

–¿Con base en Madrid?

–Lamentablemente no, con base en París, pero lo he convencido para que nos hagamos con este satélite. Quiero estar lo más cerca posible del Románico.

–Menudo satélite –Pedro no se pudo reprimir ante el suntuoso salón–. Gracias por recibirme. Marcos Bernal me dijo que quizá podrías ayudarnos.

–Sí, por supuesto. Jan. Déjame un segundo que compruebe si me han contestado ya al mensaje.

En ese momento se abrió la puerta del salón y entró un señor de la edad de Klaus, bien parecido y con un traje diplomático bajo un abrigo beige. El tipo era rubio, alto y delgado, con entradas y unas gafas con montura dorada muy fina. Se trataba de Alexander, el marido de Klaus. Tras presentarse se deshizo del abrigo con la ayuda de la doncella, que era seria pero por lo visto muy eficaz, y se sentó en el sillón que había junto al sofá que compartían Pedro y Klaus. La conversación giró diametralmente y charlaron distraídamente, como si el tiempo no corriera inexorable, sobre las reuniones que había mantenido Alexander en su atareada jornada en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Hablaban en inglés, algo que no revestía problema alguno para Pedro después de haber servido más de cinco años en las tropas estadounidenses y haber residido allí durante ocho años. Pedro aún conservaba su actitud paranoica en todo lo relacionado con airear cualquier asunto por público que fuese, era algo que llevaba a rajatabla y que jamás se saltaba, así que la actitud desenfadada con la que Alexander contaba sus reuniones le dejó muy sorprendido.

–Ya no aguantaba más y les he dicho que yo he venido aquí a decorar un piso, que si estaban tan interesados en ver el fallo en el protocolo de seguridad, que llamaran al Pentágono, que para eso están. Así que he avisado al chofer y me he venido.

Tras decir aquello Alexander se levantó y salió de la sala de estar. Klaus también salió del salón, estaba esperando la respuesta de su traperero de cabecera–Geovanni– en el teléfono americano, y fue a buscarlo a otra sala.

–Sabes que no andamos bien de tiempo –dejó caer Pedro cuando su anfitrión



volvió al salón.

–Lo sé. Múnich. Búscalo allí. Geovanni no tiene dudas. Por fin he conseguido que me conteste al mensaje, la diferencia horaria es un auténtico suplicio, no consigo acostumbrarme.

No había más que hablar. Las compensaciones por la información no eran cosa suya. Para los pecados veniales tenía barra libre, Marcos correría con los gastos, a él le tocaban los pecados mortales. Difícilmente darían con él en el purgatorio.

No sabía demasiado sobre la ciudad teutona pero sí tenía clara una cosa: no iba hasta allí de turismo, así que lo primero que iba a necesitar nada más llegar era un par de pistolas; las suyas iban a tener que esperarle en España si no quería dar más explicaciones de las que se podía permitir a los agentes fronterizos. Salió de la casa de la calle de Serrano y se fue directo al metro, cogió la línea cuatro hasta Bilbao y después la uno hasta la estación de Buenos Aires. Hacía una eternidad que no pasaba por allí. Cuando llegó al parque eran cerca de las ocho y media de la noche, hacía frío y las farolas parecían estar de adorno; solamente una de ellas tenía una de las bombillas viva. Los transeúntes procedentes del metro y de la cercana parada de autobús caminaban a paso rápido y cabizbajos camino de casa, dando un rodeo para no entrar en el jardín, que a esas horas no era sitio para personas decentes.

Pedro se metió en el parque y fue directo hasta un grupo de jóvenes que fumaban alrededor de un banco mirando de reojo bajo las viseras de sus gorras de béisbol. Le dieron ganas de preguntarles por los anagramas de las gorras, a ver si eran capaces de conocer entre todos ellos a uno solo de los equipos que adornaban sus cabezas. La globalización y sus patéticas consecuencias.

–Chavales, buenas noches.

No le respondieron ni le dirigieron la mirada. La única prueba de que se habían apercebido de su presencia fue que la animada conversación que mantenían hasta ese momento se cortó por completo y pasaron a ocuparse de las pantallas de sus móviles. Pedro obvió el ninguneo y probó de nuevo.

–¿Conocéis al Jorobao?

–¿Y qué si lo conocemos? –se le encaró el más bajo.

–Quiero verlo.

–Ni puta idea. ¿Tienes tabaco?

–Hace tiempo que no fumo, soy amigo del Jorobao pero he estado fuera un año y su móvil no funciona.

–Pierdes el tiempo, colega.

–Puede perder pasta si no lo localizo. Le decís que anda buscándolo Pedro Iniesta.

Se fue caminando lento hasta el último banco del parque junto a la parada del autobús y se sentó a la vista de los chavales. No tardó en acercarse uno de ellos, que se resguardaba del frío con la capucha de la sudadera tapándole media cara y una cazadora vaquera, de las de forro de borrego, encima de la sudadera. Llevaba los bajos de los pantalones arrastrando por el suelo.

–Bájate por la Albufera hasta el campo del Rayo y detrás hay un taller de fontanería –le dijo sin quitarse el porro de marihuana de la boca.

–¿El del Evaristo?

–Ese.

–Gracias, chaval.

–¿Y no hay propina?

–Que te la pague el Jorobao.

–Anda y que te follen.

–¿Que me follen? ¿Y eso quién me lo dice? ¿Tú?

–Sí, yo, ¿qué pasa?

–Si no sabes ni de qué equipo es la gorra que llevas debajo de la capucha.

–¿Y tú sí?

–Yo sí. De los Red Sox de Boston. Ya has aprendido algo hoy, chaval.

Se quedó sentado mirando al chaval y esperó a que se diera la vuelta antes de marcharse del parque. Aquellos ambientes eran los suyos. En los barrocos salones de las viviendas del barrio de Salamanca se encontraba un poco incómodo, pero en la «jungla» se desenvolvía como nadie; era su mundo.

Llegó hasta la calle del Payaso Fofó con la mosca detrás de la oreja. El Evaristo y el Jorobao habían roto hacía mucho tiempo. De saber que estaban juntos otra vez hubiera ido directamente al taller.

–En el penal del Puerto me dijeron –Evaristo no tardó en poner a Pedro en su sitio.

–¿Y quién te dijo semejante embuste?

–Ya sabes cómo es esto, las noticias corren, y si son malas, vuelan.

–¿Estás otra vez con el Jorobao?

–Por suerte no. Estaría allí en su pueblo en Ávila enterrado con él.

–No me jodas.

–¿Es que en la trena no os leen la prensa?

–Qué va.

–¿Y qué se te ofrece?

–Voy unos días de trabajo a Alemania.

–Entonces poco puedo hacer por ti. ¿O te vas en coche?

–En avión.

–Pues pipas a pruebas de detectores se fabrican solo en Hollywood.

– Necesito que me mandes el número de alguien de confianza en Múnich. Te

hago una pérdida para que te quedes con mi teléfono.

–Hostia, entonces te vas de verdad a Alemania, con el frío que hace.

–Me voy ahora mismo echando hostias a Barajas, a ver si pillo un vuelo. Llego una semana tarde.

–Llamaré a alguien a ver qué se puede hacer. Y de pasta qué.

–El Jorobao ya no está. Pórtate bien y nos veremos –Pedro tenía cartel de buen pagador y de gastar muchas cajas de balas entrenando en la sierra.

No perdió un segundo y se fue directo al aeropuerto de Barajas a por el primer avión a Múnich.

Tenía la espalda hecha un siete. El vuelo fue según lo previsto, pero las comunicaciones con Alemania dejaban mucho que desear y no consiguió billete hasta la una de la tarde, por lo que tuvo que hacer noche deambulando por los pasillos de la T4 y tratando de dormir de contorsionista en los bancos de la terminal. Cada vez le quedaban menos dudas de que el lobby hotelero estaba detrás de la incomodidad de las terminales. Es imposible hacer un asiento más maquiavélico.

Conectó el teléfono nada más aterrizar en el aeropuerto de Múnich y activó el tráfico de datos. A Marcos Bernal le venían bien unas facturitas para desgravar. Le encantaba sablearle con los gastos de representación, era una forma de cobrarse los pequeños sinsabores que iban apareciendo en los operativos y que su socio no vislumbraba desde la confortable planta veinte de la City londinense. Le llegó una tarjeta de visita con un número de teléfono y una dirección de Múnich. Estaba seguro de que el chatarrero del Puente de Vallecas no le fallaría. Evaristo siempre le pareció más resolutivo que el Jorobao, pero le cogió más cerca del segundo en la bronca que tuvieron y se quedó bailando con la más fea. Aún no sabía qué causó su muerte. En determinados ambientes es mejor esperar a que le cuenten las cosas a uno.

Salió de la perfecta terminal del Franz Josef Strauss y se fue a la zona de taxis. Había una línea interminable de vehículos color beige y un tumulto de taxistas fumando y hablando a gritos mientras ayudaban a los viajeros a meter los equipajes en los maleteros de los coches. El contraste del estudiado y preciosista edificio con el alboroto en la puerta de la terminal era algo tan impropio de Alemania que le hizo suspirar de alivio. Relajar un poco las estridencias del protocolo y el orden viene bien a todo el mundo.

Nada más poner un pie fuera de la terminal se le acercó un tipo alto y moreno y le dio las buenas tardes en español, se las sabían todas. Al momento

otro individuo lo guio hasta el primer coche libre y dentro de este le esperaba un tercer tipo que era su conductor. La tez morena y el trato familiar con el que recibían a los viajeros, más típico de países mediterráneos que del norte de Europa, le dejó claro que el gremio del taxi en Múnich estaba copado por los turcos. Le dio las señas que le había facilitado Evaristo en su SMS al taxista y este frunció el ceño antes de arrancar, estaba claro que no se dirigían al barrio más elegante de la ciudad. En la autopista camino del centro pasaron junto al estadio del Bayern. Pedro lo había visto en televisión, pero al natural era todavía más impactante, un inmenso óvalo de piezas triangulares de color rosa. El taxista le informó de que el estadio cambiaba de color cada día: «Mañana lo puede ver usted de color morado o verde», le dijo en perfecto inglés dándose completamente la vuelta para hablar con él a ciento ochenta kilómetros por hora.

El taxi le dejó en un barrio de la parte oeste de la ciudad, las calles estaban perfectamente iluminadas y el asfalto no tenía un bache, pero los edificios, de tres y cuatro alturas, estaban en pésimo estado; las paredes estaban llenas de pintadas y los locales comerciales se encontraban cerrados en algunas ocasiones y en otras directamente tapiados con ladrillos. Entró en el número veintisiete de la calle y encaró las escaleras. Había un ascensor, pero la puerta estaba abollada y el cristal roto; era obvio que no funcionaba. Su contacto residía en el segundo A; la escalera tenía un neón en el primer descansillo que aún funcionaba y con esa luz se valió para llegar hasta su destino.

La puerta del piso al que iba estaba cerrada con la pitón de una moto. No tenía cerradura y se veía el interior de la vivienda a través del agujero por donde entraba el candado. Se oían gritos y televisores a todo volumen procedentes del propio piso y de los colindantes. Dos tipos bajaron por las escaleras a toda prisa mientras Pedro llamaba con los nudillos a la puerta del segundo A. Los tipos no repararon en él y casi se lo llevan por delante en su carrera hacia el portal. Estaba en el hipermercado de la droga de la ciudad, no hacía falta ser un lince para saberlo.

–Wer? –se oyó desde el otro lado de la puerta.

–No hablo alemán –dijo en inglés, a través del agujero del candado.

–No hay problema –le contestó la chica en inglés.

–Vengo de España.

–Un momento.

Una pareja enganchada al caballo subió por las escaleras mientras Pedro esperaba a que le abriesen. Reconocía a los yonkis a la legua, eran la principal materia prima de su trabajo. Ni siquiera repararon en su presencia a pesar de que el descansillo no tenía más de dos metros cuadrados y casi se dan de bruces con él. Estos no corrían como los de antes; andaban como si arrastrasen un saco de piedras y hablaban entre ellos con el mismo tono voz que había escuchado Pedro tantas veces, por lo visto la heroína tiene un tono de voz universal.

Alguien trajinó con el candado desde dentro y abrió.

–¿Pedro Iniesta? –preguntó un tipo con la puerta entreabierta.

–El mismo.

–Adelante.

Siguió a un individuo en calzoncillos blancos y con unas babuchas del Múnich 1860 hasta el salón. Hacía un calor insoportable; se debían gastar un dineral en calefacción, en el caso de que estuviesen al día con la compañía, porque en la calle helaba y por los agujeros de la puerta de entrada debían perder la mitad de la calefacción. La chica que le había hablado desde este lado de la puerta estaba recostada en el sofá en ropa interior, abrazada a un cojín, viendo Gran Hermano 19.

–¿Dos Browning con el número de serie borrado? –el tipo era moreno y con una larga y sucia melena negra pegada a la cara; le hablaba sin mirarle.

–Exacto.

–Quinientos euros cada una, y las balas van de mi parte.

–¿Las puedo ver?

El individuo sacó una caja de debajo del sofá y la puso sobre la mesa tras apartar el cenicero y los botes de cerveza vacíos. El encargo de Evaristo había llegado a su destinatario sin ninguna distorsión. Las pistolas estaban en perfecto estado y la munición también. Pedro sacó mil euros en billetes de cincuenta y se los cambió por los hierros.

–Ando buscando a un tratante.

–¿De qué, de caballos?

–No, de arte.

–Pues ándate con ojo, que esa gente es muy complicada.

–Aún no tengo claro por dónde empezar –dijo Pedro, deslizando otros tres billetes de cincuenta sobre la mesa.

–Óyeme bien, no te he dicho nada. Vete a la estación central de trenes y que Dios te pille confesado.

A las ocho de la tarde la estación central –Múnich Hbh– estaba en pleno bullicio. El tren de Hamburgo y dos regionales, uno con origen en Núremberg y otro en Salzburgo, llegaron prácticamente al tiempo que Pedro accedía por las escaleras mecánicas procedente del metro. Andaba justo de tiempo, pero tenía experiencia suficiente como para saber que no era la mejor hora del día para encontrar una trama mafiosa. Si quería dar con el meollo del asunto, la primera hora de la mañana era el momento, así que no pintaba nada en la estación.

Salió de la estación por Bayern Strasse. Cuando puso un pie en la calle la acera helada crujió bajo su zapato. El entorno de la estación estaba muy concurrido y Pedro se convirtió en otro equilibrista más intentando no caer de culo al suelo. Había estado nevando toda la tarde, y a pesar de la sal, el suelo estaba muy resbaladizo. Anduvo con pies de plomo entre los hoteles que se agolpan en la avenida buscando uno económico. No estaba especialmente preocupado en proporcionarle a Marcos un ahorro en gastos de desplazamiento, pero le resultaba más conveniente hospedarse en un lugar donde nadie reparase en él, ni se tomasen la molestia de aprenderse su nombre demasiado bien. Tras cruzar dos manzanas dio con lo que estaba buscando, un *hostel*, de esos en el que el saludo del tipo de recepción no está incluido en el precio. La recepción estaba llena hasta los topes de gente joven. No eran fechas para viajar pero los precios del sitio y la proximidad a la estación debían de ser el reclamo necesario. Algunos viajeros llegaban en ese momento y otros tenían aspecto de ser los amos del cortijo. Era obvio que llevaban unas horas hospedados allí, tiempo suficiente para controlar el cotarro en un lugar como aquel, jugaban a las cartas



en las mesas de madera oscura de la entrada, mientras vaciaban latas de medio litro de cerveza y bromeaban vociferando despreocupados. Nadie reparó en él. Había dado en el clavo con el sitio.

Era un establecimiento mixto, con habitaciones dobles y otras con capacidad para veinte personas. La mayoría de los chavales que pululaban por la recepción se decantaban por las económicas habitaciones comunes. Se instaló en una habitación individual en la cuarta planta. El precio era bueno, acorde con los servicios. En el lugar donde debía estar la puerta del ascensor había un cartel de obras que tenía pinta de llevar allí varios años, y la habitación era de un riguroso gotelé amarillo pálido. Eso sí, la revista con la publicidad de la cadena hotelera dejaba bien a las claras el lujo de todos sus establecimientos, con fotos de sonrientes recepcionistas y mullidas camas cubiertas por cálidos edredones. Lo de Pedro había sido simple mala suerte.

El sitio era perfecto, cumplía con todas las premisas que se había marcado. Le pareció una fenomenal idea que hubiese una máquina expendedora en vez de una barra para poder servirse a cualquier hora del día y de la noche sin tener que mediar palabra con nadie. Cuando se cansó de buscar en balde un canal que no emitiese en alemán, bajó a recepción y sacó cuatro cervezas del armario helado. El recepcionista le dio cambio sin mirarle a la cara y sin dejar de mover la cabeza al ritmo que le insuflaban los auriculares. Volvió a la habitación y se bebió las cervezas mientras veía el canal que publicitaba la cadena hostelera. Dormir estaba descartado, pero la culpa no era del alojamiento.

Cuando terminó con las cervezas se sabía de memoria los nombres de todos los hoteles de la cadena y casi era capaz de colocarlos por ciudades, así que apagó el televisor y se acostó sobre la áspera sábana acrílica resignado a atravesar las tediosas horas nocturnas con los ojos como platos.

A la mañana siguiente salió a la calle temprano, la acera seguía helada, por lo que tomó la precaución de andar con tiento. Tardó diez minutos en llegar a la entrada principal de la Estación Central. El lugar estaba sumido en un caos impropio de esas latitudes generado por una obra y por los montones de nieve acumulados. Se pidió el segundo café del día en la cafetería que halló nada más entrar en el vestíbulo principal de la estación y se dispuso a sentarse para observar el panorama.

–Hallo.

–Lo siento, no hablo alemán –respondió Pedro a una chica joven que se tropezó con él.

–¿Te la chupo? –le dijo ella en inglés.

–¿Cuánto?

–Diez euros.

–Cuando me acabe el café.

La chica le dio un empujón y se marchó a por el siguiente fulano con el que se cruzó. En ese momento entró en la cafetería un tipo moreno y delgado de unos treinta años con una gran sonrisa. Llevaba un paraguas como bastón, se sentó en la mesa del fondo con otros tipos que parecían pasar el tiempo allí mientras sus tazas permanecían intactas. Los clientes de la cafetería compartían las mesas altas de la entrada. Las tabletas y los *smartphones* eran los sustitutos de las conversaciones. Pedro se sentó en un taburete de la primera línea. En la mesa de detrás había cuatro tipos vestidos con americana barata y pantalones de pana, a los que les abultaba la pipa bajo la tela de las chaquetas. El submundo aquel tenía su equilibrio y Pedro no tardó ni dos sorbos en darse cuenta del quilombo que había en la estación. Los policías secretos tomaban café en el mismo bar donde los cabecillas de la mafia local planificaban y controlaban sus negocios. Si hubiera estado en otro país, pensaría que las mordidas sustentaban todo aquello. Decidió marcharse sin acabar el café, mientras pudiera debía pasar desapercibido. Subió las escaleras blancas de hierro y se acercó a las agencias de alquiler de vehículos. No necesitaba un coche, por lo menos de momento, pero aquel era el sitio con mejores vistas sobre los andenes, tocaba hacer de figurante un rato. Desde allí el control sobre la inmensa terminal era perfecto.

Mientras esperaba su turno en la agencia de alquiler de coches, fue tomando nota de lo que sucedía escaleras abajo. No estaba claro cómo daría con lo que estaba buscando, pero en estos casos la paciencia era el mejor aliado. Salió de la oficina y se sentó en un banco a unos metros; le quedaban por delante un buen puñado de horas de vigilancia para encontrar algún soldado del hampa al que meterle mano. Ya sabía dónde estaban los jefes, ahora le faltaba localizar a la tropa.

Dedicó el tiempo a observar a los empleados de la estación y a los camareros de los kioscos. Los mafiosos del lugar debían tener a alguien del *staff* compinchado. Necesitaba descubrir cómo se ejecutaba el trasiego físico del contrabando para llegar hasta alguien más vulnerable.

No era extraño que el tipo que le facilitó las pistolas estuviese al día de lo que se cocía en la estación, no recordaba ningún sitio donde operase una mafia con tanto descaro, lo de la cafetería de la entrada debía verse desde el Meteosat.

Tras dos horas observando el descomunal andén, había sospechado de casi todos los empleados que veía escaleras abajo. Por alguna extraña razón, esta vez no le pareció tan desesperante como otras veces la vigilancia. Sentía un nudo en el estómago, algo le decía que estaba vivo de nuevo, notaba la proximidad de la acción y se sentía útil. Esto no era el típico linchamiento de cuatro desgraciados atrincherados en una vivienda para pasar el invierno; aquí había material de primera. Buscaba a los soldados; ya había visto a parte del cuerpo de oficiales y en su fuero interno se preparaba para librar una guerra en solitario. Ponerse al filo de la navaja era su mejor terapia.

Cuando se anunció la entrada del expreso procedente de Florencia vio el primer movimiento realmente sospechoso. El tipo moreno del kiosco de la esquina empezó a prestar más atención a lo que pasaba en el andén ocho que a lo que sucedía en su barra. El cliente al que atendía en ese momento, un señor de unos sesenta años con el pelo blanco y una barriga prominente, se mostró airado con él, sobre todo cuando le dejó a medias y salió hacia el andén. Pedro se incorporó y siguió con la mirada los pasos del camarero, que entró en el último vagón del tren recién llegado. Dos minutos exactos después salió del vagón y se dirigió de nuevo hasta el kiosco.

Cuando el camarero volvió a su puesto de trabajo la chica bajita con rasgos orientales que compartía el puesto con él ya tenía la barra controlada y los ánimos del personal más templados. Al poco aparecieron dos individuos. Entraron en el mismo vagón que acababa de abandonar el tipo del kiosco y salieron al momento con sendas bolsas de deporte, miraron al camarero y este les hizo la señal del César cuando salvaba a los esclavos de morir en la arena. La estación siguió con su ritmo frenético toda la tarde y el tipo del kiosco salió otras dos veces a lo que parecía una comprobación de material. A las siete y media el camarero del kiosco dobló el delantal y lo colgó en el perchero que había junto a la puerta. Cambio de turno.

Pedro siguió al camarero hasta su casa por las atestadas calles del barrio aledaño a la estación. El tipo se metió en un bloque que no distaba más de cinco minutos a pie desde su puesto de trabajo, era un edificio parecido a los colindantes, de formas geométricas, cinco alturas, color verde claro muy desconchado y con las ventanas y puertas en un estado deplorable. Subió sigilosamente las escaleras tras él hasta que lo escuchó pararse en el rellano del tercero, se asomó al hueco de la escalera y observó que la luz provenía del lado derecho. Se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos hasta la calle. Tocaba esperar al momento adecuado para seguir con la tarea, cualquier hora no vale para lavar el coche.

Cenó en un tugurio que había en las inmediaciones de la estación mientras hacía tiempo con la única compañía que tenía, la conexión wifi del lugar y la pantalla cuarteada de su móvil. Por más tiempo que intentó pasar en el restaurante turco de la esquina de Goethestrasse con Pettenkorferstrasse, el reloj avanzaba tan perezosamente que a las nueve y media ya le parecían las doce de la noche, aún le quedaban unas cuantas horas antes de meterle mano al asunto. Así que tomó la mejor decisión que podía tomar en ese momento y se marchó del turco antes de no poder soportar la tentación de vaciar la colección de botellas de alcohol de las baldas que había tras la barra. Cuando el demonio se aburre mata moscas con el rabo. Nadie lo sabía mejor que él.

Hay negocios que se parecen en todos los confines del planeta, así que entró en la primera barra que vio y se sentó a esperar. Las espesas cortinas granates de la entrada y el tipo vestido de negro custodiando la puerta configuraban el cartel publicitario en idioma internacional. Una señora que ya no iba a cumplir cincuenta años, maquillada de más y con algún kilo que otro de sobra, se sentó junto a él. Pedro la invitó a una copa de vodka con pipermin y se pidió una cerveza, mientras disfrutaban de las partituras que, sentada a un piano de cola negro, interpretaba una virtuosa de mediana edad con gafas de azafata del un dos tres y una larga melena teñida en rubio platino. La señora le contó, entre trago y trago a la copa de color verde, una bonita historia: era húngara y estaba en Alemania desde la caída el régimen soviético. Primero había estado en Berlín, después en Hamburgo, en el barrio de San Pauli –quién de la profesión no se ha graduado allí–, y acabó en el barrio de los turcos de Múnich siguiendo a un importante hombre de negocios. Pedro también le contó su verdad acerca de los productos hortofrutícolas que había venido a tratar en la capital de Baviera. A las once y media salió de la lúgubre habitación de una casa de huéspedes que había en la manzana de detrás, con setenta euros menos en el bolsillo y una nueva

amiga a la que frecuentar cuando el frío muniqués se volviera insoportable.

Tardó quince minutos desde allí al edificio verde o azul pálido, ya no estaba tan seguro, donde dejó al camarero de la estación. No había un alma por las calles del vecindario. La nieve caía con tal sutileza que parecía flotar en el ambiente iluminada por las farolas de tonos amarillentos. El portal estaba abierto, sin más remedio, la cerradura no existía. Subió al tercer piso sin accionar la luz de la escalera y tratando de hacer el mínimo ruido posible. Una vez en el descansillo sacó la ganzúa de la navaja, abrió con cautela la puerta y entró. La casa olía a comida rica en especias, el olor era muy fuerte, como si estuviesen cocinando en ese momento, aunque por suerte no era así. La vivienda estaba a oscuras, pero las farolas de la calle lanzaban su luz amarilla hacia el interior. El salón fue la primera estancia que dejó a la derecha, nada más entrar; a continuación estaba la cocina y siguiendo por el pasillo había dos habitaciones, al fondo del corredor había una puerta cerrada que debía de ser el cuarto de baño. En la primera habitación había dos niños durmiendo, aunque uno de ellos no lo parecía, estaba boca arriba en la cama abrazado a la almohada y con los pies en el cabecero. Se fue hasta la habitación del fondo y dio con el camarero del kiosco durmiendo junto a su mujer, ambos tapados hasta el cuello. El marido roncaba con fuerza.

Con todo el sigilo que pudo sacó la cámara de infrarrojos del bolsillo del chaquetón e hizo dos fotografías a la pareja. Cuando estaba a punto de salir de la habitación oyó unos pasos y se quedó de pie junto al vano de la puerta, fuera del haz de luz que entraba por el pasillo. Los pasos se aceleraron y un niño que no levantaba más de un metro del suelo apareció como una exhalación por la puerta y saltó al centro de la cama de sus padres. El padre dejó de roncar y protestó en una lengua que sin duda era turco, mientras la señora se levantó y cogió al niño en brazos. Pedro los veía perfectamente, ya se le habían adaptado los ojos y le parecía como si el caudal de luz fuera el de mediodía. La señora salió con el niño en brazos y volvió al poco. El marido se abrazó a ella y entonces fue la mujer la que protestó. Durante un rato Pedro no movió ni las pestañas. De pronto alguien encendió la luz. Era el niño, que se había colocado a su lado haciendo menos ruido que un fantasma. El padre se incorporó y vio al pequeño junto a Pedro en el quicio de la puerta.

–No se ponga nervioso –dijo Pedro en inglés, apuntándoles con la Browning que había conseguido en el mercado negro de la ciudad.

–¿Quién es usted? –gritó en inglés el padre al tiempo que saltaba de la cama.

–Tranquilo –dijo Pedro alejándose del niño y arrinconándose hacia el armario.

–No tenemos dinero. ¿Qué quiere?

Pedro sabía que el tipo se tranquilizaría un poco en cuanto dejara al niño en manos de su mujer y comprobara cómo estaba el otro, así que no se interpuso en su carrera hacia el pasillo. Como si Pedro no estuviera allí, salió corriendo hacia la habitación del niño y vio que dormía a pierna suelta.

–Tenemos que hablar –le dijo Pedro desde el pasillo aún con el arma en la mano.

–¿Puede bajar el arma, por favor?

–No, de momento no. Vuelva a su habitación, rápido.

–No entiendo.

Pedro corrió de vuelta a la habitación y le quitó el móvil de la mano a la mujer, comprobó la pantalla y vio que no le había dado tiempo a encenderlo. El niño pequeño, por su parte, parecía haberse salido con la suya y se durmió sin más abrazado a la almohada de sus padres, ajeno al peligro.

–¿Su mujer habla inglés?

–No.

–Pues dígale que venga con nosotros al cuarto de estar.

–Aún no me ha dicho qué quiere –su inglés era fluido, requisito imprescindible para entrar en la compañía de ferrocarriles.

–No creo que haga falta que se lo diga hasta que me dé la gana. Aquí manda esta.

El tipo miró con desprecio la pistola y le pidió a su mujer que los acompañara al salón y se sentara con ellos.

–Estaba haciendo unas fotos, y se preguntará para qué.

–¿Fotos?

–Sí, eran para extorsionarle.

–No comprendo.

–Para obligarle a hacer una cosa. Estaba seguro de que si le enseñaba fotos de su familia durmiendo plácenteramente en casa sería más fácil contar con su colaboración.

–¿Qué quiere?

–Jan.

–No sé a qué se refiere.

Pedro acercó su silla un poco más a la del tipo y le atizó un golpe seco con la culata del arma en la sien. Su mujer dio un grito al tiempo que el tipo emitió un gemido. Pedro no quería que aquello se convirtiese en una apacible velada de salón, la tensión era fundamental para conseguir intimidar a aquel individuo de barrio que parecía sobrellevar la situación con demasiada normalidad.

Hubo un silencio en el que el camarero pareció reflexionar con cautela su siguiente frase.

–No conozco a Jan, te lo juro.

–Hakan, el hombre del paraguas –dijo de repente la mujer, que parecía hablar en inglés mejor que su marido–. Ese lo conoce perfectamente, parece su perro faldero. Cuando aparece por aquí no hace otra cosa que invitarlo en todos los restaurantes de la ciudad y llevarlo de putas.

–¡No, no y no, Elif! –cortó desesperado el tipo a su mujer.

–Sí, Mehmet, sí. No lo defiendas más, este hombre tiene un arma y mira lo que te ha hecho. ¡Ahí dentro están nuestros hijos!

–Nunca sabrán que me lo habéis dicho vosotros. ¿Dónde vive Hakan?

–Búscaló mañana en la estación.

–¿Dónde vive? –Pedro no se podía permitir perder más días.

–En esta misma calle, en el número 87 –Elif parecía tener algo personal contra el tipo del paraguas.



Pedro salió a la calle y anduvo, con precaución de no dar un traspiés, bajo la nevada hasta el número 87. Eran cerca de las dos de la mañana y el asfalto estaba empezando a tomar un cariz complicado para el tráfico vespertino. Pronto empezarían a trabajar las máquinas quitanieves y los camiones de sal. No tardó ni cinco minutos en llegar hasta el portal de Hakan. Aquel era el bastión del clan y el ejército entero debía estar repartido por los bloques de viviendas subvencionadas que rodean la parte sur de la estación de tren. Todos los edificios del barrio eran muy parecidos y se encontraban en el mismo estado de abandono. Por lo visto los traficantes preferían gastarse los réditos de sus actividades delictivas en cosas más interesantes que en mantener en pie sus viviendas. Los portales del barrio estaban casi en su totalidad abiertos ante la ausencia de cerrojo o incluso de la propia puerta en algunas ocasiones. La seguridad debían fiarla a lo improbable de que alguien osara entrar en la barriada a desafiar al sistema.

Subió las sombrías escaleras del edificio donde residían Hakan y su familia y abrió la cerradura de la vivienda con la ganzúa. Lo podría haber hecho sin dificultad con un cortaúñas. Era curioso que uno de los cabecillas del clan viviera aparentemente con la misma humildad que el soldado que acababa de visitar. La distribución de la casa era un calco de la de Mehmed y su familia, por lo que fue a tiro hecho desde la entrada. La luz de la calle entraba con fuerza por las ventanas del salón dando la claridad necesaria al pasillo. Cuando llegó a la habitación de Hakan, observó que dormía acurrucado en posición fetal dando la espalda a su esposa. Esta tenía puesto un antifaz para defenderse de la potente luz procedente de la calle y dormía boca arriba emitiendo un tenue ronquido.

Se acercó hasta el tipo que paseaba el paraguas por la estación, le tapó la boca con la mano izquierda y le puso la Browning P35 en la sien. Este abrió los ojos como platos y se zarandeó en la cama. Pedro le apretó con fuerza la pistola para que notara el cañón con más nitidez y le tapó con más intensidad la boca para evitar los gemidos. El tipo se quedó paralizado enseguida. Pedro contaba con ello, estaba seguro de que no era la primera vez que lo encañonaban e iba a ser consciente de su situación en un segundo. Uno no llega a pasearse por la

estación central de Múnich con un paraguas de bastón y la sonrisa en la boca, mientras el clan se ensucia las manos, sin haber pasado antes por ciertos sinsabores. Trabajar con profesionales facilita las cosas y minimiza los daños colaterales. La mujer hizo una parada en sus ronquidos, le dio un manotazo al marido y giró la cabeza hacia el lado contrario.

Hakan acompañó a Pedro por el pasillo hasta el salón. Había entendido a la perfección las indicaciones de este.

–Perdón por entrar sin llamar, es que a estas horas no me gusta molestar.

–¿Qué quiere, hijo de puta?

–Ah, ¿con qué esas tenemos? Esto no puede tener buen final.

–Le voy a decir cuál es su final, cortado a trozos y alimentando a las truchas en el Isar.

–¿Dónde puedo encontrar a Jan?

–Cerdo estúpido, salga de mi casa y huya muy lejos.

Pedro abrió el mueble que había a su derecha y sacó una botella que tenía dentro la miniatura de una goleta española. Las luces del salón permanecían apagadas pero la luz de la calle entraba con fuerza y se distinguía perfectamente la enseña roja y gualda que hondeaba en popa. Pedro le dio unos golpes medidos con la culata del arma y logró resquebrajar el cristal. Hakan le miraba con las manos atadas a la espalda. Pedro cogió con los guantes la goleta y la observó un minuto. Le recordó a un amigo de su padre que las trabajaba pacientemente cuando él era aún un chaval de segundo o tercero de EGB. Cogió el cuello de la botella y se lo acercó a un centímetro del ojo izquierdo a Hakan amenazándole con rebanarle el cuello si no le decía dónde podía encontrar al maldito holandés. Pero el mafioso ni se inmutó.

Pedro salió de la casa del gánster sobre las tres y se fue directo a casa de Mehmet. Esta vez llamó a la puerta con los nudillos. El camarero del kiosco le hizo pasar a la cocina, donde se estaba tomando un té con su esposa. Habían discutido, eso se palpaba en el ambiente.

–Váyase de esta casa, no es bienvenido –le dijo la esposa.

–Usted conoce a las chicas con las que se divierte Jan cuando viene por aquí, ¿no es verdad? –la pregunta era para Elif.

–¿Por qué le pregunta eso a mi mujer? No se lo pienso consentir.

Ella no respondió, pero Pedro sabía que era verdad. El tono con que lo había comentado en la visita anterior lo dejó claro.

–Me parece que no entendéis nada –dijo Pedro, mostrándoles en el móvil la foto del cuerpo degollado de Hakan.

–Sí las conozco, ¿qué quiere? –la cara de preocupación de Mehmet contrastaba con la de alivio de su mujer.

–Necesito saber ahora mismo dónde vive Jan.

–Tranquilo, una de las chicas con las que más veces se ve es mi prima. Ahora mismo la llamo.

–¿Y qué le vas a decir? Nos vas a delatar –Mehmet sabía que Pedro no les iba a permitir hablar entre ellos en turco.

–Le voy a decir que no tenemos dinero.

El marido se puso colérico por un momento, pero se contuvo y volvió a bajar el tono.

–Todo el mundo va a hablar de ti. Van a decir que eres una fulana y que te vendes por dinero.

–Mehmet, por favor, has visto la foto del móvil. ¿Quieres que te recuerde otra vez que tenemos dos hijos?

–Máteme como hizo con Hakan o haga lo que quiera conmigo, pero yo tengo que salir de la cocina. No puedo escuchar esa conversación.

Pedro lo ató de pies y manos a la cama, cerró la puerta de la habitación y volvió a la cocina con la esposa, que los observaba desde el pasillo. Cerraron la puerta de la cocina y Elif le sirvió una taza de té antes de marcar el número de su prima.

–No hagas teatro, conmigo no, que me dedico a esto.

–¿Cómo lo has sabido? ¿Crees que mi marido lo sabe?

–Por supuesto –la cara de la chica, que no debía de tener más de treinta años, acusó el golpe.

–Vive en un chalet junto al lago Ammersee, en Herrsching. Es un tipo peligroso, tiene dos mayordomos y dos chicas de servicio. Los mayordomos son guardaespaldas, oficiales de la guerra de los Balcanes, según nos cuenta.

–¿Cómo sabes tanto?

–No sigas , por favor.

–Por decirlo de otra manera, ¿cómo sé que no ha cambiado el personal de la casa?

–He estado allí hoy –dijo Elif, tras hacer una pausa y tragar saliva–. Mi prima y yo vamos todas las semanas en las que Jan está en casa. Es un hijo de puta, pero paga muy bien. Mis padres están en una residencia privada en Ankara. Mehmet se niega pagarla y cree que están tirados en su casa muriéndose comidos por las moscas.

A las cuatro de la mañana sonó el teléfono de la casa y Elif salió corriendo hasta el salón para cogerlo. Habló en turco contestando con palabras sueltas, dejó el teléfono sobre la mesa junto al sofá y le dijo con gestos a Pedro que debía marcharse corriendo y ella mientras tanto soltaría a su marido, la llamada era para Mehmet. El ejército se estaba organizando. La muerte de Hakan ya era noticia entre la tropa. Pedro agarró las llaves de un Subaru que había sobre la mesa de la entrada y salió escaleras abajo. Junto al portal había un enjambre de coches aparcados y entre ellos dos Subarus. Se asomó a los dos y solo uno llevaba silla para niños, así que pulsó el botón de la llave y el interior del vehículo se iluminó al tiempo que los cuatro intermitentes parpadeaban. Puso su iPhone sobre el salpicadero y pulsó la opción «cómo llegar» hasta la guarida del tal Jan en Herrsching. La pantalla de su teléfono estaba cuarteada desde hacía un par de años, como en una película de serie B, pero se distinguía perfectamente la ruta que debía seguir para llegar hasta la dirección que le había facilitado Elif.

La autopista estaba en buen estado, pero condujo con cuidado y con la

sensación de que había hecho lo correcto. Matar siempre le suponía un paso atrás en su recuperación del alcoholismo, pero en este caso formaba parte del guion. Era imposible arrancarle información a aquellos tipos a menos que jugara tan duro como ellos. Además el individuo que había asesinado era una sabandija que se dedicaba a destrozarse las vidas de jóvenes despistados que caían en las sucias garras de las drogas.

Aun siendo cierto, todo aquello se lo decía para animarse. Cuando aceptó la misión sabía por experiencia que antes o después tendría que mancharse las manos de sangre. Marcos Bernal presentaba los operativos como asépticos tratamientos que vuelven a su estado natural asuntos que se han desordenado, pero una vez más la sangre en las manos de Pedro volvía a ser el sello de calidad de los encargos que aceptaba de su immaculado socio. Esto para Marcos no eran más que contratiempos surgidos durante el desarrollo que se olvidaban a los cinco minutos, pero para Pedro era mucho más, no tenía superadas sus adicciones y arrebatar una vida le devastaba interiormente y le hacía dudar de su resistencia a volver a la barra del bar de la calle Vizcaya donde había vaciado añadas enteras de coñac.

Decidió no pensar en el asunto y concentrarse en la conducción. Había dejado la autopista y la carretera secundaria por la que circulaba era recta y ancha pero no tenía el firme tan limpio. Le gustaba conducir sobre la nieve, le recordaba a sus años en los Estados Unidos, sobre todo a los primeros, los que pasó en Nueva York y luego en Washington. Los cuatro primeros años al otro lado del charco fueron mejor de lo previsto: consiguió entrar en las Fuerzas Especiales del ejército después de prepararse durante treinta y seis meses, en los que se ganó la vida como repartidor con una bicicleta de montaña por las locas calles del centro de Manhattan. Cuando al fin consiguió su sueño, todo se desmoronó. En el primer año en los equipos de intervención, logró ser el mejor de su promoción en todos los campos, especialmente en el tiro. Pero las tropelías que fueron llevando a cabo en el llamado Eje del Mal le sacó de sus casillas. No fue capaz de asumir tanto asesinato y bombardeo masivo, su cabeza no aguantó aquello y acabó en el servicio de seguridad de la Casa Blanca intentando ocultar su alcoholismo hasta que le pillaron a los tres años. Salió del ejército sin condecoraciones y sin ningún agradecimiento después de jugarse la vida en decenas de ocasiones, no había nada que reprochar, era consciente de que se ganó a pulso aquella despedida. Su sueño se convirtió en pesadilla nada más comenzar.

Siguió por la misma carretera otros diez kilómetros y llegó al pueblo a las seis de la mañana. Aún no había amanecido ni parecía que fuera a hacerlo, pero en las calles se veía algo de movimiento. Alemania madruga. En el centro del núcleo urbano había una cafetería abierta proveyendo de cafeína a los madrugadores de la zona. Pedro pasó de largo con el coche y aparcó en una calle que bajaba hacia un pequeño pantalán en el lago. El lugar era tan perfecto como una maqueta. Había un barco, de los que muestran a los turistas el lago, amarrado al embarcadero y varias barcas volcadas en la orilla. Caminó a paso ligero durante cinco minutos por el paseo del lago siguiendo las indicaciones del mapa de su móvil y llegó hasta la parcela del tratante. Sin duda alguna era esa. Estaba ante la mansión de un mafioso, Pedro tenía suficiente edad como para saber qué cosas no sé pueden comprar con dinero ganado legalmente.

Se detuvo junto a la valla, miró a ambos lados para asegurarse de que nadie lo veía y saltó el muro de piedra. Jamás se lo pensaba, no merecía la pena y solo le podía servir para descubrir peligros que le hiciesen dudar. El día que dudase por primera vez esperaba darse cuenta antes que los demás. Si era así le costaría retirarse del negocio; si no, le costaría la vida.

El crujido de la nieve a cada pisada le preocupaba, pero no había remedio, así que continuó escaleras abajo hasta el gimnasio siguiendo las indicaciones que le había dado Elif. La mujer del camarero le informó además de que el coleccionista hacía sus tablas todas las mañanas. La puerta del gimnasio estaba abierta, entró y se encaramó en una esquina a esperar al propietario de la mansión, que según su plan vespertino estaba a veinte minutos de aparecer. A Pedro se lo llevaban los demonios, no veía el momento de coger por coger del cuello al tal Jan.

—¿Quién es usted y qué demonios hace en mi casa?

—Vamos a tranquilizarnos un poco —dijo Pedro, con voz firme apuntando al tipo con la Browning.

—Baje el arma ahora mismo y márchese de aquí.

—Ponga las manos en su espalda y no se mueva.

—No se imagina el terrible error que está cometiendo.

–Llame a sus hombres y dígales que vayan a comprar el periódico, o lo que le salga de las narices, pero haga que nos dejen solos un rato.

–No hace falta, no hay nadie en casa. Hoy tienen libre hasta las doce.

–Espero que no me esté mintiendo. Aquí tiene una instantánea tomada hace un rato a su amigo Hakan –el tipo tragó saliva al verla–. Como puede comprobar, no bromeo.

–Diga de una vez lo que quiere.

–Quiero el cáliz de doña Urraca, ¿sabe a lo que me refiero?

–Por supuesto que lo sé, soy tratante de arte, pero ¿qué le hace pensar que lo tengo yo?

Pedro metió al holandés en la sauna, se aseguró de dejarlo bien atado y se fue a inspeccionar la casa. Los perros estaban en un recinto vallado, como cada mañana a esa hora, repelando sus platos, en los que no quedaba ni el recuerdo del pienso que les había puesto su amo. Fue una liberación no tener que ocuparse de ellos. El marchante había cumplido con todas sus obligaciones mañaneras. Elif le advirtió que era un tipo ordenado al extremo, tras escribirle en una hoja que arranco de la libreta del colegio de sus hijos el listado de las actividades del mafioso desde que se despertaba. Darle de comer a las mascotas estaba justo antes de la sesión de gimnasio. Ciertamente no parecía haber nadie más en el chalet, lo recorrió habitación por habitación y esquina por esquina. Tampoco dio con ningún espacio cerrado que hubiera servido para almacenar obras de arte.

Cuando volvió al gimnasio sacó a Jan de la sauna y lo llevó hasta el embarcadero. Había una barca de remos con un pequeño motor fueraborda y una lancha de madera, modelo Riva, de las que causaban furor entre el público más selecto del sector en los años ochenta. La mañana era plomiza, había una espesa niebla proveniente del lago que no permitía ver más allá de tres o cuatro metros. Hacía frío, aunque era soportable, especialmente para Pedro, que llevaba puesto un abrigo. El holandés por contra tenía cara de pocos amigos, vestido con la indumentaria para hacer sus ejercicios matutinos al abrigo de la calefacción.

–Bonita mañana, me encantan estos días de invierno.

–Le digo en serio que yo no tengo lo que viene buscando.

–Algo me dice que miente. Quítese los zapatos.

–No puedo, tengo las manos atadas a la espalda, por si no se ha dado cuenta.

–Hasta un niño pequeño sabe quitarse los zapatos sin usar las manos. No me diga que en Holanda no les enseñan.

El tipo se quitó las zapatillas de deporte y pisó la nieve del embarcadero con los calcetines, lo que le hizo fruncir el ceño y achinar los ojos al notar el frío en sus pies.

–Camine por las escaleras hacia el agua.

–¿Es que está loco? ¿Sabe lo que puedo tardar en morir congelado?

–Sí, cinco minutos aproximadamente, pero es algo que va a decidir usted –le informó Pedro al tiempo que lo empujaba a las gélidas aguas del lago.

El individuo dio un salto dentro del agua y se puso en pie. El nivel del lago le cubría por el pecho y el gesto de dolor tensó todos los músculos de su cara. Pedro odiaba a los tipos como aquel. Además de las obras de arte trataba con muchas otras mercancías, droga incluida. La enorme fortuna de esa clase de sujetos, conseguida gracias al sufrimiento de niños y padres que les lloran, era algo que le revolvía las tripas.

–Sáqueme de aquí, por lo que más quiera.

–Le sacaré si me da lo que he venido a buscar. Si no, le haré un favor al mundo y me marcharé por donde he venido sin más.

–No le puedo ayudar. No lo traje para mí, me puede costar la vida.

–A su vida le quedan tres minutos y cuarenta segundos.

–¡Está bien! Está aquí, lo tengo en casa. Ahora sáqueme, por favor.

Pedro se agachó, le alargó la mano y lo subió de un tirón al embarcadero. Sin perder un segundo lo llevó de vuelta al gimnasio, donde el tipo se sentó en la banca de las pesas acurrucado en una toalla y empezó a recuperar el color de su piel, que en cualquier caso era bastante pálida, incluso después de entrar en



calor. Era un individuo muy alto, debía rondar el metro noventa, delgado y rubio, casi albino. Llevaba gafas graduadas y el pelo muy corto, pero abundante. Tras cinco minutos, ya con las manos sueltas, se puso en pie, le quitó el vaho a las gafas con la camiseta de tejido transpirable y cogió un abrigo del perchero. Pedro lo siguió en silencio.

Entraron en la vivienda y bajaron desde la cocina hasta el garaje, que parecía un concesionario de vehículos de lujo. En los trescientos metros de sótano había dos deportivos italianos, un Porsche, un BMW serie siete y dos buguis todo terreno para disfrutar de las pistas forestales. Sin duda el mercadeo de arte dejaba buenos márgenes. El anfitrión abrió un cuadro de fusibles que había en la parte posterior del garaje y puso la huella del dedo índice de su mano izquierda sobre una pequeña pantalla. La pared se desplazó y dejó al descubierto una sala de unos cincuenta metros cuadrados.

–Aquí está toda mi colección de antigüedades.

–Me parece muy bien. ¿Dónde está el cáliz?

–Como le dije, yo no lo tengo, ni lo he tenido. Llévase lo que quiera.

–Vamos a ver si lo entiende. Yo no soy un extorsionador ni un ladrón. Vengo a recuperar la pieza que usted robó de la basílica de León.

–Le juro que yo no he robado ese cáliz. No me mate por favor. Si quiere puedo intentar ayudarle a encontrarlo, pero yo no he tenido nada que ver con eso de lo que me acusa.

Pedro necesitaba reflexionar sobre aquello. Le había enseñado la foto de Hakan degollado y lo había metido en el lago hasta el límite de la hipotermia, el holandés no tenía un pelo de tonto, a estas alturas de la película debía tener claro que Pedro no bromeaba en cuanto a lo que era capaz de hacerle. Y además estaba dispuesto a entregarle toda su colección a cambio de que le dejara en paz. Si tuviera el cáliz, ¿por qué demonios no se lo iba a entregar?

Pedro estuvo tentado de marcharse y olvidar al tratante, pero ¿por qué demonios se iba a salir con la suya? A tipos que habían hecho mucho menos daño al mundo los había mandado al otro barrio sin el menor miramiento y este desgraciado no iba a ser diferente. Se lo llevó hasta el salón de la casa. Lo tiró al suelo y lo pateó con saña, se preocupó de no tocarle la cara por si necesitaban ver a alguien. El holandés se acurruco y vomitó un líquido amarillo. Pedro no era de los que pateaban a bulto como los traperos de León, le encajó una patada en el hígado y otra en la boca del estómago, al menos dos costillas se llevó por delante. Sin dejarle tiempo para respirar lo levantó de los pelos y lo tiró en el sofá que había en la sala donde estaban teniendo la amigable conversación. El tipo se retorció de dolor mientras por las cristaleras se veía cada vez con más nitidez la inmensidad del lago, que parecía no tener costa en el otro extremo.

–Ya ha visto la foto de Hakan, no tengo ganas de perder ni un segundo de mi asquerosa vida respirando el mismo aire que usted. O me dice dónde está la copa o le acribillo aquí mismo.

–No lo haría –el tipo le miraba recostado, pero aún con altivez.

–Puede estar completamente seguro de que sí, nada me produciría más placer que matar a un mafioso de mierda como usted.

–Mida sus palabras, amigo.

Al holandés, a pesar de parecer un tipo inteligente y sagaz, le había fallado el olfato en esta ocasión. Sin duda era una persona despiadada que no estaba en el lugar al que había llegado por casualidad. Se movía en los submundos de la delincuencia organizada como pez en el agua. Eso ya le constaba a Pedro, las dos organizaciones mafiosas que había conocido la última semana, una en León y la otra en la estación central de Múnich, parecían besar el suelo que pisaba. Pero el holandés no había valorado con suficiente cuidado a su rival de esa plomiza mañana.

Los esbirros que tenía contratados como guardaespaldas se movían con sigilo y eran profesionales de primera, pero tenían el defecto de que debían respirar exhalando vaho para sobrevivir, y eso, junto con las huellas que se veían en la nieve desde el ventanal, huellas que no estaban allí antes de que Pedro pateara a su anfitrión, le dio las pistas suficientes al número uno de su promoción en las Fuerzas Especiales. Tras las ufanas palabras en las que el mafioso holandés le emplazaba a que midiera su vocabulario, Pedro sacó la otra Browning que aún no le había enseñado al propietario de la casa y en algo menos de un segundo, tras ver en la cristalera el reflejo de los tipos entrando en el salón, se dio la vuelta e hizo fuego.

El resultado fue el habitual. Pedro disparó las dos armas a la vez y les descerrajó un tiro en mitad de la frente a cada soldado. No fue exactamente igual que otras veces porque uno de ellos resultó ser el tirador más rápido al que se había enfrentado. De hecho llegó a disparar a la vez que Pedro, lo que le dio que pensar, nunca le había pasado. A los dos segundos notó un escozor intenso en el hombro derecho y se dio cuenta de que le sangraba, una bala le había rozado cerca de la clavícula, a cuatro dedos de la yugular. Realmente era bueno el tipo, fue una verdadera lástima tener que matar a aquellos dos trabajadores mientras el miserable de su jefe seguía vivo. Odiaba ese tipo de cosas.

Cogió a Jan de los pelos y lo arrastró hasta la sauna. Buena parte de los peldaños de vuelta al gimnasio los bajó rodando. Se le pasó por la cabeza matar a aquel sádico traficante sin más, pero se contuvo. Una vez en la sauna lo ató a conciencia, intentando hacerle daño con los precintos, y fue a por los cuerpos de los esbirros. Los arrastró hasta el embarcadero y los montó en la barca protegido por la neblina de la espesa mañana, que iba y venía. Cogió varias pesas del gimnasio y las ató a los tobillos de ambos cadáveres, y sin pensárselo dos veces remó hacia la cortina de nubes. Cuando estuvo completamente seguro de que nadie le vería, lanzó los cuerpos al fondo del lago.

Librarse de los fiambres no fue tarea fácil ni liviana, le llevó casi una hora y acabó extenuado, pero eliminar los finados que van quedando por el camino cuando sea posible es algo obligatorio en el oficio, lo saben hasta los becarios.

Remó con el ánimo por los suelos de vuelta a la mansión del tratante holandés ayudándose de la brújula del móvil, la niebla apenas le permitía ver la proa de la pequeña embarcación, que no tendría más de cuatro metros de eslora. Era impresionante la facilidad que tenían las nubes bajas para aparecer y

desaparecer en el Amersee. Oía las paladas contra el agua al tiempo que su mente daba vueltas a la situación. Casi no se podía creer el cariz que estaban tomando los acontecimientos. Se trataba de encontrar una pieza de apenas cuarenta centímetros y estaba precipitándose por una espiral de violencia fuera de cualquier lógica. Nunca había apretado el gatillo tan a la ligera. No estaba teniendo el temple suficiente, parecía como si la siguiente bala fuera a salir de su arma antes de que pudiera pensárselo.

Amarró la barca y volvió hasta el gimnasio. No tenía más remedio que seguir el camino trazado y olvidarse de poner paños calientes a la situación. Desde el momento en que aceptó el encargo sabía lo que iba a pasar; es más, se lo imaginó desde el momento en que vio el nombre de Marcos Bernal en la pantalla de su móvil en el Coto. Por mucho que le costara sobrellevarlo, de Pedro Iniesta solo se acuerda el mundo cuando hay que ensuciarse las manos y el alma.

Marcos Bernal debía estar ya en sus oficinas en Londres. Era hora de llamar a su socio.

–Vamos a subir a su despacho si no le importa.

–Por lo menos me podría dejar ir al baño.

–Claro, sígame.

El tipo siguió a Pedro por el jardín de la casa, que estaba totalmente cubierto de nieve, hasta el embarcadero. Pedro llevaba puesto un abrigo, pero su anfitrión solo llevaba puesto un pantalón de chándal, una camiseta de tirantes y unas deportivas, al menos en esta ocasión iba calzado. Le soltó las manos y le llevó a la orilla del lago. Al ver las gélidas aguas se le cambió la cara, debía tener muy presente el reciente chapuzón. No tardaron demasiado en volver al interior de la casa.

–¿Y ahora qué demonios quiere?

–Conecte Skype y busque la siguiente dirección que le voy a dar.

–¿Sabe usted el lío en el que se está metiendo?

–Sí, pero si quiere, acabamos ya. Deme el Santo Grial y desapareceré de su vida para siempre.

–O me pegará un tiro como ha hecho con mis hombres.

–Hola –el saludo en perfecto inglés de Marcos Bernal se coló en la animada conversación.

–Buenos días, Marcos, tengo a Jan a mi lado.

–Me lo imaginaba, aunque me aparece con otro nombre en la pantalla.

–Me dijiste que cuando estuviera con él te llamara.

–Sí. Vamos a ver. Dígame por favor si los datos que aparecen al pie de la página son los de sus cuentas en Suiza –preguntó Marcos.

–Sí, esos son –dijo de mala gana el mafioso tras leer el mensaje.

–Muy bien. He hecho una investigación de cuentas y bienes en paraísos fiscales y he encontrado algunas coincidencias. Escríbame las claves y los códigos encriptados de las cuentas que le voy a remitir en un momento.

Marcos tecleó en su ordenador mientras Pedro y el mafioso permanecían mirando la pantalla y esperando a que entrara el mensaje en el cuadro de diálogo. En Londres era una hora más temprano y el ventanal tras la mesa de Marcos Bernal estaba totalmente a oscuras. El ordenador del tratante emitió un doble pitido y apareció el mensaje en pantalla. No consistía en un par de renglones como el anterior, sino que se trataba de un listado que no cabía en el monitor.

–Pedro, ocúpate de que vaya escribiendo todas las claves y los códigos y luego me los mandas. Voy a ir averiguando cosas y volvemos a hablar en un rato.

El tipo escribió sin necesidad de que Pedro siguiera amenazándole; parecía como si se hubiera dado por vencido. Cuando se hallaba a la mitad, levantó la cabeza y miró a Pedro a los ojos.

–No tengo el cáliz.

–Siga escribiendo, luego hablaremos de eso.

–Se lo juro. ¿Qué me van a hacer?

–Siga escribiendo y no juegue con mi paciencia, que ya ha comprobado que no tengo.

Cuando acabó le mandaron el archivo a Marcos, y este les llamó.

–Imagino que ya sabe lo que hay –dijo Marcos desde la pantalla.

–No.

–Tengo unos buenos amigos en Europol que se lo pasarán muy bien con toda esta información. No sé cómo son las cárceles en Holanda, pero imagino que más incómodas que sus mansiones, así que creo que nos vamos a entender.

–¿A entender en qué?

–No me haga empezar por el principio cada vez, no tenemos tanto tiempo. Pedro le va a soltar las manos de nuevo y van a traer el Santo Grial de vuelta a León antes de una semana o voy a tener que lanzar estos datos por correo electrónico.

–Le acabo de decir a su compañero que yo no tengo el cáliz, se lo juro.

–Pues ya sabe, búsquelo. Y no haga tonterías. Si Pedro muere, me da exactamente igual, y si usted muere, también. Si el cáliz no está en León antes del viernes, prepárese para entrar en prisión y malvivir el resto de su vida.

Marcos y Pedro sabían que este tipo de personas sin familia solo tienen aprecio a sus posesiones, su dinero y su estatus. Difícilmente renunciaría a todo eso. Así que poco más podía hacer Pedro en aquella casa. Recuperó el Subaru y se fue hasta Austria a coger un vuelo de regreso a España.

Luis recogió a Marisa y salieron hacia Madrid. El ambiente en el coche del ecónomo era un tanto gris. El tiempo se acababa y seguían jugando con el futuro de sus vidas pendientes de una llamada de Pedro Iniesta o de Marcos Bernal, al que verían en un rato. Mientras tanto, asistirían a una fiesta organizada por el Ministerio de Cultura en la que pretendían dar a conocer al mundo el hallazgo acaecido en la biblioteca de El Cairo. El equipo que había realizado el concienzudo estudio durante dos años lo expondría para la prensa y el mundo del turismo. Había llegado la hora de empezar con la campaña de promoción que lanzaría a León a las primeras páginas de los catálogos internacionales. La idea del macro negocio que un asunto como el Santo Grial podía atraer hasta la maltrecha economía española era algo que ninguna administración se quería perder. Los codazos para salir en la foto iban a ser de aúpa.

Los entes locales llevaban meses poniendo toda la carne en el asador, el Ayuntamiento de León, la Comunidad Autónoma de Castilla León y la Diputación se habían estado moviendo en función de sus posibilidades desde el momento que se conoció la noticia. Los medios de que disponían las instituciones más próximas estaban muy lejos de la maquinaria que movía el Estado central, y los recelos tanto de Luis como de Marisa eran su tema de conversación más recurrente junto con la obviedad de que todo aquello se estaba sosteniendo sobre la hipótesis de que el cáliz aparecería antes de que se llegara a descubrir la grave situación en la que se hallaban.

–¿Cómo está Rosita?

–Lleva tres noches que no nos deja pegar ojo.

–Ya lo sé, estuve en tu casa ayer. ¿O es que ya no te acuerdas? Digo de los mocos.

–Mejor, aunque creo que es por eso que no nos deja dormir.

–¿Vamos a parar a por un café en Benavente?

–Pero si acabamos de salir.

–Por favor –le rogó la historiadora.

–Tú lo que quieres es que pare para coger el coche.

Tomaron el café en la estación de servicio de costumbre y reiniciaron el camino hacia Madrid. Ciento treinta kilómetros tenía el Seat León de Luis. Era el primer viaje que hacía el coche, lo había recogido el lunes, en mitad del caos, después de dos meses de espera, y Marisa estaba loca por conducirlo. Al principio se le hizo extraño el cambio automático, pero rápidamente se adaptó, y a los cinco minutos empezó a jugar con el cambio secuencial. Luis la miraba de reojo con cara de desaprobación, pero la historiadora estaba disfrutando como un niño con un juguete nuevo. Fue ella la que le insistió para que se comprara ese coche. Sonó un pitido y Marisa tuvo que tranquilizar a Luis y explicarle que era el aviso de la zona de radar. Conducir aquellos kilómetros le sirvió para tranquilizarse después de la semana de tensión que llevaba y que tenía visos de no acabar.

Entraron a Madrid por la calle de la Princesa y bajaron por la plaza de España hasta Bailén. La presentación era en el Palacio Real y no se había escatimado ni un detalle. Marisa se puso los tacones en el aparcamiento y tiró de la falda de tubo negra hacia abajo hasta que consiguió eliminar todas las arrugas de su traje recién comprado. Se puso su abrigo oscuro y salió junto a Luis camino del Palacio mientras este se ajustaba la pajarita del esmoquin.

Llegaron a la puerta de carruajes de palacio a las ocho de la noche, se acreditaron en la entrada y pasaron de puntillas por el *photocall*. Entraron al salón más grande en el que había estado la historiadora en toda su vida y comprobaron que eran casi los últimos en llegar. Marisa no se podía quitar de la cabeza la idea de que eran unos impostores estafando a aquellas personas que hablaban en corros a la espera de que se apagasen las lámparas de cristal tallado y comenzase el acto; se estaba empezando a montar un revuelo imparable alrededor de una farsa. Porque hasta que apareciese el cáliz de vuelta en la colegiata todo aquello no era más que una comedia sin argumento.

En la parte posterior del salón divisaron al abad conversando distraídamente con el resto de la curia. Le costaba horrores concebir el papel de don Lorenzo. De no estar en aquella situación jamás hubiese sospechado que el abad sería



capaz de sustentar algo semejante, y más aún con la entereza con que lo estaba haciendo.

–Hombre, por fin llegan los protagonistas –les dijo Marcos Bernal al verles entrar, al tiempo que ofrecía una copa de vino blanco a Marisa.

–¿Protagonistas? No creo que sepa nadie quién somos –dijo esta, aceptando la copa.

–Está siendo todo un acontecimiento a nivel internacional, no paran de preguntarnos por el asunto desde todo tipo de instituciones y organismos.

–¿Y por qué os preguntan precisamente a vosotros? –inquirió Luis.

–Luis, vete a por una copa de vino y relájate que te va a venir muy bien –paró Marisa en seco la trifulca.

–¿Qué le pasa?

–Lo mismo que a mí, que estamos muy asustados con todo este asunto.

–No os preocupéis, que nadie os va a mover la silla.

–No, qué va, ese no es el tema que nos preocupa. Me refiero a lo otro –le dijo moviendo un dedo tras otro desde el meñique hasta el índice a modo de abanico.

–Aún es pronto para ponerse nervioso, solo llevamos dos días buscando. No te preocupes, que aparecerá.

Para Marcos Bernal todo aquello era mucho menos preocupante que para Marisa, al fin y al cabo él solo se jugaba unos dólares, pero Marisa y Luis se jugaban sus carreras y tal vez ir a la cárcel.

La iluminación de la sala se modificó gradualmente dando más brillo al estrado y restándoselo al resto. El personal se trasladó hasta la bancada para asistir a las explicaciones del grupo que había descubierto los secretos que encerraba el cáliz de doña Urraca. Marisa subió a la mesa del estrado junto a los dos profesores universitarios y fue la primera en hablar. De fondo se proyectó una visita por la basílica como la que guiaba ella cada día, y mientras discurrían las imágenes con música medieval sonando a un volumen prácticamente

imperceptible, Marisa iba desgranando los secretos de San Isidoro a los asistentes.

Durante la presentación se oyó algún murmullo entre el público hasta que se llegó a la parte referida al Santo Grial. En ese momento, la estupefacción de todos ante los detalles en los que iba entrando la historiadora para no dejar dudas con respecto a la autenticidad de la pieza creó un silencio sepulcral en el Palacio. Cuando terminó con su alocución le dio el turno de palabra a la profesora titular del Departamento de Medieval de la Facultad de Historia, pero no le fue fácil hacerlo, el aplauso fue atronador y sus palabras de presentación apenas se oyeron. La profesora tuvo que esperar casi cinco minutos antes de comenzar; parecía que estuviesen al otro lado de la plaza de Oriente.

Los profesores universitarios explicaron a los conmovidos oyentes la sorpresa que ellos mismos se llevaron al leer los pergaminos de la Biblioteca Nacional de El Cairo. No andaban buscando el Santo Grial ni nada que tuviera que ver con ello, pero como ha sucedido en tantas ocasiones, la capacidad del destino para sorprender es superior a la imaginación del ser humano. Tras algo más de hora y media de disertación, acabó la parte académica del acto y los contertulios abandonaron el atril y se mezclaron con el resto de invitados. Los tres intervinientes casi no pudieron bajar del estrado, pues los periodistas acreditados y buena parte de los invitados los rodearon en busca de respuestas a la increíble historia que acababan de escuchar.

Marisa tenía tantas personas a su alrededor como los profesores universitarios. La mayoría de preguntas que le hicieron eran referentes al tamaño y las incrustaciones del cáliz. Le resultó descorazonador la falta de interés por la historia de este país, con un poco de desparpajo en cualquier momento caía la pregunta de «¿Cuánto podría costar la pieza en Tiffany's?», qué horror. Había una imagen del cáliz a tamaño gigante colgada de una de las paredes y se valió de ella para explicarse mientras en su interior daba gracias a Dios por haber organizado el acto y las imágenes antes de que desapareciera la dichosa copa. En mitad del bullicio divisó la frente despejada de Juan Enrique, que estaba hablando con Luis. La imagen del abogado la tranquilizó, se le escapó un suspiro que no pudo ni quiso contener mientras describía con esmero las incrustaciones que encargó doña Urraca, hija de los primeros reyes de León, a los orfebres del Reino para el cáliz, allá por el año 1050.

Marisa, en su última visita a Murcia, no aguantó más la tensión y le pidió

auxilio a su padre, las presiones en busca de hacerse con los derechos del cáliz iban a ser cada vez más virulentas y necesitaban buscar un buen asesor legal para intentar detener los juegos de poder que se abalanzarían sobre la preciada reliquia. Su padre la puso en contacto con su buen amigo Juan Enrique Martínez. La acompañó hasta el bufete de este en las Cuatro Esquinas de Murcia. El letrado, según su padre, era el negociador más duro con el que se podía encontrar cualquier oponente en una negociación o en la sala de un juzgado. Cuando salieron del despacho del abogado en Murcia, Marisa estaba un tanto desconcertada. Necesitaba oír palabras de apoyo que no escuchó, no era el estilo de Juan Enrique. El abogado le dejó claro que estaban ante un asunto que debían tomarse muy en serio y que nada volvería a ser lo mismo en el entorno del Cabildo a partir del hallazgo. «Qué poco se equivocó y qué lentos estuvimos», se dijo al recordar la advertencia del letrado, que como guinda del pastel les presentó a Marcos Bernal. Si el Santo Grial volvía a la colegiata algún día, no habría forma humana de agradecerse al abogado murciano.

–Buenas noches, ya veo que os habéis conocido vosotros solos.

–Sí, de casualidad, nos estábamos peleando por un canapé –bromeó Juan Enrique tras saludar a la historiadora cariñosamente.

–Al final has podido venir. No sabes cuánto me alegro.

–Y yo –apuntó Luis, que parecía necesitar algo de apoyo ante tanto extraño.

–Por supuesto que he venido, esto no me lo perdía de ningún modo. No he podido escuchar toda tu intervención, pero lo que he escuchado de los profesores ha sido muy interesante.

–Cuánto honor –Marcos Bernal venía de la zona de la bancada y se aproximó hasta el abogado.

–Hombre, Marcos, se me hace raro verte aquí en España.

–La ocasión lo merece.

–¿Qué tal la familia?

–Allí se han quedado, en Chelsea, pasadas por agua.

–Buenas noches, Marisa, ¿verdad? –de pronto se unió al grupo cortando la conversación el jefe de protocolo del Ministerio de Cultura.

–Sí, en efecto, ya nos conocimos en la reunión de los preparativos.

–Eso es, allí en León. Y usted es Luis.

–Correcto.

–Juan Enrique Martínez, encantado –se presentó el abogado.

–Es un placer –respondió el funcionario.

–Marcos Bernal. Un placer.

–Igualmente. El ministro querría hablar unas breves palabras con ustedes. ¿Me pueden acompañar? –les indicó el jefe de protocolo cuando acabó con las inevitables presentaciones.

Ahora sí que agradecía Marisa que Juan Enrique estuviera con ellos. Siguieron al funcionario hasta un reducido grupo que estaba en la parte izquierda de la sala y se saludaron ceremoniosamente. En el grupo estaba el abad, un representante de la Nunciatura y el ministro de Cultura junto a una asesora. Tras felicitar el jefe de la cartera de Cultura a Marisa por su alocución y escuchar un par de intervenciones un tanto atolondradas del jefe de protocolo, haciendo referencia al éxito del acto, el ministro entró en la parte más gruesa del asunto.

El titular de la cartera de Cultura tenía fama de abordar los asuntos por la parte más beligerante. Era como si tuviera prisa por derribar los obstáculos a fin de proseguir luego el desarrollo de los temas con el camino despejado. Esa forma de actuar había llevado a las calles del país a una infinidad de alumnos y docentes en pie de guerra.

–Ninguno de los aquí presentes somos ajenos a que el reino de León está en la génesis de la creación de España como hoy la conocemos –el ministro no tenía un pelo de tonto.

–Le pondría un sobresaliente a esa afirmación –Marisa no tuvo más remedio que apuntar el comentario, ya que la miraba directamente a los ojos.

–Y la Basílica de San Isidoro era ni más ni menos que la residencia oficial de los reyes de León.

–Exacto, la Corte.

–Ve ya por dónde voy.

–No –respondió en este caso el abad.

–El Santo Grial es con diferencia la reliquia más venerada del catolicismo y de varias religiones más.

–Eso no tiene duda –apuntó el religioso.

–Entonces estamos de acuerdo en que puede haber una demanda de visitantes desorbitada en cuanto se le dé el relieve que requiere al asunto.

–Y entre otras cosas para eso estamos aquí –dijo Luis, que hasta ese momento había sido un discreto espectador.

–Pues bien, como les decía, es una reliquia que debe estar en la capital del reino.

El ministro lo dejó caer como el que deja caer una bomba y dio un trago a su copa de vino blanco. Sabían que antes o después alguien diría algo así, pero Marisa no acertaba a dar crédito a esa forma tan imprudente por parte del ministro de anunciar sus intenciones. La dejó más preocupada aún, esa forma de actuar es propia de quien tiene la sartén bien agarrada por el mango, se le hizo un nudo todavía más grande del que ya tenía en el estómago.

–Y no creo que sea muy sencillo desplazar la capital de España hasta León en este momento.

–Desde luego, parece que a Mahoma le va a costar ir hasta la montaña –dijo sonriendo el jefe de protocolo.

–Veo que le gusta la historia, señor ministro –intervino Juan Enrique con su tono sosegado de voz.

–Sí, me encanta. ¿Y a usted?

–También. ¿Sabe desde cuándo existe la propiedad privada en este país?

–¿Vamos a empezar con tecnicismos a estas alturas?

–Por mí, no. Pero como veamos alguna maniobra propia del siglo xi, vamos a tener que recurrir a la justicia del siglo xxi.

–¿Me está amenazando?

–En absoluto, no creo que nadie en su sano juicio planeara hacer una maniobra del siglo xi en nuestros tiempos, y menos un ministro de Cultura.

–Señores, ha sido un placer, pero mi agenda no me permite prolongar esta amena conversación.

El ministro salió despavorido, tras el rechazo del abogado, dejando tras de sí un cierto aroma de batalla pendiente. La fiesta ya no duró mucho más para Marisa y el ecónomo, que se empeñó en volver a León esa misma noche.

Al día siguiente Marisa terminó la visita guiada a la una de la tarde como de costumbre. Le extrañó no ver a Luis en su despacho en toda la mañana. Tras intentarlo varias veces más, consiguió dar con él por WhatsApp y quedó para tomar un vino en el Pajarín. Cuando Luis llegó la historiadora ya iba por su segundo tinto. Venía acompañado por su mujer y Rosita, que se negaba a quedarse en la silleta.

–¡Qué alegría! Anda, déjamela, que no me extraña que llore, menuda forma de cogerla.

–Ya ves, parece como si no fuera su hija, ni lo conoce.

Marisa le arrebató el bebé de las manos a su compañero y este se fue directamente al baño. Su mujer pidió dos tintos y se comió en menos de un minuto todas las patatas fritas que había en plato junto a la copa de Marisa.

–Joder, estaba hipoglucémica, la mañana que me ha dado Luis.

–Mira qué niña más guapa, ¿le damos una patata?

–Déjate, mira a ver si nos calientan esto y le damos un poco de bibi, que no ha probado ni gota.

–Ahora mismo. Por cierto, ¿dónde habéis estado metidos? Llevo horas llamándoos.

–Espera que venga Luis, que te lo quiere contar él –a Marisa se le encogió el corazón, estaba muy sensibilizada con su futuro y sabía que esto tendría algo que ver.

El agua caliente para mezclar el biberón llegó antes que Luis, al que vieron salir a la puerta del bar encendiéndose un cigarrillo. Rosita se enganchó con saña a la tetina y la madre se acabó su copa de tinto y la de su marido antes de que este se terminara su segundo cigarrillo. Luis entró y puso al día a Marisa en dos minutos: venían de notarías, de hacer capitulaciones matrimoniales y de poner el pequeño patrimonio que tenían a nombre de su mujer.

–¿Cómo funciona lo del alzamiento de bienes? –preguntó Marisa. No sabía una palabra de derecho, pero lo había oído nombrar.

–Buena pregunta, pero qué vamos a hacer, aún no sabemos si vamos a tener responsabilidad civil, y de momento es lo mejor que se nos ha ocurrido.

–Luis, ¿qué es eso del alzamiento de bienes? –el tono de su mujer era contenido pero seco.

–Ocultar bienes a nombre de otro ante una posible responsabilidad pecuniaria.

–O sea, que vamos a acabar en la cárcel.

–Y yo qué sé.

–Pero Luis, qué huevos tienes, cómo le dices eso a tu mujer. Qué vais a acabar en la cárcel –Marisa no estaba muy segura de sonar convincente.

–No te preocupes, cielo –tranquilizó Rosa a la historiadora, mientras le atacaba a la tercera copa de vino–, ya no me asusto por nada.

Rosa, Luis y Rosita se marcharon cuando la madre se terminó la tercera

copa. Luis salió delante, con un cigarrillo en los labios y el mechero en la mano, y el resto de su familia le siguió camino de las gélidas calles del centro de León. Marisa pidió media botella de vino y comió en la barra. Antes de la llegada de sus amigos estaba algo confusa, pero el rato que pasó con ellos acabó con su confusión y la puso delante de su cada vez menos incierta realidad: o se arreglaban las cosas con un golpe de suerte del tal Iniesta o su vida iba a dar un vuelco de 180 grados, de eso ya no quedaba duda.

Casi no tocó la botella de vino. Ni siquiera le apetecía emborracharse, así que se puso el abrigo, salió del bar y caminó con paso tranquilo hasta el parque. Se sentó en una de las mesas del kiosco, debajo de una seta incandescente que se ocupaba de convertir en un lugar habitable la terraza, y pidió un café. Parecía querer disfrutar de sus últimas horas en libertad. Estuvo allí abstraída de todo cerca de dos horas. Cuando la noche ya había caído completamente sobre Castilla, se levantó de la silla de Estrella de Levante con el culo hecho un cuadro y se marchó camino de casa. Un ruidoso grupo de chicos y no tan chicos la precedía a la salida de los jardines. Los focos de las pistas de deporte iluminaban la parte norte del parque y el grupo repasaba las jugadas del partido que acababan de jugar, ayudándose de todo tipo de aspavientos. Por lo visto habían empatado al final del partido y estaban haciendo cuentas por si les valía el punto para seguir terceros en una de las liguillas de aficionados del Ayuntamiento. No es que le interesase en absoluto a la historiadora, pero lo vociferaban con tal ímpetu que debía estar enterándose medio León.

Marisa se sabía todo aquello de memoria. Ibón, uno de los jardineros del Cabildo formaba parte del equipo y la había aburrido muchas mañanas contándole los partidos de la liguilla. A Marisa le sonaba a chino pero su compañero le ponía tanto ímpetu que le parecía una crueldad dejarle con la palabra en la boca.

Ibón iba en mitad del grupo participando de la airada conversación. El grupo se desperdigó y Marisa siguió los pasos de su compañero. De pronto se dio cuenta de que había ido hasta allí para verlo. Su cabeza parecía no regir correctamente, o a lo mejor ahora era cuando empezaba a llevarla por la senda adecuada. Se paró y se dio la vuelta, esa no era ella. Ibón no era un niño ni mucho menos, tenía veintiocho años, lo sabía perfectamente, habían hablado mil veces, e incluso Marisa fue paño de lágrimas de este cuando su novia lo abandonó tres meses antes de pasar por la vicaría. Pero qué era lo que pretendía siguiéndolo, ¿liarse con él? No era capaz de responderse a la pregunta.



–¿Ahora te vas a dar la vuelta?

–¿Cómo?

–A ver si te crees que no te he visto, Sherlock.

–No sé, te iba a saludar pero luego he pensado que ya te vería mañana, que era una tontería.

Ibón apenas la dejó terminar de hablar, la agarró por detrás del cuello y la besó en los labios. Marisa lo agarró con fuerza y no le dejó que se separase de ella. Lo besó en la cara y en el cuello y otra vez en los labios. Este la abrazó y la volvió a besar. Siguieron andando en silencio hasta la siguiente esquina y se volvieron a besar, esta vez durante un par de minutos, en los que Marisa notó las heladas manos de Ibón recorriendo su cuerpo y provocándole escalofríos. Sintió un instante de inseguridad cuando este le metió sus frías manos dentro de la copa del sujetador y le agarró las tetas. «¿Serían cómo él las esperaba?». Conocía a la ex de Ibón, con la que además había coincidido más veces de las que le hubiera gustado en el vestuario del gimnasio Atenas, y sabía que en eso tenía la guerra perdida. Repitieron la escena en casi todos los portales que se fueron encontrando hasta casa de Marisa. Por suerte era tarde y el frío no animaba a nadie a estar en la calle, o al menos eso pensó Marisa, a la que de todas maneras no conocía prácticamente nadie en León.

La historiadora abrió los ojos a las 3:38 de la madrugada, según su despertador del Neandertal de la mesita de noche. Estaba boca arriba tapada hasta el cuello y totalmente desnuda. Había decidido no ponerse el camisón cuando su compañero de trabajo, en su más amplia expresión, se quedó dormido tras hacer el amor durante más de una hora. Por suerte Ibón seguía durmiendo y la habitación estaba a oscuras porque la mueca de sonrisa que debía tener en su cara le habría hecho avergonzarse.

Intentó aguantar sin dormirse durante un rato. Esta vez se negó a pensar en la encrucijada que tenía en su vida y se dedicó a repasar la tarde que había pasado como una quinceañera de portal en portal con Ibón hasta que terminaron en su cama.

Había fantaseado muchas veces con lo que acababa de suceder, pero lo que

no había calculado era lo que se estaba perdiendo, fue la experiencia sexual más salvaje que había tenido en su vida; era como si todo lo que tenía que pasarle en la vida le fuera a suceder en aquel otoño. Ya tenía el recuerdo con el que consolar sus noches en la celda. En cuanto vislumbró los fríos barrotes en su mente se dio la vuelta y detuvo su imaginación. No estaba dispuesta a ensombrecer aquella noche. Quería un recuerdo perfecto de toda ella, lo necesitaba.

Por la mañana le esperaba un día complicado, el riesgo de que se descubriera la situación en el Cabildo pendía sobre su cabeza como la espada de Damocles y ahora además se encontraría por los pasillos al joven que dormía junto a ella. En otra situación estaría horrorizada ante la perspectiva de ver a Ibón a la luz del día, pero sus problemas eran mucho más serios y estaba empezando a fantasear con llamarlo a su despacho en cuanto tuviese la primera oportunidad.

Definitivamente necesitaba dormir.

Por la mañana en la sala de juntas del Cabildo el aire se podía cortar con un cuchillo. Marisa y Luis, junto a Marcos Bernal y Pedro Iniesta, aguardaban en silencio a que el abad, sentado en el extremo de la mesa, terminase con sus oraciones. La reunión la había convocado el abad, que finalmente pareció decidirse a coger el timón.

–Es un placer que nos acompañen en esta preciosa mañana preclara.

–El placer es nuestro –se adelantó Marcos.

–Como todos los aquí presentes conocemos, nos falta una de nuestras más preciadas reliquias. Os pido desde lo más profundo de mi ser que deis sosiego a las ansias del corazón y seáis capaces de reflexionar, a pesar de vuestra juventud impetuosa.

–Obviamente no has hecho venir a estos señores desde tan lejos para confesarlos –Luis no sonó cortante sino considerado para con Pedro y Marcos.

–Obviamente no, pero como el más anciano de la reunión quiero que antes de nada seamos capaces de relativizar las cosas. Todo tiene un límite y cuando terminéis con la búsqueda, si no ha aparecido el cáliz, lo pondremos en conocimiento de las autoridades. Creo que es lo mejor.

–¿Y cómo sabremos cuándo está terminada la búsqueda? –preguntó Luis, único interlocutor que se atrevía a terciar con el abad, que infundía un gran respeto al resto de asistentes a la reunión. Luis era su sobrino y prohijado, no era de extrañar que en León se especulara con otro tipo de parentesco más próximo entre ambos.

–¿Qué tenemos hasta ahora? –quiso saber el abad.

Marcos abrió la carpeta de cuero que había dejado sobre la mesa y sacó varios folios escritos a ordenador. Eran extractos bancarios.

–Hemos dado con la persona que supuestamente sacó de aquí el cáliz, pero no hemos sido capaces de hacer que nos lo devuelva. De hecho aún no sabemos a ciencia cierta si todavía lo tiene en su poder.

–Sí, ya me han informado de que es el tal Jan, aquel a quien le compramos los retablos en la reforma a través del constructor de Salamanca. Lo vi un día de lejos y no me dio buena espina.

–Exacto, ese es –dijo Marcos–. Pedro le ha hecho una visita pero parece un tipo duro de pelar.

–Por aportar mi opinión, el holandés no tiene el cáliz.

–¿Cómo? –dijo Luis sorprendido ante la afirmación de Pedro.

–Es posible que lo robara, pero ni lo tiene ni sabe dónde está. Nadie miente en un lago helado a punto de la hipotermia.

–Pues si no lo tiene, se lo habrá vendido a alguien –intervino Marisa.

–Pero no necesariamente tiene por qué saber a quién –la cortó Marcos–. Las transacciones de *comodities* y artículos ilegales muchas veces van cifradas.

–No creo que este caso vayan cifradas. Esto no es la City londinense, Marcos –terció Marisa, que parecía molesta–. Aunque sí que es probable que no conozca al comprador, eso es más habitual.

–Jóvenes, ahora si no os importa me voy a marchar. Ha sido un placer pasar este rato con vosotros.

«Dos semanas», fue lo último que dijo el abad antes de cerrar la puerta.

–¿Y ahora qué hacemos? –preguntó Luis mirando a Marcos.

–Ahora toca seguir buscando, y vosotros no alteréis vuestra vida, actuad como si nada pasara.

Tras la sentencia de Marcos se levantó y salieron Pedro y él al frío de la plaza, cabizbajos y pensativos. Entraron en la cafetería de cabecera de Pedro, pidieron un par de cafés solos y se sentaron en una de las mesas del fondo en

silencio. Pedro no paraba de darle vueltas a los días que había pasado en el extranjero, y por más veces que lo pensaba no lograba encontrar algo que pudiera darle el pie para seguir alguna pista. Se abrió la puerta de la cafetería y entró Luis con Marisa tras él. Iban en busca de Marcos y de Pedro, de eso no cabía duda. Luis llevaba en la mano derecha los extractos del banco que Marcos había dejado sobre la mesa de la reunión. Se sentaron en sendos taburetes frente a ellos y Luis señaló una transacción que tenía subrayada con amarillo fluorescente. El folio estaba lleno de transacciones de bastante importe y esa en concreto era de las más discretas; además era un pago realizado por Jan, por lo que difícilmente podía explicar la venta del cáliz.

–A este lo conozco, menudo hijo de puta es –dijo Luis, intentando que la conversación no llegase más allá de la mesa.

–Es un tratante gallego, como los que conociste en el polígono de la ITV –apuntó Marisa dirigiéndose a Pedro –, socio en muchos trapicheos con el constructor de Salamanca.

–¿Sabéis dónde lo podemos encontrar? –preguntó Marcos.

–Desvalijando alguna iglesia por la Galicia rural, y de noche no suele fallar en los garitos de neones por los polígonos de Vigo –contestó el ecónomo.

–Ya tardamos –dijo Pedro dejando cuatro euros sobre la mesa en dos doblones y poniéndose el abrigo mientras se levantaba del taburete.

–Venga, llamaré desde el camino para organizar mi sustitución en la visita guiada de hoy –Marisa no ocultaba su excitación.

–Tranquilos, a Galicia vamos Luis y yo. El resto que siga con lo suyo y ya os daremos el parte.

–Ni de broma –el tiburón de la City quería acción.

–Olvídate, Marcos, te necesito en tu despacho coordinando. Ahora mismo eres más útil en Londres que aquí.

Pedro estaba al mando y sabía que Marcos le obedecería. No era de fiar en la vida civil, pero cuando estaba en un operativo su cabeza era la que mejor dirigía la orquesta, y solo había una cosa que le gustaba más a Marcos que meterse en

arriesgados berenjenales: resolver las misiones, cobrar la recompensa y dejarle claro a sus clientes a quién debían llamar a la próxima.

–¿Pero vosotros a qué vais a Galicia, de putas?

–¿A qué viene eso? –preguntó Luis mirando desconcertado a Marisa.

–Pero es que no habéis visto la réplica de cáliz que hay en la vitrina de la colegiata en este momento. ¿Me queréis hacer pensar que lo distinguís del original?

–Se viene –sentenció Pedro.

Salieron hacia Galicia en el coche de Luis. Marisa era buena conductora y le atizaba con decisión al acelerador. Luis, por su parte, se pasó la primera parte del viaje leyéndose el manual de instrucciones de su flamante Seat León. Cada cinco minutos ponía a prueba a Marisa con preguntas sobre el vehículo. No estaba mal como terapia para olvidar un poco la tensión del asunto. El día era frío pero despejado, lo que se agradecía para viajar hasta Vigo. En unas horas, cuando la noche estuviese bien cerrada, les tocaría bajar las curvas de la autovía que entra en la ciudad portuaria, y no era lo más recomendable encarar el trance con el piso mojado.

–Me cago en la puta, la niña.

–¿La niña, qué?

–Las cinco y media, tengo que llamar echando hostias a Rosa, la guardería cierra a las cinco.

–No te preocupes, te llamarán a ti o la madre. No la van a dejar en la calle tirada –saltó Pedro desde el asiento trasero para tranquilizar al ecónomo, que parecía llevar fuera de sí demasiado tiempo.

–No me fío un pelo. ¿Y a ti qué te pasa Marisa, estás tan enchochada con el coche que no me has oído o qué?

–¿Te ha llamado Rosa a la hora de comer?

–No.

–¿Y tú dónde comes normalmente?

–En casa.

–¿Has avisado de que hoy no ibas?

–Pues no.

–¡Que ya ha avisado Marisa! –intervino Pedro, que vio al ocupante del asiento del copiloto demasiado espeso.

–Si es que te tengo que querer, cabrona.

–Sí, vale, vale, pero guárdate esos besos para Rosa, a ver si además nos vamos a matar.

Poco antes de llegar a Vigo pararon en una gasolinera y Luis se puso al volante. Menos mal que estaban cerca de su destino, pensó Pedro al ver cómo el ecónomo agarraba con fuerza el volante y se encorvaba sobre él. Tenía la cara casi pegada al parabrisas delantero. No les quedaban demasiados kilómetros, pero eran los más peligrosos. Los camiones les adelantaban arrinconándoles en el carril de la derecha, y ante esto Luis bajaba cada vez más la velocidad y complicaba más aún la situación. Con un poco de suerte acabarían en el arcén. El cambio de conductor había sido muy mala idea.

A cinco kilómetros de Vigo salieron de la autovía camino de un polígono industrial. En la entrada del polígono había una gran rotonda que distribuía el tráfico a las diferentes arterias iluminadas con farolas de luz blanca. Había movimiento, sobre todo de vehículos pesados. Algunas naves estaban cerradas esperando a que dieran las cinco o las seis de la mañana para abrir y otras estaban cerradas esperando a un aventurero que se atreviese a quitarles el cartel de «Se alquila» o «Se vende». En algunas de ellas las esperanzas eran tan irrisorias que el letrero estaba directamente pintado sobre la fachada. Luis parecía conocer muy bien aquella zona y les llevó sin titubear ni equivocarse en ningún giro hasta una nave al final de la calle número 7. El lugar tenía aspecto de cafetería de polígono; los neones en lugares tan consolidados solo sirven para atraer visitas inconvenientes. Aparcaron en la calle de detrás, que era la de delante, ya que la número 7 era más bien un callejón sin demasiado tránsito, excepción hecha de los numerosos vehículos que había desperdigados sobre ambas aceras de la calle. No había ninguna nave abierta en las inmediaciones,

pero los aparcamientos de la puerta del local de alterne eran los únicos libres. Pedro se quedó en el coche con Marisa mientras Luis se marchó en solitario a La Venus en busca del Portugués, que era como conocían al traperero que andaban buscando.

–Voy a acercarme a ver qué sucede. ¿Tienes algún problema en quedarte aquí sola? –le preguntó Pedro a Marisa.

–No, qué va. Anda, entra a ver porque esto es muy raro.

–En un momento estoy de vuelta.

Pedro se bajó del coche en la fría noche gallega y entró en el garito. Luis llevaba más de veinte minutos dentro sin dar señales de vida y sin responder al móvil. Se cruzó con un par de tipos en la entrada, ninguno de los cuales era Luis, así que siguió hasta la barra, donde tampoco había rastro de él. La luz del sitio era roja y todo parecía de ese color, incluso las personas y las bebidas estaban teñidas por la fuerza de los leds. En la barra había diez o doce paisanos y otros tantos repartidos por los sillones de terciopelo que rodeaban una pista de baile donde una chica de color rojo oscuro se contoneaba agarrada a una barra.

–¿Subes?

–Yo solo bailo.

–Suéltala, que siga –le gritó un tipo gordo que había detrás.

Pedro se dio la vuelta y se fue en busca de otra chica. Ya que iba a tener que entrar en los reservados no le hubiera importado subir con la chica de color granate. Se acercó a una chica de color rojo pálido y le agarró un cachete del culo por dentro de la minúscula falda que apenas conseguía tapanle el tanga, esta se dio la vuelta y le hizo exactamente lo mismo, pero por fuera de los vaqueros, una pena. Un minuto después subían por las escaleras hacia la parte noble del tugurio.

El color de la moqueta de la escalera y del pasillo de arriba era el único permitido en aquella casa, pero por lo menos allí las luces no eran rojas. Como ya intuyó Pedro su acompañante una vez fuera del alcance de los leds rojos era rubia transparente, del Este. Si Pedro tuviese que jugarse los ciento ochenta euros que le quedaban en la libreta del banco la última vez que miró en la sucursal de Matalascañas, diría que esa chica era siberiana, pero no llegó a salir



de dudas. Ni siquiera llegó a comprobar si era verdad que sabía hacer todo lo que le dijo camino de la puerta 17.

Dos puertas antes de la suya había un individuo con la cabeza afeitada, tatuajes trepándole por el cuello camino del cogote y unas espaldas del tamaño de un armario empotrado, de cuando las casas se hacían sin escatimar metros. Estaba mirando a ambos lados del pasillo custodiando el reservado número 11, los miró y se hizo a un lado tras saludar con un guiño a Ivanka, o Ivana –no estaba seguro, se lo dijo escaleras abajo, donde la música tenía la misión de confundir al personal–. Cuando el empleado se apartó para darles paso Pedro abrió la puerta 11 de una patada y entró antes de que nadie pudiese reaccionar. Nada más entrar agarró por el cuello al primer tipo que encontró en la habitación y le puso la Browning en la sien.

–Ivanka y tú –les gritó desde dentro del reservado–, entrad y cerrar la puerta y no le pasará nada a nadie.

–Como no me quites la pipa de la cabeza no sales con vida de mi garito.

–De momento el de la pistola soy yo, así que todos a callar. ¿Qué ha pasado aquí? Responde tú –le preguntó a una chica mas rubia que Ivanka, que estaba sentada en el borde de la cama completamente desnuda.

Pedro se estaba poniendo de muy mal humor, hacía tiempo que no frecuentaba un garito de alterne como ese y la única arma que iba a sacar la llevaba en la mano. A Luis lo tenía agarrado por el cuello un tipo alto y delgado de unos cincuenta años. Todos parecían estar a lo que dijera el que tenía el cañón de la Browning pegado a la sien. Luis tenía sangre en la nariz y en el labio inferior, parecía haber recibido alguna caricia. Estaba desnudo y su pene, grueso y corto, estaba erecto; por lo visto disfrutaba con la escenita.

–Ya os he dicho que venía conmigo un tío que os iba a inflar a hostias –soltó el ecónomo, que parecía estar ebrio.

Cuando Pedro escuchó a Luis no lo dudó, estaba a la distancia justa, así que alargó el brazo y le dio un sonoro guantazo con la mano abierta que le hizo cerrar la boca. La erección sin embargo seguía ahí; debía ir hasta arriba de química, pensó Pedro.

–Habla ya –le dijo el jefe, aún con el hierro en la sien, a la chica.

–Se niega a pagar si no traigo a un chico para hacer un trío. Aquí no hay tíos. Si es maricón, que se busque un chapero, joder.

–¿Maricón yo? Cuéntales cómo nos lo hemos pasado antes.

–¿Cuánto? –preguntó Pedro.

–Cien euros y adiós –dijo el jefe.

Pedro le hizo un gesto a Luis y este se fue hasta su pantalón, una vez liberado, y sacó la cartera.

–Ahora solo te falta pagar con tarjeta y que te pille tu mujer.

Luis cogió un billete verde, obvió a los tipos y se lo dio a la chica con un «lo siento».

–¿Pero qué te ha pasado, Luis?

–Déjalo Marisa –intercedió Pedro.

–Sí, mejor será –masculló este con un hielo en el labio.

–No estaba el Portugués, ¿verdad?

–No, pero ya sé dónde está.

Luis condujo con su ritmo exasperante y salieron de nuevo a la autovía. Siguieron otros dos kilómetros en dirección a Vigo y cogieron un desvío hacia un camino rural. Lo siguieron durante varias curvas y enseguida divisaron una construcción dibujada en la noche con neones de colores que se agarraban a las aristas de las paredes y del tejado. Parecía una casa pintada por un niño pequeño en su cuaderno de preescolar.

–Ese es su coche –dijo Luis señalando un Kia todoterreno.

–Tú no vuelves a entrar solo –le advirtió Marisa.

–Ni falta que hace, ahí sale.

Un tipo alto, con el pelo y el bigote completamente blancos y una prominente barriga pasó por delante del Seat León, se alejó unos diez metros y orinó hacia el descampado. Cuando se disponía a volver hacia su todoterreno, Pedro se interpuso en su camino bajándose con agilidad del coche de Luis.

–Perdone, ¿es usted el Portugués?

–Y eso quién lo quiere saber.

–Sí que es el Portugués –dijo Luis, acercándose por detrás.

–Hombre, el hijo del abad.

–El sobrino –le corrigió Luis.

–Ja.

Pedro aprovechó el pie que le había facilitado el ecónomo y se presentó con un guantazo a mano abierta que le cortó la risa de raíz al traperero, y de paso quedaba claro que no estaban allí para perder el tiempo. Era el segundo guantazo que daba en su vida, el anterior lo había dado no hacia ni un cuarto de hora. Iba a empezar a usarlo, dejaba a la gente más suave que un guante.

–Te vamos a preguntar un par de cosas. Andamos fatal de tiempo, la carrera de mis colegas está a punto de irse al carajo y la mía también. Con esto te quiero decir que o nos respondes rápido y sin mentir o te coso a tiros.

–Me parece que te estás equivocando de persona, a mi no me toca la cara ni dios, ve despidiéndote de todos tus conocidos, hijo de puta.

Pedro tenía el límite de su paciencia agotado. El Portugués estaba advertido, así que introdujo medio cuerpo por la ventanilla del Seat León y cogió el cargador del móvil que había junto al freno de mano, y sin dejar que el tratante terminara con la somera explicación sobre todas las penas por las que iba a pasar Pedro antes de morir, le lio, antes de que este pudiese imaginárselo, el cable al cuello y tiró hacia atrás con todas sus fuerzas. El tipo era recio y difícil de doblegar, pero eso Pedro ya lo sabía. Una vez que consiguió hacerle doblar las rodillas empezó a darle vueltas lentamente al cable mientras tiraba de él hacia la parte más alejada del descampado. El Portugués resultó ser más duro que la media, pero todo tiene un límite y Pedro le arrancó la información que

necesitaba a cambio de dejarle la cabeza sobre los hombros. El tipo orondo quedó tumbado en el suelo con las manos en el cuello y una respiración más que forzada, Pedro le sacó las llaves del bolsillo y volvió al aparcamiento.

–Nos vemos pronto.

–¿Cómo? –preguntó Marisa con el ceño fruncido.

–Me voy a por el cáliz, nos vemos en León en cuanto lo tenga. Os mantendré informados.

–Pero bueno, ¿tú de qué vas?

Luis no intervino en la conversación, parecía más interesado en husmear por la rendija de la ventana para ver qué material tenían en aquel tugurio. Pedro consideró que ya había dicho todo lo necesario. A Marisa no iba a conseguir convencerla para que aceptase la situación, ni estaba allí para eso. Abrió el Kia del Portugués y se marchó, advirtiéndoles que hicieran lo mismo que él antes de que se llenase aquello de amigos del tratante.

«Y mejor conduce tú, Marisa». Luis levantó el pulgar y le sonrió apoyado en el quicio de la ventana del local.

–¿Bueno qué, Luis, vas a entrar a tirarte a una de esas o nos marchamos de aquí antes de que nos arranquen la cabellera?

–Joder, cómo estás. Arranca de una vez.

La historiadora apretó con rabia el acelerador del Seat León y el coche hizo medio trompo en el descampado antes de pisar el asfalto. Apenas hablaron en todo el viaje, Marisa se dedicó a conducir y dejó la mente en blanco. Curiosamente su machacona cabeza se lo permitió, quizá en lo más hondo de su ser confiaba en Pedro Iniesta. Era un tipo indescifrable, pero la manera en que arrancaba la información a la gente le hacía presagiar que estaban en buenas manos. Esta situación límite tenía una cosa positiva para Marisa: le estaba sirviendo para conocerse. De lo contrario nunca habría llegado a descubrir ese rincón de su ser, la cercanía al colapso en todos los aspectos de su vida que había tenido controlados hasta esos días le estaba mostrando facetas de sí misma que desconocía. Le resultaba muy sorprendente la poca aversión que tenía a la violencia. Nunca lo hubiera imaginado, eso era lo que más sorprendida la tenía, de haberlo necesitado no hubiera dudado en ganarse la vida al margen de la ley, cada vez estaba más convencida.

Sobre las cuatro de la mañana se bajó del coche en la puerta de su casa y se despidió de Luis con una sonrisa. Tenían sus pequeñas trifulcas pero sabía que él, Rosa y Rosita eran su familia.

Al día siguiente terminó con la visita guiada cerca de las dos. Agradeció hablar ante un grupo de asiáticos, era como si por alguna extraña razón quisiera huir de todo lo que le resultase familiar, nadie que la conociera o tuviese alguna relación profesional con ella tenía motivo alguno para darle una buena noticia. La situación era una mierda y cada contacto con la realidad solo podría convertirla en una mierda más grande. Una japonesa de unos treinta años, bajita, con gafas y un aparato corrector en los dientes la tuvo quince minutos atrapada

tras la visita. Le solía pasar, y normalmente no le importaba, pero esta vez incluso lo agradeció. Mientras le explicaba a la intrigada turista oriental la importancia del claustro de San Isidoro, en el que se ejerció por primera vez la democracia en Europa, todo lo demás parecía no existir.

Cuando se marchó la asiática, Marisa se quedó contemplando el claustro como si fuera una turista más, algo en su interior la incitaba a no abandonar su atalaya. El claustro de San Isidoro era su lugar en la vida. No lo conoció hasta los veinte años, en un viaje de estudios de la universidad, pero desde niña intuía que un lugar así la esperaba en algún rincón del mundo. Se fue a regañadientes hasta su despacho y cogió el móvil, que había dejado sobre el escritorio como hacía habitualmente cuando realizaba las visitas. Tenía un WhatsApp de Luis, que le urgía a verle cuando terminase con el grupo. Fue a toda prisa al despacho del ecónomo, tenía la sensación de que todo iba a saltar por los aires en cualquier momento. Pedro Iniesta no daba señales de vida y cada vez le quedaban menos argumentos para pensar en algo a lo que asirse para seguir respirando. Entró al despacho sin llamar y el nudo de la soga que llevaba al cuello se tensó al punto de no dejarla apenas respirar.

–¿Te acuerdas del jefe de protocolo del ministro de Cultura? –le preguntó Luis, a modo de buenos días.

–Por supuesto, ¿cómo está usted?

–Encantado de volver por aquí, pero tuteémonos por favor, que ya estábamos en esa fase la última vez que nos vimos.

–Ah sí, perdón, tienes razón; es que vengo directamente de la visita y me cuesta desconectar –«no des tantas explicaciones, tonta», se dijo.

–En el Ministerio tenemos un alto concepto de vuestra labor al frente del Cabildo.

–Bueno, al frente está el abad –dijo Marisa como un resorte.

–Ya me entendéis. El caso es que el estado de conservación de todo el complejo arquitectónico es espectacular.

–Se hizo un buen trabajo en la rehabilitación y estamos llevando el mantenimiento con pies de plomo –intervino Luis.

–El blindaje del cáliz parece estar a la altura de un tesoro de esta importancia.

–Exacto –apuntó el ecónomo, al tiempo que Marisa empezaba a temblar–, el protocolo de cámaras, vitrina blindada y sistema de sensores hace prácticamente inexpugnable al Santo Grial.

–El caso es que en el Ministerio tenemos nuestras dudas.

–Vamos a ver, el protocolo lo consensuamos con vosotros –dijo Luis, serio.

–No me refiero a eso.

–¿Entonces?

–Ya sabéis a que me refiero.

–Márchese, por favor.

–¿Otra vez me vuelves a hablar de usted, Marisa?

–Haga lo que le dice mi compañera.

Marisa siguió al jefe de protocolo, que parecía conocerse perfectamente el camino, y cerró el portón cuando este salió al gélido invierno castellano cerca de las tres de la tarde, con el Cabildo y las calles vacías. Se fue de vuelta a su despacho y oyó a Luis salir. Lo agradeció, nada les podía venir peor que encerrarse a acrecentar la paranoia que compartían, y de la que se habían convertido en meros espectadores a la espera de una llamada telefónica que pusiera fin a la pesadilla. Ambos sabían que esa llamada podía venir de Pedro Iniesta o de la policía, era una lenta agonía que los torturaba día a día, y lo que era peor, noche a noche. Ya ni eran capaces de hablar del asunto entre ellos.

Marisa apenas probó bocado en el mesón, por más que le insistió Agustín, que hasta le amenazó con hacerle el avión con unas croquetas de ibérico que tenía reservadas para un cliente. Casi ni tocó la copa de vino tampoco. Cuando se aburrió de hacer círculos con el tenedor sobre el plato se levantó y se marchó al parque a pasear. Tenía un hormigueo en las piernas y en el estómago, y una

contractura en la parte derecha del cuello que no la dejaba ni a sol ni sombra. Con la visita del jefe de protocolo del Ministerio de Cultura todos los síntomas parecían ir a más. Cuando se aburrió del parque se marchó a casa y se tiró en la cama boca arriba cubriéndose la cara con la almohada para que no la descubrieran los malos. Mordió con tanta fuerza el almohadón que se hizo daño en las encías, pero no derramó una lágrima. Aunque estaba devastada, se negaba a llorar, sería como darse por vencida. Hasta el último segundo estaría de pie, ya tendría tiempo para llorar.

Sonó un mensaje en el móvil y Marisa dio un brinco en la cama. Por raro que le pareciera se había quedado dormida. Eran las ocho de la noche y la oscuridad lo invadía todo. Estaba sudando como en una sauna y por un momento pensó que se había puesto enferma por la caída de defensas, pero de lo que debía de estar enferma era de la cabeza, estaba tumbada en la cama con el abrigo abotonado hasta el cuello; cómo para no tener calor, hacía dos semanas que las calderas de las comunidades de vecinos de León estaban encendidas al máximo. Cogió el móvil loca de ganas por saber algo de Pedro Iniesta, pero se encontró con un WhatsApp de Rosa. No lo había empezado a leer cuando sonó el celular. Era Rosa. Lo cogió al quinto tono, cuando comprobó que era imposible que se diera por vencida, conocía bien su tozudez.

–Guarra, que he visto los dos palitos azules en el WhatsApp.

–Perdona, Rosa, lo he abierto, pero estoy hecha una braga, ni lo he leído.

–¿Cómo? Ni de coña, habíamos quedado hoy para salir por ahí.

–Otro día, hoy no estoy para nadie.

–Mira, como no aparezcas a recogerme en media hora os denuncio a todos por ocultación de robo o lo que sea eso.

–Rosa, tranquila.

–Ni tranquila ni jamones, que llevo dos años sin perder los papeles entre el embarazo y el bebé, que menudo regalo. No sé tú cómo estás con el puto Cabildo, pero yo o salgo a la calle y me olvido un rato de la niña, aunque pobrecita, no tiene culpa de nada, o mato a alguien.



Marisa aceptó de mala gana y se fue directa a la ducha.

Media hora más tarde llamó al timbre en casa de Luis y Rosa, que le abrieron sin contestar, fieles a su costumbre. Los llantos de Rosita la condujeron al salón, donde se encontró a Luis, indefenso tratando de encontrarle el botón de apagado a su hija.

–Ni se te ocurra –era la voz de Rosa por la espalda, desde la puerta del salón.

–Un beso por lo menos a la niña –se defendió Marisa.

–Bueno, eso sí, pero esta noche le toca al intelectual. Déjale que se apañe.

Marisa no hizo ni caso y cogió a Rosita en brazos. La niña se calló y Luis se fue directo a la terraza con un cigarrillo en los labios y el mechero en la mano. Su compañero estaba desesperado como ella y además tenía que convivir con Rosa, que estaba con el alma en vilo, pues sabía de la situación igual que ellos pero tenía además sobre su conciencia al bebé que iba a crecer con sus padres en la cárcel. Aquello la tenía desesperada y a cada momento bombardeaba a Marisa a mensajes con la idea de una niña criada en el patio de un penal, por culpa de unos padres que no eran capaces de reconocer su torpeza e ir a la policía a denunciar lo que había pasado.

Marisa se asomó a la ventana y vio cómo Luis fumaba apoyado en el balcón, ajeno a todo. Por un momento le dio pánico que se arrojase al vacío, no le hubiese extrañado. Cualquiera de ellos lo podía acabar haciendo si perduraba el estrés al que estaban sometidos. Luis se dio la vuelta sin apercibirse de que Marisa le miraba desde el ventanal y sacó una botella de Ballantines de entre las macetas, se encendió otro cigarrillo y bebió directamente de la botella. Luego sacó el móvil y llamó a alguien. Marisa no oía lo que hablaba su compañero, pero parecía una conversación distendida, lo vio mirar el reloj un par de veces mientras hablaba y luego colgó.

–¿Y Rosa? –le preguntó a Marisa al volver al salón desde la terraza.

–Se está duchando.

–Dile que ahora viene mi sobrina Tere a quedarse con la niña; me voy a que me dé el aire.

–Anda, corre, es lo mejor que puedes hacer. ¿Tarda mucho en llegar Tere?

–Está aquí a y media. Pasadlo bien.

Marisa se quedó con Rosita esperando a que la madre apareciera.

–¿Nos vamos? –preguntó esta desde el pasillo sin entrar al salón

–Hay que esperar a tu sobrina Tere.

–Que la espere Luis.

–Luis se ha ido a dar una vuelta. Es lo mejor, créeme.

Rosa se asomó al salón con cara de que se lo esperaba y abrió el mueble bar mientras esperaban a la joven.

Las dos amigas hicieron la ruta de los vinos, tal y como habían planeado durante semanas. Antes de la irrupción del robo de cáliz en sus vidas, se pasaban los aperitivos hablando de que la noche en que Rosita cambiase definitivamente el pecho materno por el biberón se pensaban ir de vinos por todo el Húmedo, y esa noche había llegado. Fueron a todos los locales que habían previsto, sin saltarse ni uno, y acabaron en el Purgatorio. Entraron en el garito, que estaba totalmente atestado, y llegaron a la barra como pudieron. Rosa pidió dos *gintonics* sin darle la posibilidad de negarse a Marisa, que no lo hubiera hecho, y se fueron a la pequeña pista de baile que hay entre los pufs color aceituna.

–¿Qué tal?

–¡Anda, qué sorpresa! –y lo era–. ¿Pero tú no estabas en Barcelona?

–Ya no, me volví la semana pasada, me dio por ahí.

Se consumó la tragedia, había aparecido la exnovia de Ibón. Se saludaron, y cada uno a lo suyo. «Ciudad pequeña, infierno grande».

–¿Qué hace aquí la golfa esa? –le preguntó Rosa, que se sabía la misa entera.

–Le ha dado por ahí.

–¿Qué? –no era fácil comunicarse con la música a tope.

–Eso me ha dicho, que le ha dado por ahí.

–Menuda zorra, ahora volverá a putear al tonto ese. Olvídalo.

–Anda, pide otra copa y vamos a fumar a la calle.

Marisa no sentía nada por Ibón, pero aun así no le apetecía seguir allí, codo con codo con la parejita.

–Eres una castigadora, no se te escapa uno –le dijo Rosa dándole fuego.

–¿Me estaba poniendo cara de eso? –Marisa fumó y el humo hizo que el alcohol le subiera aún más. Hacía mucho que no daba una calada.

–Nadie se lo espera de ti, tan callada y con esa distancia que pones con las personas.

–¿Eso parezco, una estirada y una estrecha? –la historiadora se dio cuenta de por dónde iba su amiga.

–Una estirada sí, una estrecha no. Ya somos mayorcitos para saber que la carne es débil.

–Llevo dos años queriendo pedirte perdón, me cuesta horrores mirarte a la cara –dio otro trago y se secó una lágrima con el puño de la chaqueta.

–No te preocupes, me dolió al principio, pero Luis me juró que lo vuestro se había acabado y, si te digo la verdad, no tengo otra amiga más que tú.

–Menuda amiga.

Cuando Marisa se levantó el domingo, aún le duraba la resaca. El sábado entero se lo había pasado tirada en el sofá con el camisón puesto, bebiendo

Aquarius de limón y tratando de recuperar las constantes vitales. Había cosido a WhatsApp a Pedro Iniesta, pero este seguía sin dar señales de vida. Ya no se encontraba al borde del precipicio, sino que estaba cayendo a plomo. Lo que le faltaba por saber era cuánto dolía la hostia al aterrizar en una escollera. A cambio Rosa la había bombardeado a ella a mensajes, por lo visto la supermamá se sobreponía a las noches de juerga con una facilidad pasmosa. Pasó a un nuevo nivel en su relación con Marisa, le contó que al llegar a casa despertó a Luis y «se lo tiró» como no había hecho desde novios. Demasiada información, no sabía si era la forma de reconciliarse con ella tras las palabras sobre su *affaire* o si se iba a convertir en su confesora sexual a partir del desahogo del viernes. Suspiraba con toda su alma porque fuera la primera de las alternativas.

En la siguiente retahíla de mensajes Rosa se dedicó a la ex de Ibón, porque según ella era su ex. «Es un tío, pero no puede ser tan tonto». Marisa no se molestó en contestarle a casi ninguno de los mensajes, solo le contestó uno: «no sabemos si siguen juntos, pero ella está como un queso». Rosa le dio la razón no contestando. No le extrañaba que Ibón volviese a caer en los brazos de su ex prometida, aun a sabiendas de cómo acabó todo un año antes. En toda la noche no se cruzaron una chica tan perfecta, por lo menos físicamente. Cuando la novia se acercó junto a Ibón, hasta Rosa y Marisa lo hizo con la sana intención de que calibrasen la clase de rival a la que se enfrentaban, y obviamente no hubo más que hablar.

Pedro salió zumbando con el Kia hacia Lisboa. Era como para hacérselo mirar, con la de pasta que debía tener el Portugués, aquella tartana no pasaba de ciento treinta y parecía que iba a saltar por los aires por el zumbido del motor, eso sin contar con las vibraciones del volante. «Seguro que el puto trapero de los cojones tiene un cochazo guardado por ahí», pero a Pedro le había tocado el viejo todoterreno en el reparto. Así que por más que le atizó al acelerador, las cuatro horas desde Vigo hasta Lisboa no se las quitó nadie. Necesitaba llegar antes de las dos y media o tres de la mañana si quería encontrar a su amigo Moncho por los bares del Barrio Alto. Su único aliado era el reloj, en Portugal tienen una hora menos y eso le daba algo de margen.

No tenía ni idea de dónde se había instalado su amigo. Cada año alquilaba en invierno una casa en el barrio del Chiado para olvidarse del mundo. Llegó a Lisboa a la una de la mañana, hora local. Cruzó el puente 25 de abril y siguió el cauce del Tajo hasta plaza del Duque da Terceira y desde allí condujo el viejo Kia hasta las empinadas y adoquinadas cuestas del barrio del Chiado. Dejó el coche en la plaza de Camoes, sobre la acera, asegurándose de no entorpecer el paso de los tranvías, pecado mortal en la capital lusa.

La noche era fría y húmeda, pero eso no impedía a los noctámbulos disfrutar de los antros del Barrio Alto. Entró a paso ligero en la rua das Gáveas y fue asomando la cabeza en los bares que aún seguían abiertos. A duras penas se acordaba de aquellos tugurios, la vez que estuvo con Moncho recorriendo durante un par de semanas la noche lisboeta, hacía casi dos años, llegó borracho a casa de su amigo y salió de vuelta a Madrid sin abandonar su estado de embriaguez en los quince días. Le sonaban los bares, pero le costaba identificar si alguno le era familiar. Tenía una memoria prodigiosa y una capacidad infalible para retener cualquier mínimo detalle, pero eso sí, lo tenía que apuntar en su disco antes de destilar una añada.

En los tres primeros locales en los que asomó el pico no tuvo suerte. En dos de ellos cantaban fados en directo para los turistas mientras el licor de ginja y el vinho verde corrían a borbotones. En el tercero de los bares sonaba música

*grunge* de los noventa a todo volumen. Entró en un cuarto antro y tampoco encontró a Moncho, pero tras salir la puerta golpeó con violencia contra la pared de la esquina y una chica le gritó en español con acento portugués.

–¡Hijo de puta! –Pedro no se giró, seguía a lo suyo, pero un tirón de pelos por la espalda le hizo girarse.

–¡Hostia! –era Branca, la recordaba perfectamente.

–¿Dónde te has metido? Ni adiós, ni ahí te mueras. ¿De qué vas tú?

–Perdona, no estaba bien, créeme, me fui por hacerte un favor.

–¿Un favor? ¡Serás cabrón! –la chicha parecía fuera de sí.

–Sí, un favor para que lo nuestro no fuera a más. No te intereso, soy un despojo humano –sonaba a excusa, pero era la verdad.

–Vete a la mierda, cabrón. O mejor, vete con tu amigo el marino al Simbad, a ver si os pilláis una venérea por allí.

Pedro aceptó el consejo y se fue directo al Simbad. Lo de Branca lo tenía que solucionar, pero el tic tac del reloj avanzaba y no tenía tiempo de lavar su imagen, que por otra parte había quedado reflejada exactamente cómo era: un cobarde al que le gustaba esconder la cabeza como los avestruces y refugiarse en el alcohol por vergüenza a reconocer la tormenta que asolaba su cabeza desde que salió de los cuerpos de élite del ejército norteamericano.

Apoyado en la barra del Simbad, junto a una copa de vino tinto encontró al marino burgalés, que seguía los acordes de la música tarareando las estrofas al tiempo que golpeaba con la yema de los dedos la barra del bar armónicamente.

–¡Hombre, que sorpresón!

–¿Qué te parece?

–Pero no me jodas, ¿cómo demonios me has encontrado?

–Pues la verdad es que he tenido una cogida con un par de trayectorias en el

Angola.

–Hostia sí, Branca, no me habrá preguntado veces por ti.

–Casi me parte la cara.

–Está loquita por tus huesos.

Branca era prácticamente lo único que recordaba de su anterior estancia en Lisboa, muchas tardes de copas y noches mezcladas de alcohol y lujuria con aquella chica. Se la presentó Moncho el mismo día que llegó y no se separó de ella en las dos semanas. No trabajaba en el mismo garito, de eso sí que estaba seguro, porque el sitio era más oscuro y la música ensordecedora, y el Angola le había parecido más un local con clientela selecta. Estuvo a punto de llamarla un par de veces cuando volvió a Madrid, pero estaba en mitad de una espiral autodestructiva de las suyas y se terminó ahogando en coñac en la barra del bar de la calle Vizcaya.

–Necesitaba verte. Te he llamado al móvil español un par de veces y estaba apagado. Lo demás me lo he imaginado yo solito –informó a Moncho.

–Creo que esta vez me quedo. He pillado una buhardilla que me vuelve loco y estoy harto de aquello.

–Pues ya me la enseñarás.

El camarero puso sobre la barra una copa vacía y Moncho le sirvió un tinto de su botella.

–¿Te acuerdas del Carrascal?

–Hombre si me acuerdo, de las poquitas cosas que recuerdo de la última vez. Parece azul casi negro.

–Este es el vino de las tascas lisboetas; no saben lo que se pierden en Bruselas. Por lo visto no le gusta a los burócratas de la Unión Europea y le han retirado las subvenciones.

–Menudos gilipollas –fue el brindis de Pedro.

El camarero se acercó hasta ellos cuando acabó de cobrar a unos clientes que se marchaban dando tumbos.

–Estaba poniendo a prueba a Gilberto antes de que entraras –le dijo Moncho con su media sonrisa, ante la mirada del camarero–, y parece que a pesar de ser de aquí no conoce las viejas leyendas lisboetas.

–Eso no es así, don Moncho, vosé fala de historias de los océanos.

–Vamos, que te das por vencido.

–Mesmo no, para ver seu amigo –el barman se hacía entender a medias entre el portugués y el español.

–Esta es la historia, Pedro –sirvió un poco más de vino en ambas copas–, los primeros marinos de renombre fueron los portugueses.

–Assim é –asintió Gilberto con orgullo.

–Le pregunto a nuestro amigo si sabe cómo hacían para volver a Lisboa los navegantes aprovechando los vientos de alta mar.

–¿A qué te refieres? –le picó la curiosidad a Pedro.

–Es muy fácil mirar el GPS hoy día y virar a estribor cuando estás en la enfilación de Lisboa, pero en aquella época, ¿cómo sabían reconocer que estaban 39 grados norte?

–Por las estrellas –Pedro no se lo pensó.

–Que eu mesmo disse.

Moncho sacó del bolsillo del pantalón una cuerda marrón con un nudo en cada extremo y la puso sobre la barra, dio un trago a su copa y se quedó mirando a sus acompañantes para darle emoción al relato, era un narrador de barra de bar inigualable. Su perfecto castellano y el temple con el que relataba las historias convertían en memorables las noches en su compañía.

–Gilberto pon una copa vacía sobre la barra y permítame que la llene de esta botella, te voy a invitar a un trago de Carrascal en honor a tus antepasados de la



mar.

–Com gusto.

–Este cabo lo guardaba con celo el capitán en algún sitio de su camarote, valía su vida, y cada noche al salir la luna observaba la distancia entre la Estrella Polar y la línea del horizonte del océano mirando al norte, cuando la distancia entre la Estrella y el horizonte medía lo que este cabo entre los nudos de los extremos...

–Estivessem em casa.

–Sí señor, brindemos por ello.

Gilberto, que parecía un tipo arrojado y socarrón chocó los cinco a Moncho y le dio un trago a la copa tras brindar con ellos. El camarero se alejó para terminar de meter en el lavaplatos la torre de vidrios que tenía amontonados en el fregadero y los dos amigos se quedaron frente a frente en la barra.

–¿A qué has venido, Pedro?

–Un barco salió del puerto de Vigo ayer –nada más que le servía la verdad, y toda–, lleva a bordo el Santo Grial.

–Venga, joder, ¿tú eres Pedro Iniesta o Indiana Jones?

–No estoy de broma, ni para bromas.

–¿De Vigo hacia dónde?

–Van a transferir la mercancía en el puerto de Santa Cruz de Tenerife.

–¿Y qué?

–Hay que recuperarlo antes de que lleguen a Tenerife.

Moncho le llenó la copa otra vez y luego se ocupó de la suya vertiendo hasta los posos. Gilberto salió de la barra detrás de los últimos clientes, echó el cerrojo a la puerta y Moncho repartió tabaco. Se quedó callado unos instantes clavándole a Pedro sus ojos azules inyectados en sangre. El marino era un tipo

muy elegante, fiel a sus costumbres castellanas siempre vestía con camisa de rallas perfectamente planchada y jersey azul oscuro. Los mocasines castellanos eran otro detalle que difícilmente abandonaba. Medía algo menos de un metro ochenta y era rubio con entradas y una media sonrisa que le aportaba un cierto aire misterioso; en parte le sucedía como a Iniesta, a primera vista quien se tropezase con él posiblemente no sería capaz de estimar el valor y la gallardía del amigo de Pedro.

–¿Cuál es el plan?

–Asaltarlo en alta mar.

–Lo que no alcanzo a ver es para qué me lo cuentas, tú siempre has sido muy reservado con estas cosas.

–No me jodas, Moncho.

El marino puso veinte euros sobre la barra, se levantó del taburete y se fue al baño. Dos minutos después salió del baño, abrió el cerrojo del portón y se despidió de Gilberto. Pedro salió tras él. Hacía frío y además la humedad era de esas que te calan hasta los huesos.

–Y cómo cojones crees que vamos a encontrar un barco en el océano Atlántico.

–Tengo el nombre del barco.

–¿Y?

–También tengo ochenta mil euros en billetes.

–Eso puede ayudar a mover unos hilos. Me cago en la hostia, me lo estoy pensando, debo de estar como una cuba. ¿Has venido en coche?

–Sí, está aparcado ahí, en Camoes –respondió Pedro, señalando con la mirada hacia la plaza.

Moncho sacó el móvil de la parca e hizo una llamada. Esperó el tiempo que duran un par de tonos, colgó antes de que le respondieran y se encaminó hacia Largo de Camoes con paso decidido. Cuando llegaron al coche, Pedro le pasó las

llaves, hizo un ovillo con la multa que había en el limpiaparabrisas y se sentó en el asiento del acompañante. Moncho condujo en dirección a la salida hacia Estoril por las desérticas calles de las barriadas aledañas al Barrio Alto, detuvo el coche junto a una gasolinera y se quedó dentro del automóvil en silencio. Pedro nunca había trabajado con su amigo y acababa de descubrir que era de los que les gusta seguir su plan sin compartirlo; él mismo había obrado así muchas veces también. Si seguía los mismos parámetros de Pedro cuando optaba por proceder de esta manera, le daría información cuando encarrilara el asunto, lo debía tener estructurado en su cabeza, pero aún le faltaba confirmar la logística.

Había una cabina telefónica junto al coche y Moncho no le quitaba ojo, bajó la ventanilla una cuarta y permaneció callado, parecía como si aún estuviera pensándose. Pedro tenía el alma en vilo. Por más vueltas que le daba no encontraba otra manera de atrapar el cáliz, Moncho tenía la operación en sus manos. Tras cinco minutos en los que el único sonido dentro del habitáculo era el que emitían con sus exhalaciones y el de la piedra del mechero, un timbre agudo procedente del exterior lo invadió todo; era una llamada en la cabina de teléfono.

Moncho se bajó presto del coche y descolgó el auricular. Apenas había tráfico y las farolas estaban todas fundidas. La poca luz que les permitía ver procedía del luminoso de Shell. La barriada era lúgubre, las aceras y el asfalto de la calle estaban hechos bicarbonato. Pedro salió también del coche por si Moncho necesitaba que le apuntase algo.

–Oricán, salió de Vigo ayer –informó Moncho a través del teléfono de la cabina, en inglés.

–A las dieciséis horas –le apuntó Pedro.

–Hacia Canarias, Tenerife.

La conversación no dio para más, colgó el auricular y volvió al coche sin mediar palabra. Hicieron el cambio de sentido en la rotonda que había frente a la gasolinera y Moncho condujo hasta los astilleros del puerto.

La madrugada era hora punta en aquel extraño lugar, o por lo menos eso parecía. Los camiones con los contenedores a sus espaldas salían en fila mientras un carro grúa gigante movía los pesados contenedores por los aires como si fuesen fichas de dominó de colorines. Circularon casi un minuto junto a una

interminable hilera de contenedores hasta que por fin se vio un hueco entre dos de ellos. Moncho giró y detuvo el coche en la entrada de un hangar donde las chispas de las soldaduras parecían garantizar que la fiesta era perpetua. El típico lugar donde no hay pared entre el día y la noche. El ruido era ensordecedor, los operarios llevaban puesto auriculares para preservar sus oídos del sonido que emitían los metales al transformarse, era la única manera de aguantar allí más de cinco minutos. Las chispas de las soldaduras volaban por toda la nave cual si fueran las fallas de Valencia y el olor a azufre lo invadía todo con su penetrante sensación. Hasta la saliva sabía a metálico.

Un tipo de aproximadamente un metro setenta con un mono color gris y un cigarrillo rubio entre los dientes se acercó hasta ellos. Tenía barba de por lo menos una semana, muy cerrada, y la tez morena y ennegrecida por el trabajo. Rondaba los cincuenta. Moncho se bajó del vehículo y se marchó con el mecánico, se pusieron junto al contenedor que había frente al coche y conversaron. Moncho tenía el gesto serio, pero nada que ver con el rictus del portugués, que parecía como si le estuviesen informando de que un familiar próximo había corrido la peor de las suertes. El portugués se dio la vuelta en mitad de la conversación, como dando por concluido el asunto antes de empezar, y Moncho fue tras él, le dijo algo y este se detuvo, se dio media vuelta y se quedó mirando hacia el coche donde estaba Pedro. Luego volvió a mirar a Moncho y pareció aceptar la propuesta. Moncho se acercó hasta el coche a paso rápido y se sentó al volante.

–¿Dónde tienes los ochenta mil?

–En el maletero.

–Tráete el dinero aquí delante y ve separando treinta mientras vamos a un sitio. Y coge la pipa, que nos va a hacer falta.

–El hierro está aquí.

–Una última cosa.

–Pregunta lo que quieras.

–¿Cómo sabes que lo que buscas va en ese barco?

–Me lo dijo un tipo.

–Tú sabes que la gente miente.

–No creo que lo hagan cuando tienen un cable de cargador de móvil liado al cuello y les falta una vuelta para dejar de respirar.

No le pidió más explicaciones. Las misiones de Pedro eran así, y Moncho parecía saberlo. Había aguantado demasiadas borracheras a su amigo en las que le había contado más de lo que debería a pesar de su enfermiza obsesión por mantener todo bajo secreto de sumario. Salieron de la ciudad a toda velocidad por la autovía camino de Estoril y enseguida cogieron una carretera secundaria que les llevó hasta un carril y de ahí a una pista sin asfaltar. Luego transitaron durante cinco minutos que parecieron cinco horas por un camino embarrado que seguía el cauce del río. El carril era angosto y rodeado de tanta maleza que en ocasiones dificultaba distinguir por dónde discurría el sendero. La única iluminación eran los faros del Kia.

Moncho se manejaba muy bien en aquella zona, conocía el Tajo como la palma de su mano, lo había navegado infinidad de veces. Siempre decía que su trayecto favorito era entrar a Lisboa en barco. Pedro esperaba al menos no destrozarle la vida a su amigo hasta el punto de que acabase odiando aquella ciudad donde se escapaba de su estresada vida. Ya no respetaba ni a los amigos, Moncho no se merecía lo que le estaba haciendo, pero no era el momento para pensar en ello. A buen seguro que esto le pasaría factura. La espiral en que se había convertido su huida hacia delante estaba empezando a arramblar con todo, la ordenada vida de sus amigos incluida.

En mitad del sembrado se abrió una disimulada vereda que bajaba hacia el río. Moncho tomó la vereda y condujo con tiento hasta una valla. Alguien había hablado con alguien, los estaban esperando. Junto a la valla había dos tipos sentados sobre el capó de un coche. Moncho cogió por debajo del salpicadero una de las Browning que le pasó Pedro, se la puso en la parte posterior del pantalón, detuvo el Kia y abrió su puerta.

–Dame la pasta, y el resto no lo dejes en el coche.

–Espera que bajo contigo.

–No, tú vigila al más alto y no te lo pienses dos veces si ves algo raro.

El marino se bajó del coche y dejó los faros encendidos, se fue hacia los

tipos y les estrechó la mano con rictus serio. Empezó hablando él y al momento tomó la palabra el más bajo de los tipos. Moncho parecía escucharle atentamente asintiendo con la cabeza a cada palabra que decía el individuo hasta que terminó de hablar, tras un momento en el que nadie agregó nada más volvió a tomar la palabra Moncho. Algo de lo que dijo no debió gustarle a los tipos, que le cortaron en seco. Por un momento pareció que la conversación se había acabado, y eso era lo más peligroso que podía pasar. Si no había acuerdo, alguien no saldría vivo de allí, la conversación era a cara descubierta y en el cuartel general de la otra parte, demasiada información como para que los dejaran marcharse sin más.

Moncho tomó la palabra de nuevo y esta vez señaló la bolsa de plástico que llevaba en la mano izquierda. Los tipos se quedaron callados y el marino les mostró el interior. Aun así, siguieron discutiendo, esta vez se pisaban la conversación sin respetar el turno de palabra y Pedro intuyó que estaban a punto de llegar a un acuerdo. Al minuto Moncho se dio la vuelta y le enseñó la mano abierta a Pedro, este separó cinco mil euros de la bolsa y los sacó por la ventanilla, el individuo más alto se acercó a cogerlos. Acto seguido, el tipo más bajo sacó un aparato de navegación y se lo entregó a Moncho, que volvió al coche. Los chavales corrieron el portón y el marino condujo el Kia al interior de la parcela. Dentro del cercado se encontraron con un garaje hecho de maderos carcomidos y vigas de hierro oxidadas, sobre cuya puerta pendía colgada de un hilo una bombilla desnuda que iluminaba la entrada al cobertizo. Los tipos abrieron la puerta del garaje y apareció la proa orgullosa de una lancha semirrígida. Tenía tres motores fueraborda marca Yamaha con un 150 dibujado en la tapa de cada motor, lo que quería decir que aquella embarcación de algo más de siete metros podía desarrollar 450 caballos.

Moncho y Pedro se subieron a la fueraborda en el mismo hangar. El marino colocó junto a los aceleradores el GPS que le acababan de vender mientras los individuos empujaron el remolque hasta la rampa y en un momento quedaron a merced de las olas.

–Ilumíname con el móvil aquí, Pedro –le indicó Moncho señalando los tanques de gasolina.

–¿Y ahora lo miras? ¿No hubiera sido mejor haberlo hecho antes de que nos

soltaran?

–Están a tope, ¿no ves el testigo? Déjame que levante un momento las tapas antes de arrancar, no se vayan a estar acumulado los gases y saltemos por los aires antes de tiempo.

El marino aseguró la maniobra y arrancó los motores, el alarido de los cuatrocientos cincuenta caballos fue ensordecedor. Ni la embarcación ni los motores eran nuevos, pero tenían un sonido que insuflaba confianza. La barca se había separado de la orilla con el lento deambular de las negras aguas del Tajo camino del Atlántico. Moncho adelantó unos centímetros los aceleradores y pusieron proa a la desembocadura. Luego encendió el aparato de navegación y un haz de luz empezó a girar en círculos barriendo la pantalla. En el monitor había un punto que volvía a aparecer a cada barrido. El tipo al que llamaron desde la cabina junto a la gasolinera en Lisboa había cumplido. No hacía falta que Moncho se lo explicara a Pedro, el punto que señalaba el GPS era el Oricán.

Treinta y cinco mil y un Kia reventado de propina por la lancha y la localización GPS del Oricán, una ganga, «Marcos Bernal no podía quejarse». Moncho impulsó los aceleradores tres centímetros hacia adelante y la lancha se levantó de proa como queriendo despegar. Los motores emitieron un sonido ahogado que fue haciéndose cada vez más agudo al tiempo que la proa iba bajando y la velocidad de la embarcación aceleraba, Moncho fue moviendo los tres aceleradores paulatinamente hacia adelante hasta que el sonido y la velocidad convirtieron la navegación en una carrera contrarreloj. Con el casco de la zodiac paralelo al río los Yamaha lanzaron el barco en vuelo rasante, y ahí terminó de entender Pedro por qué las llamaban planeadoras. Los asientos para la tripulación estaban dispuestos en fila india, era un banco corrido parecido a la montura de un caballo. Pedro se sentó detrás de Moncho y se agarró con fuerza al arco de seguridad que separaba los puestos.

La noche era tozuda y las espesas nubes se negaban a darle paso al día. A los veinte minutos dejaron atrás la desembocadura y se adentraron en mar abierto. Tuvieron que aminorar la velocidad. Las olas del océano habían sustituido a la pista de carreras que les habían facilitado las tranquilas aguas del Tajo. El punto en la pantalla seguía en el mismo sitio y Pedro empezó a pensar que jamás le darían alcance, más aún cuando las olas y el viento hicieron acto de presencia. El abuso que había cometido al inmiscuir a Moncho en aquello volvió a sacudirle la mente. Los códigos de conducta que se había autoimpuesto se los saltaba cada

vez con más facilidad. Moncho tenía su existencia resuelta, no necesitaba ser millonario para vivir, y además ya se había ocupado de sí mismo sacando sus oposiciones al cuerpo de aduanas tras estudiar Náutica en Cádiz. Y ahí lo tenía, jugándose la vida a beneficio de inventario, sacándole las castañas del fuego.

Pedro le había echado un cable cinco años atrás con un mafioso que estaba detrás de un alijo intervenido por su unidad. El traficante lo estuvo persiguiendo para que no declarase en la Audiencia Nacional y Pedro le tuvo que meter la Browning en la boca, hasta la campanilla, para que se buscase a otro al que extorsionar. Aquello no supuso ningún esfuerzo para Pedro, que se dedica a eso todos los días de su vida y solucionó el asunto en cinco minutos y ni se manchó de polvo los zapatos, mientras que Moncho aquí lo menos que se jugaba era la vida. Así que esa excusa no le iba a servir para justificar el atraco que estaba haciendo a la amistad de Moncho.



–¿Tendremos gasolina suficiente para volver a esta velocidad?

–Ni de coña.

–Entonces ¿cuál es plan?

–Pillarlos –Moncho hizo una pausa, dio un giro violento al pequeño volante y gritó–: Agárrate.

Pedro miró hacia la proa y vio la ola, no era como las demás. Llevaban una hora saltando de cresta en cresta, pero la que les venía ahora parecía el Everest, y lo peor no era subirla sino que les tragase el mar al aterrizar contra la siguiente. La semirrigida se escoró al saltar en la cresta de la ola impulsada por el golpe de timón a veinte nudos, los casi ocho metros de embarcación perdieron por completo el contacto con el mar al rebasar la cúspide y el barco se inclinó hacia estribor en el aire al tiempo que los motores rugieron con fuerza al girar las hélices fuera del agua. Al caer de vuelta al océano el barco golpeó con violencia en la amura de estribor contra la siguiente ola, la que se los hubiera tragado de no haber estado en las buenas manos de Moncho. La Zodiac se flexionó al punto de perder completamente su forma triangular y les sacudió un latigazo que a punto estuvo de descabalgarlos. Pedro se agarró con las manos y las piernas y consiguió mantenerse erguido mientras que Moncho parecía como si estuviese pegado a la embarcación, ni se inmutó. Al contactar con la ola el marino le puso la proa hacia la cresta y salieron del entuerto a fuerza de caballos, apretando los aceleradores hasta que hicieron tope con el salpicadero. No debió durar más de cinco segundos el lance, pero para Pedro fue como si hubiese amanecido tres veces.

Llevaban rumbo norte con el alba despuntando a estribor y el mar poniéndose cada vez más en su contra.

–Cuantas más olas mejor, me encanta pillarlos hasta arriba de Biodramina y sin saber dónde tienen la mano derecha.

–¿Queda mucho para el contacto visual? –hablaban a gritos.

–Se trata de mirar, si no es imposible –le respondió Moncho gritando aún más fuerte, dándole a entender que ya los había localizado hacía rato.

–Ahora –dijo Pedro tras forzar la vista al saltar la siguiente ola.

El barco avanzaba zarandeado por la tormenta como un pelele. Daba la entera sensación de que el mar se lo acabaría tragando en cada ola, aparecía y desaparecía de su vista casi por completo en cada embate del océano. Pedro no era un experto en meteorología marítima, pero las olas debían rondar los cuatro o cinco metros. Todo aquello parecía no tener la menor importancia para Moncho que seguía sorteando las olas en pos de su objetivo. El sol se resistía a iluminar el Atlántico a través del cielo encapotado, y más les valía llegar hasta el Oricán antes de que la claridad del día los dejara al descubierto.

Los relámpagos parecían romper cada vez más cerca de ellos mientras el sonido de la tormenta se mezclaba con el del motor de la semirrígida, que esta vez ya no avanzaba a tope de revoluciones sino más bien agazapada tras el enfurecido mar. El viento soplaba con fuerza por la amura de estribor y el levante hacía salpicar la cresta de las olas que se les venían encima impulsadas por la velocidad de la embarcación y los más de treinta nudos de viento.

Cuando alcanzaron al Oricán, viraron 180 grados hasta coger su rumbo y se pusieron tras el yate igualando su velocidad. Estaban en su estela apenas a diez metros, y se podía leer con absoluta claridad el nombre del yate en letras cromadas sobre el espejo blanco de popa. Parecía que la presencia de la lancha no había sido detectada por nadie a bordo, el castigo de la tormenta debía tener a la tripulación más preocupada por no salir volando por los aires que por mirar los aparatos de navegación. A buen seguro tendrían un marinero ocupando el puente, simplemente vigilando que el rumbo no se desviara demasiado.

La navegación a rebufo del Oricán era aún más complicada. La popa del yate se levantaba amenazante enseñando las dos hélices que giraban en vacío cuando el barco superaba la cresta de las olas y hundía la proa camino del seno de la siguiente. Moncho le hizo un gesto a Pedro y este se soltó del asidero que había junto al timón y se fue reptando de argolla en argolla hacia la banda de estribor de la lancha. Se agachó para mantener el punto de equilibrio mejor controlado y esperó la orden del profesional. Moncho aminoró todavía más la velocidad para

darle aire al Oricán y abrir un espacio entre ellos. El yate tenía enormes dificultades para mantener el rumbo y no navegaba a más de cuatro o cinco nudos.

El yate, una Arcoa de 30 metros, encaró la siguiente ola. La proa se levantó en busca de la cresta y el mar rebasó la línea de flotación en la popa haciendo que la cubierta de la aleta de babor quedase casi sumergida. «¡Ahora!» gritó Moncho y Pedro dio un salto sobre el flotador de estribor de la semirrigida y se impulsó hacia el Oricán con la vista puesta en los candeleros de la banda. Consiguió asirse a uno. Su intención era agarrarse a uno con cada mano, pero estaban demasiado separados, así que finalmente se sujetó con las dos manos a la misma barra de acero. La Zodiac perdió contacto con el yate y Pedro consiguió llegar hasta la cubierta a pesar del zarandeo de la tormenta. Debió de estar tres o cuatro segundos enganchado a la borda del barco como una lapa, suficiente tiempo para saber que si le fallaban las manos y se soltaba en un golpe de mar se convertiría en unos minutos en pasto de los habitantes marinos. No tenía pinta de ser fácil organizar un rescate con aquel mar.

La cubierta estaba empapada, pero el material era adherente y no tuvo problemas para avanzar apoyándose en el quitamiedos. Llegó en un suspiro hasta el puente tras subir la escalera golpeándose con la barandilla, una vez allí abrió la puerta y encañonó al tipo que se encontró tras la rueda del timón. No les había fallado la intuición, la rueda estaba manejada por un marinero. El tipo era moreno y bajito, tenía el pelo corto y gafas con montura de pasta negra, rondaba los cuarenta. Le miró con los ojos muy abiertos tras las lentes y con las manos agarrando con fuerza el timón, del que no parecía dispuesto a soltarse.

–No hagas nada que yo no te diga si quieres salir vivo de esta –le dijo Pedro a modo de presentación.

–No... se preocupe, amigo –tenía acento caribeño.

–Avisa al que manda, dile que necesitas que suba al puente, pero ojo con el tono.

El tipo obedeció sin titubear y a los tres minutos subió el capitán a toda prisa. Pedro lo esperaba junto al marinero, que seguía manejando la embarcación con la misma atención que antes de la irrupción de Pedro; parecía que nada de aquello fuera con él. Iniesta apuntó a la sien del marinero con la Browning y se

dirigió al capitán.

–Si le parece bien, vamos a dar una vuelta por su maravillosa embarcación.

–¿Con este mar? –preguntó el capitán con cara de controlar la situación.

–¿Con cuál si no?

Justo en ese momento Pedro se dio cuenta que había cometido un error. Aquellos dos individuos no se debían ningún tipo de camaradería, la cara de desprecio del capitán no dejaba dudas. Pedro se ganaba el pan detectando esas señales. Al capitán no le importaba nada lo que pudiera ocurrirle al colega que tenía agarrado al timón, y el marinero era consciente de que el capitán dejaría que le disparase, así que soltó la rueda y se abalanzó sobre Pedro. Este se zafó de él con un codazo en el cuello que lo dejó fuera de combate. Pero el tiempo fue el justo para que el capitán sacase su arma y disparase. En vez de un disparo se oyeron dos a la vez, el capitán no alcanzó a Pedro sino que su balazo impactó en el techo de la cabina al tiempo que emitía un sollozo y volaba escaleras abajo hacia los camarotes.

El capitán estaba con vida. Pedro vio perfectamente cómo el impacto de la bala le agujereó el brazo derecho, así que se lanzó por la escalerilla en pos de él para rematar la faena, cayó sobre el capitán, que intentaba ponerse en pie en mitad de la zozobra del barco y con la mano izquierda apretándose la camisa azul empapada en sangre para intentar tapan la hemorragia. Miró hacia el puente y vio a Moncho ocupándose del marinero. Hacía años que no le salvaban la vida. La deuda con su amigo estaba empezando a ser impagable. Dio gracias a Dios que el disparo de Moncho no acabase con la vida del capitán, pues cargar un muerto sobre la conciencia de su amigo era lo único que le faltaba. En cualquier caso sabía que su amigo el marino no era de los que se arrugaban fácilmente, desde el momento que le dio la pistola supo que si la sacaba era para guardarla caliente.

Con la Browning junto al pescuezo del mandamás de a bordo fue sencillo juntar a todos los ocupantes del Oricán en el puente de mandos. Eran cerca de las nueve de la mañana, pero el cielo seguía gris y apenas despuntaba el día. El tipo bajito y enjuto seguía al timón mientras los otros cuatro miembros de la tripulación, capitán incluido, parecían esperar órdenes sentados en el suelo y con las manos atadas a la espalda con cinta de embalar. Pedro cogió al capitán y bajo

de nuevo las escaleras hasta la cubierta inferior. Moncho se quedó al cargo de la cabina.

–¿Sabe lo que quiero?

–No tengo ni idea de qué va esto –respondió el capitán, con el brazo en cabestrillo.

La herida ya no sangraba. Moncho era más útil que una navaja suiza y le hizo una cura de primeros auxilios que no tenía nada que envidiar a la de un hospital universitario.

–¿Y se puede saber a dónde vais?

–De regreso a Colombia, ¿es delito?

–No, ni yo soy policía. Pero ¿no hace muy mala mar para emprender un viaje así?

–El mar está estupendo, usted no sabe lo que es mala mar.

–Sin duda. Pero no tengo todo el día. En este barco hay un cáliz que va camino de Colombia, de modo que si quiere perderme de vista vamos a tener que encontrarlo.

El tiempo apremiaba y Pedro era consciente de que aquel tipo se jugaba la vida si aparecía en Colombia sin el encargo, por lo que prefería morir a volver con las manos vacías, de eso no había duda. Pero Pedro tenía un as en la manga. Sabía por experiencia el dolor que produce una bala en el cuerpo, y a pesar de la insistencia de Moncho, no le permitió que le liberase del agujón. Apoyó el cañón de la Browning sobre la gasa que cubría la herida y presionó levemente.

–¡No siga, no siga!

–Llegaré por el orificio hasta el omoplato, se lo juro por lo más sagrado. Estoy harto de aficionados y héroes de alquiler, ¿me entiende?

–Si le digo dónde está el cáliz, me matarán.

–Su vida se ha ido a la mierda, asúmalo.

El tipo rompió a llorar.

–Le propongo una cosa –dijo Pedro.

El tipo guardó la compostura. Parecía dispuesto a conservar al menos un porcentaje de su dignidad.

–Llame a su familia ahora mismo y dígales que se pongan a buen recaudo. Espere un par de días y hunda el barco. Huya donde pueda e intente sobrevivir. Nadie sabrá que me he llevado el cáliz salvo que usted se lo diga. Es su única posibilidad.

El individuo se levantó con cautela y Pedro lo siguió por el pasillo de paneles marrón oscuro. Era casi imposible mantener la verticalidad en aquella coctelera, aunque el capitán no parecía sentir el vaivén; la tormenta la debía de tener en la cabeza. Llegaron hasta el camarote del capitán, al fondo del pasillo, y el tipo quitó un cuadro de nudos marineros que había en la mampara de estribor, le dio varias vueltas a la rueda de la caja fuerte y se sacó una llave del bolsillo. Acto seguido Pedro no se lo pensó y le descerrajó un tiro en la sien.

La puerta del camarote estaba cerrada y la tormenta amortiguaba sin problema el sonido seco del disparo. Pedro estaba al límite y no tenía ganas de seguir haciendo favores a diestro y siniestro a cambio de nada. Echo a un lado el cadáver, giró la llave y abrió la caja fuerte. Se encontró lo que esperaba, una pistola amartillada y una caja de terciopelo granate, tan propia que le hizo sonreír. Abrió la caja intentando no perder el equilibrio y sacó su contenido. Casi no se atrevió ni a mirar, había llegado a pensar que nunca alcanzaría ese momento. Pero allí estaba. Por increíble que le pareciese tenía el Santo Grial entre las manos. No se lo podía creer. Aun así, le supo a cuerno quemado que fuese tan pequeño, se negaba a asumir la cantidad de vidas que había costado aquella copa.

Lo sostuvo con la mano izquierda tratando de zarandearse lo menos posible, y con la derecha lo fotografió. En cuanto tuviera cobertura le mandaría la foto a Marisa como habían quedado.

Tras navegar en la Arcoa durante seis horas rumbo norte Moncho estimó que era el momento de cambiar de embarcación. Detuvo los motores y puso el barco

a favor de la mar. Le soltaron las manos a uno de los marineros y se lo llevaron a popa con ellos para arriar el bote salvavidas. Montaron al marinero en el bote para que arrancase el motor fueraborda, lo que hizo sin dificultad a pesar de las olas y el viento. Luego, el tripulante volvió a bordo y Moncho y Pedro se marcharon en el bote en dirección a la costa mientras el yate se perdía con rumbo opuesto. Los marineros de a bordo se habían quedado desconcertados y desarmados, pero parecían estar agradecidos por terminar el lance con vida.

El motor de la lancha de salvamento no era como el de la semirrígida que habían abandonado siete horas antes, pero tenía potencia de sobra para luchar contra el mar de Levante. En algo más de una hora llegaron a la playa de Matosinhos, a pocos kilómetros de la desembocadura del río Duero, en el área metropolitana de Oporto. Moncho conocía aquellas aguas como pasillo de su casa. Dejaron el bote abandonado en la orilla de la playa y se marcharon hasta Oporto en taxi. No sin antes quitarse el salitre en las desérticas duchas de la playa.

Cuando Pedro terminaba la parte salvaje de los operativos y volvía a la realidad del mundo, el ritmo de las cosas sin un arma apuntándole a la cabeza le parecía una toma a cámara lenta. Mientras el taxi recorría la avenida junto al Duero camino del centro de Oporto, notó cómo se le reducía el ritmo cardíaco y una felicidad injustificada le invadía. En otras ocasiones tenía motivos para disfrutar el momento, pero en esta ocasión aún debía analizar la cantidad de líneas rojas que había atravesado antes de cantar victoria. No sabía en qué lugar había quedado su amistad con Moncho, solo el tiempo le diría la verdad.

Se hospedaron en el hotel Ribeira de Oporto, por nada del mundo se hubieran perdido esas vistas sobre el puente de Luis I, y menos aún su amigo; ese tipo de cosas Moncho no las perdonaba. Colocaron la reliquia en la caja fuerte de la habitación y tras una interminable ducha se dejaron caer por las tascas de la ciudad del Duero. Moncho conocía buenos tugurios en la calle de la Cima do Muro, donde el vinho verde es la bebida nacional, pero el marino era duro para cambiar de hábitos y se dedicó a las cosechas de tinto, que eran su debilidad.

Pedro no encontró en toda la noche la forma de agradecer a su amigo lo que había hecho por él, por lo que se fueron a dormir sin hablar una palabra de lo ocurrido. No mandó la foto del Santo Grial a León, no le apetecía que estuviesen encima de él esas horas que le pertenecían en exclusiva.

Por la mañana se despidió de Moncho en la estación de tren de Campanha, desde donde este se marchó a Lisboa mientras Pedro salía en coche de alquiler en dirección a León. Aún le costaba creérselo, llevaba en una caja en el asiento del copiloto el Santo Grial. Llegó a pensar que nunca lo recuperaría.

Cuando entró en la sala de reuniones de la colegiata la tensión contenida se leía con nitidez en la cara de los presentes. Pedro puso la caja sobre la mesa y la abrió. El abad, Luis y el propio Pedro miraron hacia Marisa con los mismos ojos temerosos del que busca su nota en un tablón de la facultad.

–Efectivamente, es el cáliz de doña Urraca –sentenció la historiadora, con un temple que cogió a Pedro desconcertado.

–¿Seguro? ¿Cómo puedes estar tan segura?

–Luis, tú distingues a tu hija de las demás niñas del parque, ¿verdad?

–Sí.

–Pues eso, esta es mi niña.

–Demos gracias al Señor.

–Ahora, si me disculpan, tengo cosas que hacer.

–¿Pero a dónde vas con el cáliz?

–¿Tú a dónde crees que voy?

–A ponerlo en su sitio para la visita de la mañana.

–Pues ya te has respondido tu solito, ¿o es qué vamos a esperar a que nos pillen con la copia teniendo aquí esto?

A la mañana siguiente Pedro se levantó en la habitación del hotel de León donde había fijado su cuartel general. Era su última noche allí. La visita diaria de Marisa terminaba a la una y tenían prevista una reunión en la sala de juntas del



Cabildo para dar por concluido el operativo. Pedro llegó a San Isidoro a la una menos cuarto, no tenía más que cruzar la calle.

Junto a la entrada de la basílica relucía como el sol un vehículo negro immaculado de la embajada norteamericana, un Cadillac Escalade XXL con los cristales tintados y matrícula diplomática. Pedro había viajado más veces de las que le hubiera gustado en coches como ese e incluso los había conducido en su época de escolta en la Casa Blanca, y nunca estuvo de acuerdo con la poca discreción de la diplomacia estadounidense, le complicaba de manera absurda el trabajo al Departamento de Seguridad.

La aparatosa presencia del vehículo junto a la basílica le sirvió a Pedro para deducir quiénes eran los mecenas que había encontrado en esta ocasión Marcos Bernal para correr con los gastos de sus onerosos servicios. Entró a la abadía, saludó a Margarita, la secretaria, y pasó a la sala de juntas. Era el último en llegar.

Al entrar en la sala recibió los encarecidos agradecimientos de Klaus y Alexander, que venían de seguir la visita diaria de Marisa como turistas anónimos. La historiadora no habló en la reunión y se excusó para no acudir a la comida a la que había insistido en invitar el abad en un restaurante de la ciudad. La reunión fue distendida y las anécdotas y las bromas no cesaron en los cuarenta minutos de encuentro. Pedro pareció ser el único que se apercibió de la actitud de la historiadora. Cuando acabó la reunión la abordó en el pasillo, necesitaba saber qué ocurría.

—¿Podemos hablar un momento?

—Dígame.

—Pues eso. Dígame, ¿a qué viene esta actitud tan distante?

—Vamos a ver, ¿usted y yo somos amigos? Que yo sepa, no.

—Aquí hay algo que no me cuadra —Pedro y ella se habían quedado a solas en el pasillo—. Estás más enfadada ahora que cuando te iba la vida en encontrar el cáliz.

—Ustedes se marchan ya, ¿verdad?

–No lo cojo.

–No lo coges. ¿Quién robo el cáliz? ¿Cómo? ¿Estamos seguros o va a volver a pasar? Porque vamos, digo yo que si no tenéis ni idea de quién lo robó podrá robarlo otra vez.

–Pero ahora es diferente, Marisa, las medidas de seguridad son otras.

–Si me disculpa, me esperan.

Dejó a Pedro con la palabra en la boca y se perdió por el pasillo camino de su despacho.

–¿Coche nuevo?

–Hijo de puta –dijo entre dientes el tratante–. ¿Cómo tienes cojones de volver aquí?

–Tenemos que hablar.

–El coche que me robaste no te va a servir de nada en el agujero en el que te voy a enterrar.

–Déjate las bravuconadas para tus putas y sal un momento a la calle.

Salieron a la puerta y el ruido del agua golpeando el vierteaguas del tejado les recordó que la lluvia persistía en su empeño. Le dio la espalda y el tipo no esperó ni a salir al porche para abalanzarse sobre Pedro agarrándole por el cuello desde detrás. Los brazos del tío eran gruesos y fuertes. Pedro se aseguró de estar bien pegado al Portugués y levantó el pie derecho para propinarle un pisotón con el tacón de su zapato que le machacó el empeine del pie. Sabía por experiencia que esa maniobra no fallaba; el tipo rabió de dolor y le soltó el cuello como un resorte, momento que aprovechó Pedro para cogerlo por la pechera y llevarlo hasta el porche de detrás, donde sacó la Browning y fue directo al grano.

–¿Cómo entrasteis?

–¿Cómo entramos dónde?

–En San Isidoro. ¿Recuerdas el Santo Grial o quieres que te lo recuerde yo?

–Yo no fui a León, solo hice el trato. El holandés me dijo que había alguien al otro lado del Charco que lo quería y me ocupé de mi parte.

–¿Y entonces quién sacó el cáliz de San Isidoro?

–¿Y eso qué importa?

–No me hagas volarte la tapa de los sesos, desgraciado –le apretó la pistola en la sien y el trapero pareció recapacitar.

–Fue Dionisio, el constructor de Salamanca.

Ahora fue Pedro el que se quedó pensando.

–Dame el móvil.

–Toma, hijo de puta –el trapero vio que no tenía otra opción.

–La clave.

–Cuatro unos. Creo que me has roto el pie, malnacido –dolía solamente verle la cara.

Pedro sacó su móvil y buscó el teléfono de Dionisio, el constructor. Lo marcó en el móvil del Portugués y apareció el contacto en la pantalla del aparato «Dionisiosalamanca».

Buscó en el WhatsApp y vio que había un listado largo de conversaciones entre ellos. Fue hacia atrás en los mensajes y no tardó en dar con el encargo del «holandés». Pedro estaba empezando a no controlar sus impulsos, había tenido la solución del caso delante de sus narices desde el primer día y no había sido capaz de verlo. Se le nubló la mente y le descerrajó un tiro en la sien al tratante, se había acabado darle ventaja a los malos. A continuación, se montó en el coche y aceleró con rabia. No había marcha atrás, se había subido a ese tren y no había manera de bajarse. Ya pensaría más adelante lo que había hecho. Ahora lo único que quería era terminar. Ya recogería luego los restos del naufragio.

Necesitaba serenarse, no veía la forma de dejar de apretar el gatillo. Primero el capitán del Oricán y ahora el Portugués, dos fiambres que ni él mismo sabía por qué había mandado al otro barrio. Tenía que parar, se juró a si mismo que saldría de Salamanca sin añadir otra muesca a la Browning.

Llegó a casa del constructor a las cuatro de la mañana, aparcó en un hueco frente al chalet, puso la alarma a las seis y media y se echó a dormir. Llevaba unos días en los que era capaz de controlar las horas de sueño como

antiguamente, lo que parecía buena señal. Pero era solo un espejismo, sabía que cuando le diera un repaso a la ristra de cadáveres que estaba dejando en el camino tenía todas las papeletas del sorteo para desmoronarse de nuevo.

Cuando sonó la alarma del móvil aún era noche cerrada. El parabrisas del coche estaba helado y el habitáculo no estaría a más de dos o tres grados. Pero eso no le cogió por sorpresa, era un esperador profesional, como le gustaba decir. Limpió el vaho de la ventanilla izquierda lo justo para ver sin que le vieran y empezó la guardia arropado con la manta que había comprado en una gasolinera en Zamora. A las siete se abrió el portón del garaje y salió Dionisio, el constructor. Iba solo en el coche, el resto de la familia permanecía en casa. No lo siguió; sabía dónde estaba la nave y le interesaba más esperar al resto de la tropa. A las ocho y media se volvió a abrir el portón y salió otro vehículo, pero esta vez conducía una señora acompañada por dos chicas adolescentes de pelo moreno. Llevaban jersey granate de uniforme colegial, lo vio sin dificultad mientras la señora esperaba a que se cerrase por completo el portón antes de continuar la marcha. Ya tenía a quién seguir. Fue detrás del Toyota hasta el centro de la ciudad intentando dejar un coche de por medio para que las ocupantes no se apercibieran de su presencia. El coche de la mujer del constructor se detuvo frente a un colegio y las chicas salieron cada una por su lado como perfectas desconocidas entre sí, un gesto muy de esa edad. Por lo visto hay cosas que no cambiaban.

Tras hacer un par de fotos de las colegialas dio por concluido el seguimiento a la familia del constructor y se fue a la nave a por Dionisio. El coche de este estaba en la puerta, pero el trasiego de personas era incesante y no le pareció buena idea entrar a poner al individuo contra las cuerdas rodeado de su gente. De camino a la nave había visto un hotel, así que deshizo el camino y cogió una habitación. No pensaba hacer noche en Salamanca pero descansar un rato en una cama y darse una ducha era el mejor plan que se le ocurría para llenar las horas. Se registró en el hotel usando la documentación doblada que solía usar para hospedarse en las misiones. Un par de horas de sueño no le iban a venir nada mal. Se lanzó a la cama nada más entrar en la habitación, sin quitarse la ropa y sin darse la oportunidad de hurgar en el mueble-bar. Lo único que le faltaba era matar sus dudas en alcohol y tirarlo todo por la borda. Se desmayó sobre la cama.

A las cuatro de la tarde se despertó. Había dormido profundamente. Se duchó y bajó al bar del hotel, que estaba totalmente desangelado y sin camarero al otro

lado de la barra. No soportaba esas cosas, así que decidió que era el momento de largarse de allí. Pagó la habitación y se marchó. En el bar de la gasolinera del polígono a esa hora se despachaban carajillos y chupitos de pacharán, pero se mantuvo firme y pidió un bocadillo de tortilla y un vaso de agua.

A las seis se plantó en el despacho del constructor. La nave estaba desierta salvo por un administrativo con el que se cruzó al subir las escaleras. El tipo bajaba a gran velocidad y abordó a Pedro con cara de fastidio.

–¿Le puedo ayudar?

–No, gracias, vengo a ver a Dionisio.

–Espere, le aviso.

–No se preocupe, me está esperando, acabo de hablar con él por teléfono.

–Ah, vale, está ahí en su despacho.

Pedro subió los peldaños que le quedaban con parsimonia esperando hasta que el administrativo se subiera al coche que había aparcado junto al del constructor en la entrada de la nave. No tardó ni treinta segundos en oír el ruido del motor, realmente tenía prisa el empleado. Abrió la puerta del despacho del jefe sin llamar y se plantó delante de Dionisio. Este levantó la mirada y Pedro se abalanzó sobre la mesa y lo cogió por el cuello de la camisa, se lo trajo hacia él, lo tiró al suelo y lo pateó con rabia. El tipo se acurrucó en posición fetal y aguantó el chaparrón. Luego Pedro lo levantó del cuello, lo sentó en una de las sillas confidentes y le pegó tres puñetazos que le dejaron la cara hecha un cromo. Estaba harto de aquella operación que no se acababa nunca, no tenía ganas de hablar.

Para colmo de males esta parte de operación no se la había encargado nadie. La hacía porque no era capaz de dejar las cosas a medias y le carcomía por dentro la curiosidad por encontrar al hijo de puta que tuvo las santas narices de robar el Santo Grial por encargo.

–¿Me lo vas a decir o sigo?

–¿El qué? –preguntó con voz entrecortada el constructor, con el labio partido y la nariz dejando el suelo de terrazo lleno de goterones granates.

–Ayer maté a Portugués y hoy he estado de paseo con tus hijas en las Jesuitinas.

–Pero ¿qué quieres, hijo de puta?

–A mí no me hables así –le dijo apretándole el cuello– ¿Cómo entraste a San Isidoro?

El constructor se quedó mirando a Pedro con los ojos como platos y la sensación de estar valorando su situación a toda velocidad.

–¿Y qué hacías en el colegio de mis hijas?

–De momento nada, dime lo que quiero saber y no acabaréis como tu socio.

–Yo no entré, mandé a un empleado que ya no está conmigo, se volvió a su país.

Pedro se cansó de hablar, cogió al tipo y lo lanzó por las escaleras. Bajó tras él, lo cogió del pescuezo y lo metió en el maletero de su coche. El tipo no opuso resistencia, era suficientemente inteligente como para saber que tenía las de perder. Pedro arrancó y salieron hacia León. Se preocupó en no bajar la velocidad en los badenes que hay a la salida de Salamanca; le interesaba que el viaje fuese lo menos confortable posible para el bulto que llevaba en el maletero.

Llegaron a León a las diez de la noche, aparcó cerca del Húmedo y abrió el maletero tras cerciorarse de que la calle estaba desierta y nadie miraba desde las ventanas.

–¿Tienes un destornillador grande? –fue lo primero que le dijo el constructor cuando le abrió el portón. Parecía haber recapacitado.

–Aquí donde el gato debe haber uno –respondió Pedro levantando la alfombrilla del maletero.

–Pues cógelo, que nos va a hacer falta, y a mis hijas las olvidas –el constructor era un tipo duro, ni se había despeinado en el trayecto.

Pedro no contestó y siguió al individuo por las heladas calles de León hasta San Isidoro, pasaron de largo por la entrada de la iglesia y fueron dando un rodeo hasta la parte de atrás del claustro. El callejón estaba absolutamente desierto y sin ninguna iluminación.

–Alumbra ahí con el móvil.

–¿En la arqueta? –preguntó Pedro.

–Sí, y pásame el destornillador.

El constructor trató de meter el destornillador en el borde de la arqueta pero la tierra apelmazada se lo impedía, así que cogió un adoquín suelto de la calle y golpeó las esquinas de la tapadera de hierro, esta vibró y consiguió abrir un resquicio donde meter el destornillador para hacer palanca. Quedaba claro que el tipo había llegado hasta el despacho de arriba desde abajo, hay cosas que no te las enseñan en ninguna escuela. Levantó la pesada trampilla y dejó al descubierto un pasillo.

–Llega hasta el patio, es cuestión de seguirlo.

–¿Te pagaron por hacerlo?

–No, no creo ni que sepan que está. Lo descubrí de casualidad cuando hice la obra.

–Pues vamos.

El tipo se deslizó por el hueco valiéndose del haz de luz del teléfono. Pedro bajó tras él y le siguió por el estrecho pasillo de unos veinte metros de largo. Olía a humedad pero la temperatura era más alta que en el exterior.

–Ilumina el techo, ¿ves la trampilla? Va directa al claustro.

–¿Y nadie lo había descubierto?

–Tendrías que haberlo hecho tú, digo yo.



–Levanta la tapa, a ver dónde aparecemos –le ordenó Pedro de malas maneras, dolido por el comentario.

Dionisio empujó la trampilla pero esta no se movió. Pedro apoyó el móvil en una piedra de las que sobresalían de la pared a fin de que la linterna apuntase a la salida y se unió a Dionisio. Entre los dos consiguieron mover la tapa, pero parecía estar atrapada por fuera. Pedro cogió el destornillador, le dio un empujón de rabia a Dionisio para quitarlo de en medio y levantó la trampilla ayudándose de la herramienta para cortar las ramas de una enredadera que agarraban la tapa con uñas y dientes desde fuera. Una vez abierta la arqueta cogió el móvil, sacó la cabeza al exterior e iluminó el patio. Estaba pegado al seto de la parte sur del claustro, apenas a cinco metros de la vitrina del Santo Grial. En ese momento no podía acercar las manos a menos de un metro sin que saltaran alarmas hasta en el Pentágono, pero unos meses atrás desgraciadamente no era así.

–No te machaques. Ahí debajo de las enredaderas era imposible ver la arqueta –el constructor le leyó el pensamiento a Pedro.

–¿Y tú cómo lo encontraste?

–Desde fuera, estaba enterrado. Cuando arreglamos el muro y adoquinamos el callejón apareció sin más. La arqueta la pusimos nosotros.

Pedro separó la rejilla y la apartó a un lado sobre la enredadera del claustro con cuidado de no ser cazado por los volumétricos de la alarma, que hacían una trama en el patio.

–¿Te ayudo?

–Déjalo. Lárgate –Pedro no estaba atravesando su mejor momento anímicamente.

El tipo se lo tomó al pie de la letra y salió del pasaje como alma que lleva el diablo, desapareciendo por la arqueta que salía al callejón, cuando Pedro volvió a la calle no había ni rastro del constructor.

–Dígame.

–Buenas noches, soy Pedro Iniesta.

–Eso ya lo sé, ¿quiere algo?

–Estoy en el portal de tu casa, quiero que bajes.

–Son las once y media de la noche, es invierno y estamos en el Polo Norte, no si está borracho o con ganas de disculparse por la forma chapucera en que acabaron el trabajo. Ninguna de las dos cosas me importa.

–Abrígate y baja, por favor, no me pienso mover de aquí –sentenció Pedro y colgó.

Esperó frente al portal de la casa de la historiadora a cero grados. Marisa no se iba a resistir a una propuesta como esa, conocía más a Pedro de lo que le gustaba admitir y sabía que si estaba allí a esa hora no era para hacerla perder el tiempo. A los cinco minutos apareció por el portal embutida en un abrigo verde oscuro, con una bufanda de cuadros liada al cuello y un gorro de lana calado hasta los ojos. Pedro la miró y echó a andar camino del callejón. Llegaron hasta el pie de la arqueta sin mediar palabra. Cuando Pedro se detuvo, Marisa miró hacia el muro y se dirigió a él con cara de indiferencia.

–Muy bien, pretende decirme que escalaron una pared de seis metros y luego evitaron la alarma del pasillo del claustro, aunque ya sé que de la alarma me ocupé yo.

–¿Tu móvil tiene linterna?

–Sí, ¿por qué?

–¿Te importa alumbrar ahí donde está mi pie?

Marisa iluminó hacia el suelo y observó en silencio mientras Pedro levantaba la arqueta con la ayuda del destornillador. A continuación este apartó la tapa y se descolgó por el orificio. Marisa no esperó a que Pedro se diese la vuelta y se descolgó detrás de él, lo empujó a un lado y siguió el pasillo decidida alumbrando arriba y abajo con el móvil.

–¿Esa tapa abierta a dónde da?

–No te preocupes, la he abierto yo hace un rato.

La chica sacó la cabeza por el hueco y miró iluminando con el teléfono. Estuvo casi un minuto iluminando en todas direcciones, parecía estar recapacitando.

–Ponga la tapa. Estaba segura que había puesto la alarma pero no podía ni dormir pensando que todo esto era culpa mía.

–Pues ya ves que no.

–Pensé que mi torpeza había destrozado la vida de Luis, de Rosa, del abad y de todos los que dependíamos del Cabildo.

–Ya está, no te machaques más que no sirve para nada.

–Al principio pensé que lo que me dolía era perder la reliquia. Pero ver desmoronarse las vidas de todos ellos por mi culpa era lo que me estaba matando –las palabras salían por su boca, pero no parecía estar hablando con él. Era como si hablase para sí misma.

Pedro se acercó a abrazarla pero Marisa era una persona mucho más fuerte que él y no necesitaba un hombro sobre el que llorar.

–Bueno, ¿y quién lo hizo?

–El Portugués –Pedro decidió encasquetarle el asunto al muerto.

–Ahora mismo nos vamos al juzgado de guardia.

–¿A qué, a denunciar que tapamos un robo durante un mes?

–Otras cosas tendrá. Investíguelo.

–El Portugués está muerto.

–Demuéstrémelo.

Pedro tragó saliva y se dio la vuelta camino del callejón. Estaba ante la Dama de Hierro, Marisa parecía tener mucho guardado dentro. La acompañó hasta su casa aunque sabía de sobra que no lo necesitaba. La chica no se dirigió a

él en todo el camino y se metió en el portal de la misma manera que había salido, sin dirigirle la palabra.

–Ya lo decían las cabañuelas.

–¿Y dicen también cuándo va a parar un poco? Porque nos van a salir ronchas de estar aquí metidos.

–Deja que llueva, Pedro, que luego le hace mucha falta a la marisma.

Pedro se levantó a echarle otro tronco a la chimenea y mientras el Chori cogió otro papel del librito y lio un cigarrillo de marihuana. Eran las ocho de la tarde y las jornadas de sofá y chimenea en el chabolo seguían su ritmo maratoniano de diciembre. Power estaba inquieto, olisqueaba la puerta y la arañaba con las patas sin parar.

–Deben de estar entrando furtivos, mira al perro.

–¿Le abro y que se dé una vuelta por ahí?

–Ábrele, Pedro, el angelito no se mete en líos.

El Chori llevaba un tiempo en el que había cambiado los monosílabos por frases para comunicarse. El día que Pedro regresó de la misión lo recibió con lágrimas en ojos. Era un ser de costumbres y parecía haberse hecho a Pedro, aunque antes o después separarían sus caminos, ya lo habían hablado. Fue lo primero que le advirtió Pedro al volver.

Se marchó en busca del cáliz sin darle tiempo para asumirlo y sabía que no había actuado bien, menos aún con alguien que le dio cobijo cuando no tenía donde caerse muerto. Tenía que volver y darle el tiempo que necesitaba a su amigo para que su marcha no le dejase sumido en una depresión. No se lo pensó dos veces cuando acabó el operativo; sabía dónde tenía que ir, su vida aún podía y debía esperar. Al volver de León pasó por Pozuelo, estaba muy tocado tras la ristra de cadáveres que había dejado en el camino y decidió que era el momento de empezar de cero y tender puentes con las personas que le importaban. Llamó a su cuñada y se presentó a comer un sábado como había hecho durante años

acompañado por Elvira. Se sentía en deuda con todos, aunque sabía que era imposible compensar tanta ausencia y tanta distancia. Cuando entró en casa de su hermano le dio la sensación de que el tiempo se había detenido, con una excepción: su sobrino ya no tenía el timbre de voz agudo de hacía dos años y las espinillas se cebaban con sus mofletes, pero aún le miraba con los mismos ojos, esos que veían algo que no tenía nada que ver con la realidad. Pedro era un ser destrozado por el alcohol y la soledad, a la que nunca se supo adaptar, y en la que vivía incluso en los momentos en los que estaba más acompañado, y para su sobrino era una especie de héroe de guerra al que adoraba e idolatraba. A su hermano no le hacían falta explicaciones, pero un buen repaso al tenis sí le vendría bien cuando recuperase la forma. Eso quedó envidado con día y hora antes de marcharse camino de Huelva prometiendo volver a ser el invitado machacón de todos los sábados. Les pidió que le dieran unos meses de margen para resolver un asunto que no podía esperar.

Power ladraba sin parar en la puerta del chabolo. No se había alejado más allá del portillo y los ladridos no eran como otras veces en los que se limitaba a dar andanadas hacia el mar. Esta vez ladraba con fuerza sin separarse de la choza. A Pedro le recordó a la noche del robo de la coquinas. El Chori se levantó a mirar mientras Pedro avivaba las ascuas con el atizador para asegurarse de que el tronco cogiera.

–Tranquilo, león, tranquilo –el Chori agarró al perro por el collar y se lo trajo dentro.

–¿Qué pasa por ahí?

–Na, alguien que parece que va pa lo de los Esteban. Será el primo –dijo el Chori asomado al ventanuco.

El perro ladró con más fuerza y alguien llamó a la puerta. Se miraron extrañados y el Chori se acercó a abrir.

–¡Anda con dios! –exclamó el Chori tras abrir la puerta.

–Buenas noches, busco a Pedro Iniesta –Pedro se levantó de la chimenea al oír su voz.

–¿Pero qué demonios haces aquí?

–Vengo a darte las gracias.

–Chiquilla llégate a la lumbre, que te va a dar una pulmonía –intervino el Chori.

–Sí, pasa por favor.

–Yo me voy a acercar a ver cómo llevan las goteras los Esteban –el Chori se marchó con media sonrisa y el perro agarrado por el collar.

–No te di las gracias. Ni siquiera tuve el valor de mirarte a la cara cuando llegaste con el cáliz –le dijo Marisa, compungida.

–No hacía falta, era mi trabajo.

–¿Te acuerdas de aquella conversación en la que te hablé del misterioso mercenario que llevó el Santo Grial hasta San Isidoro?

–Perfectamente, Petro el cartaginés.

–Tu *alter ego*.

Marisa se sentó junto a Pedro, en el sofá de escai roído frente a la chimenea, sin decir una palabra más y contemplaron el fuego mientras la lluvia golpeaba con fuerza el tejado de la barraca. El mercenario estaba muy oxidado y no terminaba de creerse lo que sucedía. La mano de Marisa recorriendo su espalda lo sacó de dudas.